

ISAAC R. PEARSON

EL TRIUNFO
DEL SIGLO

NOVELA ARGENTINA

CON UN PRÓLOGO

DEL

Dr. D. FRANCISCO DURA

BUENOS AIRES

Imprenta de "LA REVISTA", Bolívar 516

1899

A MODO DE PRÓLOGO

El mejor elogio de la novela de Pearson me lo daba hecho días pasados una señorita que ha venido siguiendo su lectura en los números de LA REVISTA.

—Yo conozco—me decía—à la Sra. de Perez Gonzalez y à Enriqueta. A la señora de Rodriguez y à Lucia, las encuentro à cada paso, hasta en los tramways. De Alfredos y Guillemos oigo hablar casi todos los días à mis hermanos. Ricardo no sé si existe, pero presumo que sí, porque si no, no sabríamos ya las muchachas adónde volver los ojos.

Si esto es así, Pearson ha logrado hacer una novela en la cual los personajes se reconocen, y destacándose de las páginas del libro, les salen al encuentro por esas calles à los lectores.

Entiendo que no aspiraba à otra cosa y que ha de sentirse bien satisfecho de haberse salido con la suya.

Otros le ayentajarán en cualidades lito

rarias; y sin mayor esfuerzo, podría yo mismo, á pesar de mi escasa literatura, señalarle una buena docena de defectos.

Pero ¿qué obra humana, y más en este género, no los tiene, y qué hombre puede señalarse enteramente perfecto?

La crítica en las obras literarias se va pareciendo al expurgo de los títulos de propiedad por los escribanos públicos que aspiran á formarse una buena clientela.

Como no hay escritura que no tenga ó pueda tener falla, no hay escribano que no se dé el corte de encontrársela. Esto gusta á los clientes y los vincula con la escribanía, especialmente á los ricos, que son los más miedosos, y á los pícaros, que son siempre los más desconfiados.

Decir que el libro de Pearson tiene defectos, sería una verdad de Pero Grullo. Prefiero decir, como ya lo he dicho, que los defectos no estorban para que sus personajes resulten de carne y hueso, para que sus figuras tomen relieve y sus cuadros sociales tengan movimiento y vida.

«Triunfo del Siglo» es más bien que obra de la imaginación del autor, fruto de la observación personal de Pearson, una trama tejida con los hilos de sus reminiscencias,

Eso que él narra ha pasado, tal cosa en este año, tal otra en el anterior, y algunas están pasando todos los días.

El trabajo del autor ha estado en agrupar tales sucesos, en perfilar los personajes, en desentrañar el espíritu de unos y otros, y en decirle á la sociedad: « mirate en ese espejo, eres tú misma ».

Si la imágen reflejada en él no resulta grata, paciencia.

Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué.

Es el consejo que dió Quevedo á las señoras de su tiempo, al contarles el cuento de la viejecita trapera que se miraba en el casquillo de un espejo..... « perdido por hacer bien ». Los espejos fieles suelen no serles gratos á las ex-hermosas.

Podría creerse que hay un error capital en el título de la novela. Pearson la llama « El Triunfo del Siglo »; pero la impresión que queda al terminar su lectura, con la declaración de Ricardo á Enriqueta, no es la de que triunfe el siglo, sino lo contrario.

El siglo, es decir, el espíritu del siglo, epicúreo y volteriano, lleva su merecido en las catástrofes adonde conduce á los otros personajes de la novela: Alfredo su-

Cumbe en un desafío, Rodríguez pone fin á sus días, Lucía vive con Gimenez en un matrimonio sin amor y sin respeto, el político Perez Gonzalez que se deja atrás á Catón en la tribuna parlamentaria, emula á Sardanápalo en las saciedades de la vida. Hasta la vanidad de la Sra. de Rodríguez tiene su castigo en la obra con una derrota.... electoral.

Quien triunfa es la pareja de Ricardo y Enriqueta; pero esos no son el siglo, ni el espíritu del siglo, sino la negación de ese espíritu y la resurrección del viejo espíritu que hizo á los hombres de otros siglos más sólidamente felices que los del nuestro.

Atendiendo al desenlace en la novela, no es el siglo quien triunfa.

Pero Pearson tiene razón: fuera de la novela triunfa el siglo; el desenlace de la novela pinta lo que debería ser y recuerda al título de que Becquer habla en uno de sus preciosos cuentos: *Histoire de ce que n'est pas arrivé*. Ricardo y Enriqueta deberían siempre encontrarse, triunfar del siglo, amarse y ser felices constituyendo un hogar de cuño antiguo.

La desgracia del mundo está en que no sucede así en el mayor número de los casos. «El mundo,—enemigo siempre en ar-

mas y constantemente en la brecha y siempre victorioso!»—exclama un autor que recientemente ha esbozado, sobre los muchos que ya existían acerca de esta materia, un libro intitulado: *L'Art d'être heureux*.

Las preocupaciones del mundo triunfan siempre, especialmente en una sociedad como la nuestra, á la cual es tan aplicable aquello que decía de la que á él le rodeaba, cierto millonario francés: — « Sabed en efecto, ya que de felicidad (*bon-heur*) se trata, sabed que en la esfera á que pertenezco se piensa menos en ser feliz que en parecerlo ante los demás.

« Reflexionando sobre esto—seguía diciendo—yo creo que los mayores placeres de nosotros—los hombres adinerados—son aquellos que nos procura la vanidad. En lo que á mi me toca, hay dos cosas de las cuales tengo la debilidad de sentirme orgulloso—mi galería de cuadros y mi caballeriza. Confieso que cuando un verdadero sportman se extasia ante mis *pur sang* ó cuando un *amateur* de cuadros se pasma ante mis Corot, siento una satisfacción positiva, pero de duración muy corta.

« El capítulo de mis fastidios es mucho mayor y sería demasiado largo referirlos todos. Hay primeramente el fastidio

« de fastidiarse—al cual vivo sujeto. Cuan-
 « do me ocurre (lo que es raro) hallar-
 « me solo, frente à frente conmigo mismo,
 « el fastidio se me suele prender à la gar-
 « ganta. Agrego que no me siento mucho
 « mejor cuando tengo gente ó voy entre
 « la gente, ya adivinaréis por qué: es que
 « ahí encuentro casi siempre gentes fasti-
 « diadas, y sus fastidios me fastidian. Pa-
 « ra no ocultaros nada, os diré que soy
 « uno de los hombres más aburridos que
 « conozco: fruto sin duda de mi carácter,
 « pero estoy convencido de que también
 « entra en ello por bastante, mi situación
 « de fortuna.

« Y he reservado para lo último el peor
 « de todos mis fastidios, mejor diré el ma-
 « yor de mis sufrimientos, que también se
 « lo debo à mis millones, y un poco à la
 « naturaleza ridiculamente afectuosa de que
 « estoy dotado.—Mi madre tenia la más
 « tierna alma del mundo.—Uno, pues, de los
 « principales tormentos de mi vida consis-
 « te en que, teniendo el corazón más bien
 « dispuesto amar, no hé podido creer ja-
 « más en la afección desinteresada de na-
 « die: cosa que me ha hecho sombrío por
 « no decir misántropo. Cuando niño, yo
 « había notado que mis pequeños camara-
 « das, con quienes jugaba, me buscaban

« especialmente por las golosinas de qué
 « les hacia participes. Hice luego muchas
 « otras observaciones, cuando hube hecho
 « mi entrada en el mundo de la vida ele-
 « gante y sportiva. Cuántas jóvenes coro-
 « nadas en los premios de la virtud hu-
 « biera podido dotar con los centenares de
 « luises prestados á mis amigos de un día!
 « No diré que todos los servicios de dine-
 « ro que yo he hecho hayan sido pagados
 « con la ingratitud; pero le falta muy po-
 « co. Lo que si es bien cierto (mi corazón
 « tiene aún la herida) es que la persona á
 « quien más he amado en este mundo,
 « después de mi madre, nunca me amó sino
 « en razón del dinero que me costaba.
 « Amaba el lujo de que yo la rodeaba com-
 « placido, pero no tenia para conmigo sino
 « desprecio velado con formas las más ca-
 « riñosas y embusteras. Pues bien, creed-
 « me, con la naturaleza amante de que os
 « he hablado, no he querido, no me he
 « atrevido siquiera á casarme, de miedo de
 « que se casaran conmigo, como me ha-
 « bian amado, por mi dinero; y heme aquí
 « celibatario, á los 46 años, con cinco mi-
 « llones de renta! Compadecedme; y si
 « entre los benévolos correspondientes, á
 « quienes hayáis interrogado, como á mi,
 « halláis alguno que os diga que « una

« gran fortuna basta para la felicidad de « la vida », os autorizo à contestarle de « mi parte que miente à decir basta ».

Dios nos ha criado dotados de razón y libertad: el deber y no la dicha, debe ser la norma de la vida. A la virtud sigue casi siempre la dicha; y cuando no—lo que es bien raro—la virtud sabe pasarse sin ella y esperar otro destino mejor.

La riqueza no suple nunca à la virtud, y aunque debería ayudar à la virtud, las más veces la contraria. Por eso dijo Jesucristo que era más fácil à un camello pasar por el ojo de una aguja, que à un rico entrar en el reino de los cielos. Para un cristiano, la riqueza es siempre un don peligroso, y un enemigo dentro del hogar, sobre el cual hay que vigilar con cuidado.

Habla el Evangelio de un rico epulón sepultado en los infiernos, que en la vida no habia hecho males mayores que los ricos de nuestros días: asearse, cuidar su hacienda, gastarla en su persona, comer bien, beber bien, pasear bien y dejar que el pobre Lázaro, tendido cerca de su puerta, envidiase las migajas caidas de la mesa de sus festines.

Se puede ser rico, pero à condición de ser *pobre de espíritu*; es decir, de no

apegar el corazón á la riqueza y de emplear ésta, como enseñó el mismo Jesucristo, en comprarse amigos del alma con el dinero de la iniquidad.

Julio Simón ha dicho como filósofo: «la
«felicidad consiste en tres puntos: no ha-
«cer mal á nadie, hacer el bien cuando
«hay ocasión, é imponerse un trabajo útil
«y conforme con las propias aptitudes».

Sin advertirlo, el filósofo francés ha imitado, pero echándolo á perder, aquel precepto, resumen de toda la moral, que se halla en el salmo:— «Huye del mal y
«obra el bien; busca la paz y áfanate en
«alcanzarla».

El salmista no dijo: «hacer el bien cuando hay ocasión»—, porque el deber del hombre en esta materia no es pasivo; el que no sale á buscar la ocasión, el que simplemente espera que se le venga la ocasión de hacer el bien, no cumple su destino.

Yo creo que la factura de la obra de Pearson está inspirada en el propósito de ayudar á restaurar en su patria el recuerdo de estas verdades, ahogadas hoy por la práctica inconsciente de las máximas del mundo, por esos esplendores del lujo y por esos ruidos de las muchas gentes, que á todos nos fascinan un poco.

Las épocas de lujo se confunden equivocadamente con épocas de prosperidad.

La mujer, elemento esencial del lujo, cree también que las épocas del lujo son las épocas de su reinado.

Error! La mujer reina en e' hogar, apoderándose con la virtud del corazón de su marido y formando por la virtud los corazones de sus hijos. Reina cuando es obedecida con veneración, cual corresponde á su dignidad augusta, que es un verdadero sacerdocio en la familia, y por la familia, en el mundo.

¿Qué mujer reina hoy de esa manera?

La que reina en el paseo, y en el teatro, y en los saraos, por las envidias que impone, rara vez reina en su marido, que las más veces, por su lado, hace vida de negocios ó de placeres; y nunca reina en sus hijos que, varones, se independizan para el vicio, precozmente; y mujeres, no hacen sino acrecentar las exigencias en la familia, emular fuera de ella los triunfos de vanidad de la propia madre, suscitar envidias en otras mujeres y asustar á los jóvenes de las cargas del matrimonio.

Hay muchas colmenas sin reina, donde ya no se fabrica miel ni se engendran sino zán-

ganos. Hay muchos hogares sin trono, sin jerarquías, sin respeto y sin amor.

Pearson ha deseado recalentarlos. Su voz será una más, probablemente, de las que se pierden en el desierto.

No importa: ha cumplido un deber lanzando á la consideración de todos el fruto de su observación.

FRANCISCO DURÁ.

Buenos Aires, diciembre 9 de 1899.

CAPÍTULO I

LA elegante sociedad porteña había enriquecido más de una vez la crónica mundana con espléndidos conciertos y lujosísimos saraos en que la distinción, la hermosura y la gracia, en consorcio fraterno con la riqueza de las pieles y el relucir de las alhajas tuvieron siempre ocasión de exhibirse en verdadero lucimiento: pero aquella vez—era rumor corriente—el mismo buen tono parisién prometía quedar eclipsado.

Concurrencia de primer orden, no ya por su calidad, que fiestas de ese género—nadie lo ignora—congregan preferentemente lo que representa la cultura, la respetabilidad ó la fortuna; sino por su número, en realidad asombroso: más de mil personas circularían, según todos los cálculos, por los espaciosos salones. Local amplio y hermosísimo, rica y profusamente adornado: grandes guirnaldas de flores á los lados; elegantes kioscos al centro; vistosas plantas y adornos de todo gé-

nero, dispuestos con exquisito gusto en los ángulos y en los pasillos; banderas nacionales graciosamente entrelazadas protegiendo, en el simbolismo de su colocación, á la niñez desamparada ó la viudez llorosa ó la miseria harapienta de los cuadros de afamados artistas que se veían de trecho en trecho; iluminación á luz eléctrica, que desafiaba valientemente, y vencía, al eterno rival del bullicio y encubridor de misterios y pavores—la Noche... ¿Qué faltaba? Con razón llenaba esa fiesta las crónicas y venía siendo preocupación de los espíritus y tema de las conversaciones.

En estos ó parecidos pensamientos se entretenía una dama de bondadosa fisonomía y afables maneras que, sentada en medio de la gran sala, observaba el efecto de los adornos, vigilando y disponiendo de paso la colocación de los últimos cuadros:—aunque no tan ensimismada en la tarea, que dejara de mirar á cada momento hacia la derecha, donde dos airoso bustos de mujer se destacaban en movimiento y agitación incesantes.

No era vana esa preocupación de la Sra. de Perez Gonzalez—éste era su nombre—digna é ilustre Presidenta de la Sociedad Protectora de la Orfandad. De dos niñas se trataba,

hija suya la una y de una antigua amiga la otra. ¿Cómo descuidarlas en ese interminable salón cuyos extremos se percibían confusos á pesar de la iluminación, y en el que dirigían también los preparativos finales varios miembros de la comisión auxiliar de caballeros?

Suponemos que habrá caído el lector en la cuenta de que nos encontramos en la organización de una fiesta de caridad.

Efectivamente: deseosas las damas de la Sociedad Protectora de la Orfanidad de aumentar sus recursos y extender su acción, habían llegado á la conclusión de que nada más eficaz podía idearse al objeto que un gran festival. Y he ahí la razón de la *kermesse* en proyecto, que debía celebrarse al siguiente día y cuyo éxito podía decirse que estaba asegurado, puesto que todo dependía ya de la alta sociedad bonaerense, con la cual había derecho á contar, aparte de otras razones, porque sería una fiesta del buen tono en que el lujo podría exhibirse á sus anchas, hallando á la vez los espíritus honesto esparcimiento en las horas siempre gratis de sociedad y recreo.

Lo que decía la Sra. de Perez Gon-

zalez á sus amigas y compañeras de tareas :

— ¡ Si no se puede pedir más ! Esto no es un concierto. Aquí no se arrancará el dinero á cambio de algunas horas de aburrimiento. Nadie podrá quejarse : sociedad para los caballeros y las señoritas, ruleta, carreritas, juegos de todo género, lucimiento, brillo, buena música... ¿qué no habrá?

Y la caritativa dama, en la irresistible seducción de tan halagadora perspectiva, dejaba escapar de sus ojos miradas de esas que son por lo indefinibles tormento de los observadores. Miradas que encierran á la vez la satisfacción inquieta de la vanidad que triunfa, y las emociones benditas de las almas que sienten y lloran las angustias de los desventurados.

Suficientemente distinguida la señora de Perez Gonzalez para complacerse en vulgares envidias, no era que sentimientos de esa ralea evocara en su mente la iniciativa feliz que bajo tan buenos auspicios tocaba á su término. Nó : á nadie quería ella humillar. Se alegraba, simplemente, de poder mostrar ante la sociedad que sus recursos y su espíritu de empresa no eran inferiores á los de las señoras que traían acaparada de tiem-

po atrás la organización de las fiestas de caridad.

Porque la Sra. de Perez Gonzalez creía tener motivos para estar quejosa á ese respecto. Familia antigua é ilustre la suya, y de nobleza de alma y espectabilidad, ella, igual si no superior á cualquiera otra ¿por qué se la había excluido siempre de las comisiones y consultas? Mucho tiempo la había preocupado esa idea: y doblemente, al observar que para lo demás no se la olvidaba. En tratándose de proteger iniciativas, de asociarla á suscripciones, siempre era su nombre recordado entre los primeros. Sus rivales en fortuna y respetabilidad sabían bien entonces, que la Sra. de Perez Gonzalez era elemento no despreciable.

—No hay más,—dijose para sí la ilustre dama en aquellas amargas horas—Pues no es el olvido la causa, me creerán inútil, sin ingenio ni actividad; á no ser que...

La Sra. de Perez recordó sus mocedades, cuando su belleza y buen trato la elevaron al trono de reina de los salones; pasó revista á sus amigas de aquella época, entre las cuales vió á muchas de las que la venían haciendo á un lado, y murmuró como decidiéndose:

—Quieren guerra como ayer... Ellas,

las muy piadosas que se comían los santos!

Esta idea apoderándose de su ánimo, fué hostigándola en los meses que se siguieron, hasta que al fin, resuelta á todo, convocó á sus amigas, reclutó elementos y echó las bases de una gran asociación bajo el nombre de Sociedad Protectora de la Orfandad.

¡Cuánta lucha, cuántos desagrados y desalientos! ¡Qué no se había cruzado en su contra! Hasta la autoridad del Prelado estuvo á punto de pronunciarse. Y—como decía la Sra. de Perez Gonzalez semi indignada—; todo por cuestión de un Director Espiritual! Ni que el objeto de la asociación fuera la predicación evangélica ó la conversión de infieles. ¿Podía conocer acaso un sacerdote mejor que las madres de familia las necesidades de los pobrecitos huérfanos? ¿No eran ellas, además, suficientemente instruidas para comprender sus obligaciones, pesar sus responsabilidades y saber darse vuelta, sin ayuda de tercero tonsurado, en los casos difíciles? ¡Que era menester hacer cristianos á esos niños! Pues ahí estaban las señoras para el caso. No los tendrían, naturalmente, á los pobrecitos, con las oraciones en la boca todo el santo día; pero bueno estaba

eso para los tiempos en que la autoridad eclesiástica se ingería en todo, no en el siglo XIX, cuando el propio criterio se abría paso y la humanidad avanzaba en la carrera del progreso...!

La Sra. de Perez Gonzalez, viuda de un hombre «despreocupado» que había llevado á la legislación y la enseñanza las ideas de la época desde su banca de Senador, no comprendía, por lo demás, en balde se esforzaba, la importancia que se concedía á la dirección espiritual—mero formulismo á su entender.

—¡Pobre monseñor!—se la oía exclamar á cada paso en la época esa de su lucha.—¡Tan sencillo, tan humilde, tan bueno! Le han hecho creer que es aquello indispensable... y... naturalmente... criado él en un Seminario, oyendo siempre letanías...!

Y lo decía con la mayor buena fe, sinceramente convencida. Si en su concepto alguien podía equivocarse, no era ella, ni los amigos de su marido que la habían aconsejado; de cuantos actuaban por entonces desde posiciones espectables, sólo Su Señoría continuaba influenciado por la tradición. De suerte que aún cuando eran grandes sus virtudes, respetables sus canas y por su ciencia muy autorizados sus juicios, en lo referente á las

nuevas tendencias de los espíritus no quedaba á la sociedad otro recurso que compadecerle generosamente.

¡Quién más respetuosa que ella de la altísima dignidad que investía el anciano Prelado! ¡Quién más cristiana y devota! Moriría con la Fe que heredó de sus padres, pues á nadie cedía la palma en punto á sinceridad y firmeza de creencias; pero que no le fueran á ella con resabios del fanatismo; con tentativas para restaurar prácticas que no podían conciliarse con los adelantos realizados por la humanidad. El sacerdote debía tener cierta influencia, indudablemente, pero nada más que hasta por ahí: de otro modo se corría el riesgo de entregar nuevamente el mundo á sus manos, abriendo el camino al despotismo del hisopo. Santo y bueno que las beatas permitieran tal cosa, ese rebaño de almas mansas (así decía la señora, recordando una frase de su marido), que se golpean el pecho muy contritas mientras idean la manera cómo desollarán á sus amigas en la diaria tertulia vespertina; pero aprobarla ella, que no comulgaba con ruedas de molino (ni con frecuencia) y que conocía perfectamente, como Presidenta de una sociedad de caridad, sus atribuciones y deberes!

A pesar de estas ideas, que formaban el evangelio, por decirlo así, de la Sra. de Perez Gonzalez. Hubo aquella vez de ceder y acatar la exigencia del Prelado. Su influencia, que era poderosa todavía, habría bastado para entorpecer seriamente su iniciativa, aparte de que la concesión podía hacerse sin perjuicio de retirarla en la primera oportunidad propicia. La sociedad se estableció, pues sin dificultades mayores y justamente un año iba transcurrido de su fundación cuando sorprendemos nosotros á su Presidenta en la organización del gran festival de que venimos hablando.

Habíamos dicho que poco quedaba por hacer en el salón. Efectivamente: cuestión sólo de agregar unos cuadros y variar la colocación de otros, cosas todas terminadas en breve tiempo, pronto la elegante dama volvió á reunirse con sus niñas, avisándolas que era llegada la hora del regreso. Pero éstas no parecían muy dispuestas á efectuarlo, entretenidas como estaban en ese momento con un grupo de caballeros de la comisión auxiliar. Reunidos allí, en amigable y amena charla, todos á una sentían una vocecilla dentro del pecho que les gritaba sin cesar:—¿no ven Vds. cuan liviana y llevadera es la carga de la Caridad?

La conversación no decaía, correspondiendo en ello parte activísima á la locuacidad y buen humor de un gallardo joven de rubios y ensortijados cabellos.

Sellamaba Alfredo y había nacido en las pintorescas orillas del Paraná, cerca de la ciudad del mismo nombre, en un gran establecimiento saladero que poseía por aquel entonces D. Jorge Montenegro, su padre. Reducidos después considerablemente los recursos de la familia, á consecuencia de rudos contrastes de fortuna; vendido el saladero para afrontar compromisos ineludibles, el padre de Alfredo hubo de resignarse á buscar de otra manera el sustento de los suyos; y como se le brindara una plaza en la repartición de Hacienda del gobierno de Santa Fe, allá se fué sin vacilar, ni vencido ni humillado, resuelto á reconquistar á fuerza de perseverancia la perdida posición. En el mismo puesto continuaba en la época de nuestros sucesos —diez años más tarde— sin haber obtenido otro beneficio que la educación de Alfredo, su hijo único, el que después de haber concluido los estudios preparatorios en el histórico Colegio de la Inmaculada Concepción, perseguía el doctorado en la Universidad de Buenos Aires. Niño de aque-

llos que no pueden estarse quietos ni callados ni dejar de urdir travesuras, la vida estudiantil de Alfredo había sido fecunda en malos ratos para los autores de sus días, los cuales más de una vez hubieron de recibirle bañado en sangre por virtud de feroces *trenzadas* á sopapo limpio con sus compañeros, ó de asaltos desgraciados á los altos y tentadores naranjos del establecimiento ó de pelotazos casuales de los muy frecuentes que se dan y se reciben entre colegiales. No fué por eso sin grandes recelos que lo dejó instalado en Buenos Aires el Sr. Montenegro, con su matrícula de alumno de la Facultad de Derecho y su sueldo de noventa y siete pesos mensuales, correspondiente á la categoría de estafetero fluvial, en la Administración de Correos. Empero aquellos recelos desaparecieron bien pronto, pues Alfredo se había modificado. Conservaba todo el espíritu chacotón de su primera edad, pero corregido y moderado cual convenía en un mozo á quien el bigote le sombreaba ya los lábios. Con su genio especial, que le permitía amoldarse á todas las situaciones, lo mismo se le encontraba dispuesto para interrumpir con un *batuque* cualquiera reunión política teatral que no fuera de su agrado, como para dar

vida y carácter á una reunión social de las que requieren formalidad y compostura. Todo esto no afectaba, naturalmente, á la bondad intrínseca de nuestro jóven, cuyo corazón á menudo latía, como en la infancia, á impulso de nobles aspiraciones. Ejemplo : su mayor deseo, su ideal más querido era ver terminada su carrera para que pudiera descansar «el viejo», como llamaba á su padre, y vivir consagrado por completo á su compañera, sin más ocupación ambos que la de arrullarse como tortolitas disfrutando una existencia libre de estrecheces y angustias.—«He sido un bárbaro : no les he dado hasta ahora sino disgustos y sacrificios»—se decía Alfredo en sus momentos de reflexión. Y sacaba entonces fuerzas de su propia flaqueza para rechazar este ensueño que á cada paso se le metía dentro del cerebro : hacer de cada profesor un picadillo, de cada libro una hoguera y de los edificios todos destinados á universidades y colegios, un gran monumento en que apareciera la juventud con grandes y hermosísimas alas, mostrando en las manos, á manera de símbolo de libertad, cual nueva Judith, la cabeza del Holofernes que inventó las cátedras y los planes de estudios. Carácter alegre y expansivo, contaba los amigos por

doceñas; á ellos debía haber trabado relación con la señora de Perez Gonzalez, organizadora de la kermese que se preparaba, la que habiéndole cobrado simpatía no pudo olvidarle cuando designó á los caballeros de la Comisión auxiliar.

Alfredo había pasado el tiempo tan entretenido, en conversación con las dos niñas, que verdaderamente se sorprendió al ver acercarse á la distinguida Presidenta anunciando que era llegada la hora del regreso al hogar. Por extraño que le pareciera, no tuvo más remedio que conformarse; y momentos después un lujoso coche arrancaba de la puerta del palacio, arrastrado por dos soberbias yeguas anglo-normandas que sacaban chispas de las piedras al herirlas con los cascos de sus manos relucientes y nervudas.

En dicho carruaje, que conducía á los tres personajes femeninos que acabamos de conocer, había tenido lugar al partir un breve diálogo, motivado por la sequedad con que contestara la srta. de Perez Gonzalez al saludo de otro jóven que llegaba en aquel momento á la puerta de entrada.

—No está bien eso, Enriqueta—háblele dicho su madre—Es de muy mal efecto.

—Yo no puedo disimular, mamá: estoy harta de sus humos.

—¡Si es Ricardo, hija! Un amigo, afable y servicial...

—Me es antipático, mamá ¡qué quieres!

La señora de Perez reclinóse en el asiento indolentemente, al oír esto, como dando por terminada la observación, mientras sus jóvenes acompañantes iniciaban una conversación ligera y animada, á la que pronto hicieron coro el bullicio de la calle de Florida en sus horas de agitación, y el grito monótono de los vendedores ambulantes que pregonaban á todos los vientos su mercancía de fragantes flores.

II

En tanto la señora de Perez Gonzalez se dirigía á su casa, el jóven por ella designado bajo el nombre de Ricardo llegó al lugar de la fiesta y se mezcló á los grupos que departian allí.

La conversación versaba, como es de suponer, sobre el festival y su esplendidez, aunque con esta diferencia: que á la compostura en los modales, de momentos antes, había sucedido una llaneza verdaderamente campesiana.

¿Qué decir en cuanto al lenguaje?

Ciertos objetos que producen impresión favorable en quien los contempla de lejos, pierden su brillantez y desmerecen no bien se liga uno á ellos por las familiaridades del uso.

El jóven á la moda suele participar de análoga propiedad. ¡Qué distinción y elegancia en el trato social! Sus palabras y sus imágenes, que parecen revelar una alma delicada é impresionable, nacida para los ideales elevados y las emociones puras; sus

movimientos correctos y sus atenciones, que dejan en las damas la impresión de una cultura y distinción realmente insuperables; todo concurre á que la inclinación natural de la mujer á revestir la realidad con ropaje de idealismo, encuentre amplio campo en el caballero que le habla sonriente al oído, con suaves inflexiones de voz y lujo de verbosidad encantadora. Transición brusca, sin embargo, la que se opera no bien la tertulia pierde el carácter mixto! Entre hombres desaparece muy frecuentemente ese «convencionalismo» que opone vallas insalvables á la ordinariez y la depravación: y así, la misma boca que murmuraba frases delicadas, calculando las concepciones de la mente en la moral y el buen gusto, no es raro despida, como por arte de magia una vez á salvo de oídos femeninos, hálitos de impureza que todo lo materializan é inficionan. La mujer más desenvuelta, la menos escrupulosa, la misma que por razón de su estado ó sus años haya debido palpar la realidad de la vida en su crudeza, ninguna acierta á imaginar con todo su colorido los cuadros de licencioso naturalismo que se observan á menudo en los corrillos de jóvenes. Nada se respeta allí, todo sufre la profanación del pensamiento

atrevido y grosero: la niña inocente que pisa por vez primera los salones, y en su ingenuidad cae en las redes que le tiende la malicia; la coquetilla, infatuada que cree tener admiradores rendidos en los incorregibles burlones que la hostigan y persiguen; hasta las matronas que creen echar inocentemente canas al aire prestando sus robustas formas al brazo de algún joven, á todas alcanza el comentario procaz con que entretienen á solas sus ocios la mayor parte de los que el mundo y ellas mismas llaman respetuosamente... caballeros.

La reunión que nos ocupa tenía lugar entre jóvenes de «la alta sociedad», con lo cual dicho se está que la conversación no reconocía reparos. Quién narraba una desvergonzada aventura del género galante; quiéense entretenía ponderando el sabor de la fruta pintona, por lo que permite apreciar y entrever el contacto de los salones; quién provocaba las carcajadas á coro mediante dichos y anécdotas que no dejaban marido con honra; y así lo demás.

Tres concurrentes llamaban especialmente la atención; uno, por la influencia que parecía ejercer sobre el auditorio, en el cual siempre despertaba interés su palabra; y los otros

dos, por la escasa participación que tomaban en la algazara general.

Guillermo de nombre el primero, era el único hijo varón de la aristocrática dama que conocimos en el capítulo anterior.

Rasgos físicos: cuerpo menudo; pelo ralo hábilmente distribuido entre los claros de una calvicie ya acentuada; un par de rasgados ojos verdosos, y fino bigote rubio de retorcidas puntas, asentado sobre labios que descubrían á cada momento dos filas de blanquísimos dientes.

Antecedentes: varios años de « Colegio Nacional »—tranquilos los dos primeros; con algunas escapatorias al río y á la Recoleta el tercero; más sesiones de billar que clases en el cuarto; y durante el siguiente, equitativa repartición del tiempo entre experimentos de física, cálculos sobre la resistencia y velocidad de los caballos que medían sus fuerzas en los hipódromos, alguno que otro trago de filosofía didáctica, otro tanto de historia natural entremezclada con literatura y excursiones nocturnas en Parranda: sellado todo con rebeldías colectivas de aquellas que principiando por murmullos acaban en gritos, y destrozo de bancas, y rotura de vidrios, y.... expulsiones, una de las cuales al-

canzó á Guillermo, cortando de hecho sus estudios, pues resistióse abiertamente á que su padre influyese para que, admitido nuevamente en el colegio, alcanzara el bachillerato.

Tras del colegio vino un buen período de vida alegre. Exento de obligaciones y con dinero á mano, no podía pasar mucho tiempo sin que se lanzara por la pendiente del placer. Y de que á él se entregó Guillermo con el ardor de sus veinte años, no cabía duda en la época que le conocemos nosotros, cuando frisaba en los veintisiete. Demostrábanlo, por una parte, dos excursiones que llevaba hechas, por prescripción facultativa, la primera al Rosario de la Frontera y la segunda á los baños sulfurosos de Mendoza, en virtud de ciertos desórdenes con desagradables manifestaciones externas que se le produjeron en la sangre; y, por otra, el hastío que comenzaba á morderle las entrañas sin piedad. El mundo ya no podía darle nada. ¿Riquezas?—le sobraban. ¿Amor?—no creía en él. ¿Saber?—no era su vocación. Gustábale, sí, tener una idea general del movimiento intelectual moderno; pero esto siempre que no demandara una dedicación especial, para lo que le faltaba voluntad y constancia. Todos los problemas

relativos á la Creación y la otra vida los daba él por resueltos con los progresos de la ilustración en el siglo XIX, y los descubrimientos de la Ciencia á que oía aludir constantemente; renunciaba, pues, á calentarse la cabeza con estudios de los cuales no necesitaba al cabo para darse vuelta en la vida; lo que á la ciencia le hacían decir ó hacer sus representantes más en boga, bien hecho y bien dicho estaba, fuera lo que fuese y como fuese; en casos de duda, bastábale á él repasar á Renán ó Michelet sus dos «filósofos» predilectos. En cuanto á lo demás—el descontento interior, el vacío que sentía en su corazón no bien se detenía á reflexionar sobre lo estéril y aburrido de su existencia,—Guillermo había concluido por decirse que la cosa no tenía remedio y que por tanto lo mejor era evitar la soledad, rehuir la meditación. Por eso buscaba siempre distracciones; por eso corría tras el bullicio mundano como beodo tras del alcohol. Las carreras lo mismo que Palermo y los teatros y los bailes, contábanle entre sus concurrentes más asiduos; lo cual, unido á su calidad de hombre de fortuna, á su inteligencia despierta, á su desenvoltura y á una verbosidad natural que era el sello de su carácter, le había valido

el concepto de elemento social insustituible.

Completaremos estos datos, añadiendo que Guillermo principiaba á mezclarse en la política, condescendiendo á vivas instancias de algunas personalidades que habían sabido despertarle deseos de intervenir en el gobierno público.

Los otros dos jóvenes á que aludimos eran Ricardo y Alfredo; « los inseparables » que decían todos, vista la intimidad que les unía. Juntos paseaban, juntos habían cursado los seis años de regla en la Facultad de Derecho y juntos debían rendir examen general de un día para el otro: únicamente el trabajo los separaba, pues subvenía Ricardo á sus gastos expresando el cerebro en la redacción de un importante diario de la mañana; mientras hallaba Alfredo recursos y cómoda labor—como ya lo sabemos—en las tranquilas salas de una repartición oficial. Lo raro de esta amistad estribaba en la manifiesta oposición de ambos caracteres. Por lo que hemos visto de Alfredo, ya se comprenderá que no eran la melancolía y la seriedad rasgos distintivos en él: justamente lo contrario de Ricardo, en quien rara vez aparecían la frase chacotona y las expresiones ingenuas.

Cómo caracteres tan diversos se atraían y sellaban sólida alianza, no es ni con mucho un misterio. Véase allí la eterna ley de las compensaciones: la ligereza del uno, buscando apoyo en el reposo y madurez del otro; y la gravedad severa de éste, hallando en la irreflexión y buen humor de aquél, rocío vivificador de distracción y consuelo.

Esto no lo comprendían, por supuesto, los amigos de entrambos, todos poco versados en la ciencia de la observación; y menos debían comprenderlo el día en que les sorprendemos nosotros, con la rara actitud asumida por Alfredo no bien se presentó Ricardo. ¿Por qué su brusco cambio de la alegría y la espiritualidad á la preocupación y el silencio? ¿Por que él, siempre locuaz y decidor, rivalizaba de pronto con su compañero en formalidad y escatimaba las palabras aislándose de la jarana? Estos pensamientos, que agitaban de seguro la mente de más de uno, no tuvieron tiempo de ampliarse y traducirse en interrogatorio, porque Ricardo y Alfredo, despidiéndose del grupo, abandonaron el salón.

A poco entablaron un diálogo interesante por las calles adyacentes, que recorrían al parecer sin plan.

—Estoy decidido, Ricardo—murmuró Alfredo.—Sin ese paso no gozaré de paz ni pegaré los ojos. La ví otra vez, ¿sabes?

—¿Esta tarde?

—En el salón, sí.

—¿Y...?

—Nada, ya comprenderás: no era el momento. Pero ahora estoy resuelto.

—En tu lugar, yo esperaría.

—Imposible.

—¡Hombre...! Apenas hace un mes que la conoces.

—Lo suficiente para convencerme de que no podré querer á otra. Es mi ideal, Ricardo: la figura vaporosa que entreveo como símbolo de la dicha, desde que dejé de ser niño.

—Pues yo mentiría si te dijera que he encontrado en ella otra cosa que trivialidad. Mucho arte en las sonrisas, gracia en los ademanes, mirada suave que deleita... pero ni un rasgo de seriedad que diseñe su carácter, ninguna revelación de hábitos caseros, nada en una palabra que la muestre mujer de seso y para casa de pobre. Por otra parte, dicen que ha tenido un entusiasmo y es posible no se le haya borrado del todo...

—¡Oh! no me preocupa eso; estoy mejor informado que nadie: figúrate

que por ella misma! Por lo demás, buena ó no Lucía, y hacendosa ó inútil, quede cortada la discusión pues así como es me gusta, así me seduce y encanta. ¡Si tú supieras! Yo no puedo vivir sin verla. Es mi encanto, mi sol, mi cielo. Hablo con ella, y todo es en mí elocuencia, agudezas y alegría. ¿Se va? ¡ah! cuando entraste tú al salón, recién lo abandonaba ella; y de seguro que nunca me has visto como entonces: pensativo, triste, desagradado, sin alientos para nada, ávido de soledad y de silencio.

Ricardo prosiguió caminando sin decir palabra, desistiendo de convencer á su amigo. Llevaban ya recorridas á buen paso bastantes cuerdas, pues frente á ellos levantábanse con su arquitectura caprichosa los pabellones del Hospital de Clínicas.

—¿Entraremos?—preguntó Alfredo señalando el edificio.

—Yo no puedo esta noche; además, es tarde: ya deben haber comido los muchachos. Vamos á casa, es mejor; allí nos esperan; te contaré en el camino algo que conviene lo sepas tú, porque enseña á conocer el mundo y á los hombres.

—¡Filosofía tenemos! A decir verdad, no me seduce. Pero... vamos: me has picado la curiosidad.

—En primer lugar, te advierto que el caso es triste, grave á la vez y del género reservado: se trata de una acción nada honrosa, que compromete á un amigo tuyo.

El semblante de Alfredo que había ido perdiendo, á estas palabras, su aire de ligereza, reveló bien pronto que estaba dispuesto á escuchar con formalidad. Así debió comprenderlo Ricardo, porque no hizo esperar más su confidencia, que inició de esta suerte:

—¿Recuerdas la infeliz aquella que llevaron á la sala de mujeres el miércoles pasado, cuando estábamos ahí, en el hospital, con los muchachos?

—Aún me parece verla á la pobre: un palo de escoba vestido con trapos de cocina.

—Pues el otro día volví al hospital, como de costumbre, á pasar el rato, y me esperaban con una noticia: la enferma había llamado á uno de los practicantes y pedídole, por el tierno niño que tenía á su lado, que le escribiera una carta y la hiciera llegar á su destino. Tengo aquí la copia... me parece... porque el bueno de Ramirez, no pudiendo pasarla en limpio ni salir, me traspasó la comisión.

Ricardo se había detenido, al decir esto, al pie de un farol del alumbrado

público, donde sacó del bolsillo un manajo de papeles y eligiendo un pliego borroneado prosiguió :

—Aquí está ¿ves? Escucha:—« Se-
« ñor : Dudo si podrá darle ese digno
« nombre quien debe á Vd. su des-
« honra y su ruina ; pero pues la so-
« ciedad se lo da y reconoce... sea !
« No es la mujer desgraciada quien
« solicita compasión : es la madre que
« pide lo que corresponde á su hijo
« por derecho. Separada de mi fami-
« lia merced á las promesas de usted
« y á sus engaños ; sostenida por la
« generosidad de vecinas compasivas
« durante un tiempo, y obligada luego
« á huir, una vez reconocida, por el
« lodo que cubre mi nombre, he ve-
« nido á parar á este hospital desfa-
« llecida por la necesidad, donde re-
« cibo de la Caridad asistencia y
« sustento. ¿Será insensible Vd.? ¿Con-
« templaré indiferente la desnudez y
« el hambre de la inocente criatura
« que llevo en brazos? Espero su res-
« puesta, repitiéndole que no es la
« mujer que se humilla sino la ma-
« dre. » Hasta aquí la carta,—prosi-
guió Ricardo—que fué por cierto bas-
tante laboriosa. Cerrámosla cuidadosa-
mente y cuando pedimos la dirección,
¿á que no te figuras lo que oimos?

—Veamos.

—Pues... el nombre y apellido de Guillermo.

Alfredo por toda contestación se puso á tararear una canción en boga. Luego, apoyando en la pared la contera de su bastón, se quedó pensativo. De pronto dijo:

—Sí, hombre, sí, el mismo caso exactamente.

Ricardo le miró con extrañeza, como preguntándole con quién hablaba.

—Cómo no, hombre; tienes que acordarte; estudiábamos literatura. No recuerdo en qué libro, pero fué entonces, ¿verdad? que aprendimos esto: « En tiempo de las bárbaras naciones—colgaban de la cruz á los ladrones—hoy, en el siglo de las luces—del pecho del ladrón cuelgan las cruces. »

—Acabáramos... cómo diablos había de caer...! Pero siguiendo con lo presente, en la cita esa te hade llevar segunda intención...

—Naturalmente.

—¿Aludirás á la buena acogida que obtiene Guillermo de la mayor parte de nuestras señoritas...

—Más que eso.

—¿A lo ventajoso que le consideran como *partido* las madres que desean ver felices á sus hijas...

—Más todavía: lee este diario y comprenderás todo.

En lugar visible del periódico que alcanzó Alfredo á su amigo, y que era *La Democracia* de La Plata, encontró Ricardo lo que sigue:

« Celebró anoche su anunciada asamblea el partido democrático de la provincia, con asistencia de crecido número de vecinos espectables, deseosos de escuchar y aplaudir la oratoria elocuente de nuestro distinguido correligionario el señor Guillermo Perez Gonzalez.

« Decir que fué un triunfo para el orador esta nueva exhibición, no sorprenderá. Son conocidas las hermosas dotes intelectuales que le adornan, y que le han conquistado ya puesto distinguido en las filas populares.

« Tuvo párrafos severos para la inmoralidad política, mereciendo reproducción entre sus apóstrofes, el siguiente, que fué muy aplaudido:

« *Ahí teneis enorgullecidos y con el dicterio y la difamación en los labios á esos que al ruido de mentidas proclamas lograron hacernos creer en su buena fe. La honradez, la decencia, el decoro político eran la base de su programado programa, y una vez introducidos en el gobierno y llegada la hora*

« de cumplir lo pactado rompen los
« convenios y exigen más, bajo la ame-
« naza de herirnos con las mismas ar-
« mas que les hemos dado nosotros al
« encumbrarlos. Se creen fuertes, seño-
« res, se consideran lejos del alcance de
« un escarmiento. ¡ Ah! Ignoran que el
« hombre que falta á su palabra es como
« el halcón herido, que va volando, vo-
« lando, para caer muy luego vencido
« é inerte sobre el suelo.

« El señor Perez Gonzalez, que se
« trasladará en breve al Saladillo,
« partido en que nuestros correligiona-
« rios han levantado su candidatura
« para las próximas elecciones de di-
« putados, es un jóven que promete
« y del que sin duda puede esperar
« mucho la patria, tan necesitada
« como está de hombres que la rege-
« neren. »

III

Nuestros amigos prosiguieron su camino comentando los hechos de que acabamos de tener conocimiento, hasta que se detuvieron frente á una espaciosa casa de la calle de Corrientes.

Era un edificio sin pretensiones, de zaguán amplio y grandes patios. En él vivían el padre y la madre de Ricardo; respetable señora ésta, cuya piedad ostentaba como corona muy relevantes virtudes; y viejo hacendado del Sud aquél, de quien con razón podía decirse que había errado la vocación, porque su afición de jóven por los placeres de la inteligencia no había menguado en lo más mínimo durante los treinta ó más años que llevaba de consagración á los negocios de campo. Su estancia, en la que pasaba la mayor parte del año, lo mismo que su casa de la ciudad, podrían no tener muchas de las comodidades que exige la muelle vida moderna; pero tenían siempre con toda seguridad las últimas obras del pensamiento humano,

pues como un resabio de los tiempos en que estudiara los primeros años de la ciencia de Hipócrates, al padre de Ricardo le había quedado una sed insaciable de saber. El señor O'Donnell no era rico; á lo menos no le consideraba tal su propio hijo. Sin embargo, parecía tener como pasar una vida desahogada.

En la casa sólo estaba la madre de Ricardo, cuando llegaron nuestros jóvenes. El señor O'Donnell se había marchado para *afuera* esa misma tarde; pero no por ello dejó de ser alegre la comida. Alfredo nunca conversaba tan á gusto como en aquella casa, la sencillez y afectuosidad de cuyos dueños traíale á la memoria el hogar lejano. Habló de todo: los recuerdos de su niñez alternaron con observaciones picarescas acerca de las exigencias del buen tono en la sociedad.

Sirva de muestra el caso siguiente, que refirió entre varios otros.

Estaba en un *recibo* de confianza, dado por una familia de su relación. Le presentaron á una señorita y la dió su brazo. Conversaron un buen rato, lo mismo de Palermo y la Opera que de las fiestas últimas de la alta sociedad, los casamientos rumbosos efectuados y á efectuarse, etc. Cuando ya

los temas escaseaban y comenzaba Alfredo á encontrar el trato de su compañera menos interesante de lo que imaginara, surgió el recuerdo de una amiga de entrambos que se preparaba para pasar la temporada de verano, muy próxima entonces, en las sierras de Córdoba. La niña aprovechó esta circunstancia para reanimar la conversación. ¡Qué vida! Siempre entre paisajes encantadores, saludando al sol cuando se levanta esplendoroso por sobre las enhiestas cimas, ó aspirando á bocanadas el aire tonificante de las alturas, ó contemplando aquí un valle digno de la paleta del pintor y allá una glorieta encantadora construída por la naturaleza en uno de esos arrobamientos artísticos á que debe aquella privilegiada región su hermosura imponderable! Alfredo, que nunca había estado en Córdoba, no atinaba con la actitud que debía asumir para no contestar á tan entusiastas comentarios, confesando una ignorancia que no podía ser de buen tono, dado el furor con que habia entrado entre la gente de caudales la moda del veraneo en las sierras referidas. Por fin, aunque con desconfianza, avanzó también su elogio; el cual debió ser exacto porque pareció producir en su compañera la satisfacción

que experimentamos todos, cuando encontramos confirmadas nuestras propias impresiones. Alentado por este resultado, perdió el miedo y se lanzó con su natural desenfado por la senda que se le abría al paso. ¡Oh! ¡Sí! ¡Qué parajes aquéllos! ¡Ese viaje á Cosquin! ¡Esa vegetación exuberante, verdadera munificencia de la Omnipotencia creadora! ¡Esos arroyuelos de plateadas aguas que surgen de improviso á la vista del viajero, como cadena de brillantes circundando el cuello á una hermosa de formas esculturales! ¡Esos estrechísimos pasos que, dejando apenas lugar para un carruaje, muestran de un lado las negras profundidades del abismo y del otro las espaldas gigantes de la montaña! La compañera de Alfredo seguía estas manifestaciones con un interés que se reveló bien á las claras en el desgano con que cambió el brazo del joven, por el de otro que la reclamaba una pieza comprometida de antemano. Más tarde, una de las niñas de la casa, con quien bailaba Alfredo, preguntóle si había estado en Córdoba. Nuestro amigo tenía con ella suficiente confianza para descubrir la farsa y respondió negativamente.—« ¡Pues es gracioso!—replicó ésta—¿no conoce Vd. las sierras y se ha pasado una

hora describiéndoselas á Julieta? »—
« ¡Qué quiere Vd! No tuve otro recurso: y lo bueno es que con sólo mis lecturas y lo que tengo oído á cordobeses amigos, he pintado aquello con la misma verdad que podría haberlo hecho mi compañera. »—« ¡Julieta? »—« Sí »—« ¡Si nunca ha salido de Buenos Aires! »—« No puede ser: se ha expresado conmigo como si todo aquello le fuera familiar. »—« Pues más allá de San Isidro, donde su padre posee una quinta, todo le es desconocido: se lo aseguro. »

Mientras Alfredo refería lo que antecede, en la regia mansión de la señora de Perez Gonzalez concluía también la comida, después de haber sido amenizada por el incesante bromear de Guillermo, empeñado en hacer confesar *sus secretos* á Lucía, la linda amiga de su hermana.

Las emanaciones aromáticas de un riquísimo *moka* ponían término cumplido á la sobremesa, cuando la puerta se abrió y precedida de un criado que se deshacía en cortesías, apareció una vistosa gorra; tras la gorra un rostro sonriente iluminando dos ojos que vendían llaneza; y tras del rostro un cuerpo de anchas caderas que se movía majestuoso y reposado. Era la señora de Rodriguez, madre de Lucía,

nuevo personaje que llega reclamando presentación y biografía.

Físicamente, no podía decirse que fuera esta señora elemento muy apreciado en sociedad, dado que Natura no la había prodigado sus favores; pero sería injusto no reconocer que merecía el calificativo de alma sencilla é ingenua con que solía verse designada. Esas cualidades sobresalían en ella en grado sumo; tanto que su sencillez rayaba en candor y su ingenuidad en simpleza. Siempre dispuesta á la conversación, cualquiera que fuera el tema y conociéralo bien ó nó, pues lo mismo se despachaba ella en sendos párrafos sobre telas, moños y modas, que sobre política, finanzas ó literatura; siempre amable y expresivamente cariñosa, aún con aquellos de quienes la separaba la distancia que va de la presentación al trato íntimo; viviendo en plena inocencia á pesar de sus 45 años, ya que no acertaba á concebir dudas respecto á la eficacia de los afeites y los postizos, ni había llegado á comprender las ironías que suele envolver el humano ingenio en frases almibaradas — con la misma admirable serenidad que se lucía por las calles cubierto el rostro de una capa de polvos, mezcla de almidón y *cold cream*, capaz de

irritar el gusto menos delicado, sentaba en los salones fama de erudita atribuyendo á Bossuet el fallo de Salomón.

Como tantas otras de su condición, había concentrado todos sus afectos, todas sus pasiones, todos sus anhelos en un ser que endulzaba su existencia: su hija Lucía, la cual hacía con ella las veces de tiranuelo. No había fiesta que acobardara á la madre, en tratándose de satisfacer á ese adorado pedazo de sus entrañas: aún los mismos conciertos literarios los afrontaba sin cesar llegado el caso, permitiéndose tan sólo, á guisa de benévola venganza, un prudente anticipo en las horas destinadas al reposo, mediante una somnolencia reparadora que estimulaba y arrullaba la cadencia de la oratoria académica. Lo cual no la impedía, sin embargo, hacerse lenguas más tarde de la elocuencia insuperable de los oradores, recordando pasajes y formulando fallos.

Citábanse varios casos en sociedad, comprobatorios del concepto que merecía á todos la buena señora.

Una vez, cuando la muerte de Estrada, regresó muy conmovida de una velada organizada en honor de la venerada memoria de aquel ilustre pensador; y como la interrogaran so-

bre el acto, que había tenido para ella el mérito de hacerla dichosa una media hora, transportándola en brazos de Morfeo á regiones azules donde todo le sonreía en medio de una inconsciencia encantadora que se le antojaba imagen acabada de la felicidad eternal, contestó:—« Espléndido, sublime, pero muy triste: yo casi he llorado. Mire Vd. qué pérdida tan lamentable. ¡Si esto es terrible! Achával primero, luego Goyena, ahora Estrada, lo mejor *del clero* por Dios! »

Otro día había amanecido Lucía con los antojos del teatro. A la niña no le gustaba desmerecer yendo á platea, y no estaba acostumbrada á ser contrariada en sus deseos. La madre, atrasada de recursos por más que no lo diera así á entender la lujosa ostentación en que vivía, no sabía cómo salir del aprieto, pues se daba esa noche una función de caridad siendo muy subidos los precios. De un momento á otro debí recibir ella la entrada del mes, pero estaba ya invertida de antemano con exceso y los acreedores no admitirían esa vez nuevos aplazamientos en el pago. Tras mucho cavilar se decidió al fin y enfiló la calle, á pesar de los dolores reumáticos que la retenían en su casa. Cuando regresó una hora más tarde,

agitada, enferma, con el palco en una mano y una joya menos entre sus alhajas, llegaba resuelta á cantarle á su hija las verdades una vez por todas. Lucía estaba arreglándose delante del espejo. Verla la señora y sentir que se la olvidaban sus trabajos y resoluciones de protesta, fué todo uno.— «Hija—le dijo, muda de admiración—¿cómo haces, por Dios, para aparecer tan linda?» Y estampó dos sonoros besos en sus mejillas, á la vez que continuaba la laudatoria iniciada.

He ahí, en las líneas que quedan trazadas, reflejado el carácter de la madre de Lucía.

La habíamos dejado en circunstancias que penetraba al comedor. Guillermo se despidió en ese momento, pretextando un compromiso, y las dos jóvenes, aprovechando la oportunidad, pasaron á la sala.

El rico piano Stenway, que se exhibía majestuoso entre los espléndidos cortinados y soberbios muebles y adornos, tenía rara vez ocasión de lucir sus voces armoniosas, pues Enriqueta había abandonado los estudios seducida por la novedad y dulzura del arpa, la cual como instrumento á la moda merecía preferencia entre las familias *de posición*. Pero aquella noche estaba ahí una aficionada distin-

guida, de ejecución admirable: una de las que merecía más elogios á Leví, su profesor; y á poco los ágiles dedos de Lucía corrían por el teclado en delicadísimos trozos de los más celebrados príncipes del arte musical.

Acumulemos elementos para el estudio de los respectivos caracteres de nuestras dos protagonistas, sorprendiendo el coloquio á que se entregaron al compás de los acordes:

—Conque ya ves... no me equivocaba, ¿eh?—dijo Enriqueta á su amiga.

—Lo que es yo nada veo: el hecho de que todos lo digan, no es prueba.

—Mira que es también él quiez lo dice...

—Pues hija... tú estás más informada que yo.

—Hoy he conversado con Alfredo y sólo una infeliz habría dejado de comprender su entusiasmo. ¡Si hubieras visto qué ponderaciones! En su concepto no hay mujer que te iguale. Ojos como los tuyos... ¡dónde! Ni pelo más fino, ni rostro más agraciado, ni líneas más perfectas...!

La jóven sonrió alegremente, dejando ver en ambos lados de la cara un par de encantadores oyuelos. Estaba hermosa, á la verdad, en ese instante. Porque la fisonomía de Lucía cobraba

vida y gracia imponderables cuando reía: sus dientes de nivea blancura, sin un solo defecto que alterara la perfección de su alineamiento; y sus delgados labios, que parecían recibir al desplegarse, la suavidad de la seda y la frescura de primaverales albos, concurrían á que se realzaran grandemente sus atractivos físicos, de suyo valiosos.

—Tendría para rato—prosiguió Enriqueta—si hubiera de contarte todo lo que me dijo el pobre Alfredo. ¡Y tan bueno que es! Franco, sencillo, sin doblez, inteligente como lo prueban las altas clasificaciones que obtiene siempre en los exámenes, gracioso, bien parecido...

—¿Acabarás?—interrumpió Lucía—Ni que tuvieras especial empeño en apadrinarlo. Ya conozco todas sus buenas condiciones. Es muy simpático, muy interesante en su trato, pero... francamente, Enriqueta, no sé cómo has podido creer lo que me cuentas, al cabo como estás de...

—Eso no. ¿Sería acaso la primera vez que una cambiara? Todavía si Gimenez... Pero su estada en Córdoba dura demasiado. Y lo que es él no pierde baile, ni se priva de atender á otras, tú lo sabes.

—¿Has averiguado?

—Mis últimos informes lo confirman.

—Cuéntame todo: no seas mala amiga.

—De veras: es lo único que sé. Por lo demás, ya conoces mi opinión: nadie se alegraría como yo de que todo quedara en díceres.

—Y ya te he dicho cien veces que eres injusta. No tienes razón para pensar así. Gimenez es y ha sido siempre un caballero.

—¡Qué quieres! Para mí la caballerosidad está en la conducta. Un hombre que no tiene otra ocupación que divertirse, sin miramientos á nada ni nadie; que juega y se jacta de no creer en nada; que derrocha en parrandas lo que de seguro no sabría ganar con su trabajo...

—Basta, Enriqueta. Sé de memoria tu capítulo de cargos. Morirás con tus escrúpulos, á lo que veo.

—¡Escrúpulos!

—¡Claro! ¿Me sostendrás que no son así todos? tu mismo hermano...

—Ojalá no fije él sus ojos, sin haberse modificado, en amiga mía alguna á quien yo quiera como á tí.

—Pues te quedarás soltera toda la vida: á los hombres hay que tomarlos como son. Porque para eso está la mujer: para hacerlos arrepentir.

—Las que se sientan con fuerzas harán, no lo dudo, obra buena. Por mi parte...

Enriqueta no pudo concluir, porque las dos señoras aparecieron en la sala.

Habían abandonado el comedor deseosas de una media hora de música y, presentado su reclamo, no tuvieron las jóvenes otro recurso que dar por terminado su diálogo y complacerlas.

IV

Buen número de personas se recogieron esa noche esperando hallar al despertarse un día despejado, risueño, alegre, en armonía con las gratas promesas que ofrecía á sus almas la anunciada kermese. Pero el tiempo suele á menudo complacerse en hacernos sentir el peso de su superioridad, vistiendo de crespón cuando todo en torno respira júbilo y engalanándose con sus más preciadas y relucientes joyas á la hora en que el dolor nos oprime y desconsuela. Fuera por consecuencia á este sistema ó por otra causa cualquiera, el caso es que el tiempo amaneció llorando á lágrima viva; que se calmó un tanto más tarde, aunque conservándose triste y sombrío hasta la hora de ponerse el sol; y que no bien las sombras nocturnas comenzaron á extender su manto, abrió todos los grifos á su gran depósito de condensados vapores descargando sobre la ciudad un aguacero tan recio, que convirtió bien pronto las calles en una especie de mapa hidrográfico al que no faltaban

ríos ni lagunas, istmos ni canales ni aun cascadas.

Ese imprevisto contratiempo no hizo, con todo, fracasar el espectáculo. En ciudades como Buenos Aires y entre público de acaudaladas gentes, el frío y la lluvia fácilmente encuentran medios defensivos. Todo se reduce á que el consabido Pedro, infaltable en las casas ricas, afronte valerosamente desde su trono sin dosel, esa natural contingencia de la profesión.

Para nuestra fiesta, la lluvia llegó á ser hasta un beneficio. Ella conjuraba casi por completo el peligro de la *mezcla*, que preocupó á las aristocráticas damas de la Comisión cuando se discutió si la entrada había de ser por invitación ó pública, temperamento este último que al fin triunfó.

Con las familias allí presentes se obtenía una representación lucidísima de la distinción y la opulencia. Era la primera vez que se lograba organizar fiesta de ese género sin que la clase media impidiera que el espectáculo se destacara bajo el sugestivo carácter de una esplendente y admirable unidad de ricos atavíos.

Hombres, sí; hacían falta, más: eran indispensables, dado el fin «caritativo» del acto, y los había en abundancia de todas las representaciones y clases

de alta y de dudosa alcurnia, formales y adolescentes, estos últimos estudiantes en su mayor parte, y entre ellos no pocos cuyos trajes de irreprochable corte, excelente paño y bolsillos tan holgados como livianos, hacían las veces de esas cimas hermosísimas cubiertas de vegetación y coronadas de flores, pero las cuales no es posible escalar sin riesgo de sufrir los vértigos del vacío.

La entrada ofrecía un espléndido golpe de vista. El gran salón deslumbrante de luz y pedrería, perdía su amplitud, se reducía, parecía de naturales dimensiones ante la enormidad de parejas y grupos que lo llenaban, semejando el vaivén de las olas en su movimiento constante. Alrededor de los kioscos los grupos se unían y estrujaban formando una verdadera muralla. Las elegantes vendedoras no necesitaban vocear su mercancía. Por aquí se agotaba el depósito de flores, confites y bombones, entre la demanda siempre creciente del entusiasta público. Allí una diminuta locomotora de cuerda repetía á cada paso su agudo silbato al recorrer, arrastrando un pequeño convoy, un círculo aplanado dividido en ocho partes numeradas, especie de rayos de una rueda, cada uno de los cuales proporcionaba

la suerte á los poseedores de boletos con su número, si la máquina se detenía dentro de sus límites. Más allá el sonido metálico de una campana anunciaba que iba á comenzar la vigésima carrera de la serie en los aparatos ideados al efecto para *pollas* de diez caballos. Aquí parejas abstraídas, que parecían vivir en un mundo aparte, fijos uno en otra los ojos entornados, balbuceando sus labios palabras que ambos más adivinaban que oían; allí la orquesta poblando el recinto de armonías y las mesas de ruleta formando y derrumbando castillos de ilusiones; acullá una pared de blanco lienzo con un rostro burlón al medio que se eclipsaba á cada pelotazo que le dirigían desde el frente, para aparecer de nuevo sonriendo con socarronería al que no acertaba á desfigurarle las fñatas; en fin, para decirlo todo de una vez, el cuadro podía describirse en estas palabras: animación, bullicio y alegría en los kioscos, en los grupos, en el centro, en los extremos, doquiera.

La fiesta estaba en su apogeo, y fué ese el momento en que apareció nuestro amigo Ricardo. El espectáculo debió sorprenderle porque tendió su mirada á todos lados una, dos y tres veces. Convencido de que no podía ser ilusión lo que veía; de que aquello era

la gloria comparado con el infierno de las calles, barridas á esa hora por un viento huracanado que helaba las carnes, su semblante expresó complacencia y avanzó por entre la gente hacia el medio de la sala.

En dirección opuesta venía Alfredo, con quien no tardó en ponerse al habla.

—¡Vaya hombre, por fin!—exclamó éste—Cree que ya no venías.

—¡Si parece mentira! Todo ha sido inconvenientes desde que nos separamos. Y para colmo, una vez libre, no podía encontrar coche. Te aseguro que iba perdiendo la paciencia.

—Lo mismo que todos: por mi parte hube también de esperar buen rato; pero ¿qué te parece la fiesta?

—Muy buena, espléndida: no esperaba tanto con esta noche.

—Comenzaremos entonces por no perder el tiempo; es lo práctico, creo. Yo con Lucía, tú con Enriqueta ó la señora, ¿eh?.. ¡qué tal!

—Acepto, mas con una condición: tú me has de acompañar primero á la boletería.

—¡Cómo! ¿no tienes entrada?

—Sí pero... desearía remediar un *barro* que he hecho sin darme cuenta. Cuando bajé del coche, me tendió la mano una mujer harapienta que estaba en la vereda y yo, apurado como

venía, ni siquiera la miré. He pensado ahora, y francamente, no quisiera que por mi culpa...

—No vale la pena, Ricardo. ¡Ni que te hubieras dedicado al apostolado misionero! Si no es hoy será otro día.

—Es que puede tratarse de una necesidad imperiosa.

—¿Acaso sólo tú haces caridad? Ya le habrán dado, hombre, no te preocupes.

—En fin, la verdad es que no hay razón para que te molestes tú, que no tienes parte en la cosa. Espérame por al á, que iré en seguida.

Y dicho esto se retiró Ricardo, sin dar tiempo á que le replicara su amigo, quien optó entonces por no retardar más la realización de su deseo.

Llegó al kiosco de la señora presidenta justamente á tiempo que ésta observaba con interés los grupos, buscando una persona de confianza á quien llamar en su ayuda; pues el joven designado al efecto reclamaba un cuarto de hora de libertad, á fin de dar algunas vueltas por la sala con la niña de sus simpatías.

No hay que decir si recibiría Alfredo con agrado el pedido. Ahí estaba Lucía en plena irradiación de su belleza, junto á la distinguida dama que le invitaba.

Nuestro amigo entró, pues, de muy buena voluntad al ejercicio de sus funciones, mas con tan poca fortuna que lo que había imaginado ocasión incomparable, hubo de parecerle bien pronto pesadísima tarea. Le faltaba tiempo para atender á todas las sollicitaciones de que era objeto.—«Alfredo, cambio», y allá iba el pobre á la caja repleta de billetes chicos y grandes en internal revoltijo; —«el número 9, señor», decía una voz, —«á mí el 5», agregaba otra, y más allá: —«6 y 7, señor, hágame el servicio», pedidos que obligaban al joven á excusarse pacientemente indicando que las únicas vendedoras eran las señoritas; —«adelante, Alfredo, no hay más boletos», y héte ahí á nuestro protagonista avanzando trabajosamente dentro del reducido espacio del kiosco, hasta alcanzar el manubrio que ponía en juego al hípico aparato.

Alfredo estaba que ardía. A lo molesto de su situación debía agregar una circunstancia nada halagadora; mientras él sobrellevaba resignado las tareas de ayudante, Lucía se lo pasaba pico á pico con un apuesto galán que parecía entretenerla en sumo grado. Dos veces intentó cortar esa inquietante intimidad, pero sin resultado: entrególe primero á Lucía cin-

co boletos para la venta, y cuando él menos acordó, la muy 'pilla' se había ahorrado el trabajo pasándolos á manos amigas; volvió Alfredo al ataque pretendiendo convencerla de que debía permitirle adquirir, aun cuando fuera á peso de oro, un precioso ramo que llevaba graciosamente prendido en el pecho, y por toda contestación la niña reanudó la interrumpida conversación, previa una mirada fría, seca, en que creyó ver nuestro joven claramente reflejados el fastidio y el desdén. ¿Por qué esa repentina indiferencia, por qué ese desvío inexplicable? Alfredo se devanaba los sesos en medio de su tarea, maldiciendo la hora en que se le ocurrió acercarse allí, cuando la llegada de Ricardo le dió lugar á consolarse con la idea de un fácil endoso de su ayudantía.

Ricardo pasó á saludar á las señoras, mientras Lucía y su caballero, aprovechando la momentánea interrupción, sostenían rápidamente el siguiente diálogo:

—¿Conque definitivamente, mañana es el viaje?

—Sí, señorita.

—¿Y verá Vd. en Córdoba á Giménez?

—En cuanto llegue.

—Dígale entonces, de mi parte, que lo felicito sinceramente por su conquista. Pero... vea. No le diga nada: es mejor. El no me ha felicitado á mí... y sería feo.

—Que él no la ha felicitado... ¡á usted!

—A mí, sí: no sé por qué le sorprende tanto. Ni que fuera yo un espantajo de los que no se pueden mirar sin volver la cara.

—No he dicho tal, señorita; ni remotamente me he imaginado que pudiera Vd. interpretar así mis palabras, hágame el favor de creerlo. Sólo que... ignoraba. Compadézcase, pues, y deme señas, algunos datos, aunque sean vagos...

—¡No faltaba más! ¿Por qué no observa Vd? ¿Por qué no averigua? Pero.. Dios mío, cuántos disparates dice una entre broma y broma...

Lucía abandonó, con estas palabras aquella compañía, y mientras el galán, profundamente intrigado, en la duda de si sería simple juego ó verdad encubierta lo que acababa de oír, se prometía volverse esa noche todo ojos y todo oídos, fué resueltamente á colocarse cerca de Alfredo, quien traspasaba á Ricardo su comisión en aquel momento.

Resentido el joven, intentó pasar

por alto á la recién llegada haciéndose el distraído; mas ésta le salió al encuentro con las siguientes frases disparadas á boca de jarro, unidas á miradas y ademanes de una expresión afectuosísima.

—Estoy avergonzada, Alfredo. ¿Qué dirá Vd. de mí? Me tiene que disculpar, como buen amigo que es. ¿Lo promete Vd?

—Pero, señorita...

—Nada, que no me conformo. ~Dirá Vd. que soy una desatenta, que no sé conducirme como mujer bien educada....

—De ninguna manera; no tengo motivo alguno y estimo grandemente, al contrario, sus cualidades.

—Pero, si Vd. supiera...! ¡Cuántas veces tiene una que violentarse y quedar mal! Imposible dejar ese joven tan atento, tan cumplido, tan obsequioso. Y además, ¿cómo podía aceptar yo su propuesta, siendo así que lo que Vd. pretendía comprar ya no era mío?

—Luego entonces el ramo...

—Lo tenía destinado, Alfredo, como tributo de sincera amistad.

—Pero aún lo lleva Vd., me parece...

—Porque recién llega el momento de entregarlo á su dueño,—replicó Lucía desprendiendo el ramo y poniénd-

dolo con encantadora sonrisa en manos del joven.

Alfredo quedó desarmado. ¡Qué distinción y cuánta bondad! Como por arte de magia, instantáneamente perdió hasta el recuerdo de su pasada amargura. Su corazón se ensanchaba á impulso de dulcísimas emociones que recorrían todo su ser á la manera de fluido eléctrico, transmitiéndole desconocidos alientos, júbilo, calor y vida. Pensando en los sentimientos que dominaron su alma cuando la inexplicable conducta de Lucia, creyóse mezquino y hasta ruin; y pequeño, pequeñísimo, para el premio que alcanzaba con el afecto de niña tan excelente, á su juicio, y candorosa, Pero no pudo menos que reconocerse grande á la vez, cuando dentro de su ser cabía y podía encerrarse, sin que su pecho estallara, ese cariño inmenso que atesoraba su alma y que le arrastraba hacia Lucia con la fuerza del imán. Sobreponiéndose á su confusión, venciendo una fuerza secreta que parecía sellar sus labios y alejar las ideas de su mente, quiso hablar, quiso agradecer la demostración, pero agradecerla en forma digna de su deseo, amplia efusivamente, y apenas si acertó á balbucear, como condensación de todas sus impresiones, esta frase:

—Es Vd. un ángel, Lucía.

Con lo cual y el brazo que la ofreció acto continuo, abandonaron ambos el kiosco uniéndose á la fila interminable de parejas que recorrían el salón.

Ricardo daba pruebas, entre tanto, de ser hombre esencialmente práctico. Lejos de cargar, como Alfredo, con toda la tarea, subdividióla en seguida llamando en su auxilio á la madre de Lucía, en quien la invitación causó verdadero agrado, pues estaba deseando que la ocuparan. Sentada la buena señora en un extremo del kiosco, sin cargo alguno determinado ni compañera con quien cambiar impresiones, é incomodada á cada paso por las niñas vendedoras que la sofocaban al cruzar trabajosamente de uno á otro lado en las exigencias de su cometido, no veía la hora en que terminara la fiesta, y con ella sus infortunios. Cómo pudo quedar en semejante aislamiento atenta la fina obsequiosidad de su compañera y amiga la señora de Perez Gonzalez, no se comprende á primera vista. Empero, la distinguida Presidenta haría mucho con no perder la cabeza en medio del sinnúmero de personas que la asediaban, ora para felicitarla, ya para pedirla informes ó consultarla especialidades.

Reanudada la venta, tomó asiento Ricardo al lado de la señora de Rodríguez y volvió á engrosarse el grupo que circundaba el kiosco.

Cerca del joven veíase recostado en la baranda otro de pálido semblante. Llevaba no menos de media hora en aquel lugar. Cada carrera que se jugaba le contaba entre sus primeros contribuyentes, aunque con esta singularidad: no compraba sino el número seis.

Al principio no pudo quejarse. Dos ó tres veces seguidas fuéle propicia la suerte, con el natural alborozo de sus amigos que saludaban su éxito entre expresiones como las siguientes: « ¡si parece increíble! » « no hay como jugar por vez primera » « ¡quién diría que este novicio... pero ¡qué ojo, *che*, qué olfato! » El afortunado sonreía con visible complacencia.

Continuaron las jugadas otro rato, y los amigos invitaron á su compañero á recorrer el salón; éste hizo rápidamente un recuento de su capital y como observara que habían disminuído algo sus ganancias: « voy en seguida, dijo, conforme me desquite ». Y quedó allí.

Diez minutos después lamentaba amargamente su resolución. La fatalidad parecía haberse cruzado en su

contra. Serie tras serie acaparaba el número consabido y cuando ya creía contar suyo el triunfo, cuando su caballo se detenía casi á una pulgada de la raya y todos exclamaban por lo bajo: « el seis, el seis », otro de los que daban vueltas vertiginosas, sin ton ni son al parecer, venía por fin á colocarse media pulgada más adelante, arrebatándole la suerte.

Aquello ya no era desgracia, sino burla cruel; el novel jugador lo comprendía, apretaba los dientes, reflexionaba un instante... y volvía otra vez á su número, resuelto á no ceder.

Así las cosas, anuncióse una carrera de doble precio; diez pesos valía el boleto en vez de cinco. Sondeó el joven su bolsillo y retiró presto la mano, como asustado, mirando luego en ella con aflicción un solo billete de cincuenta pesos. Era todo su capital. A eso había quedado reducida su mensualidad de doscientos cincuenta pesos, que acababa de cobrar aquella misma tarde, y otros tantos que llevaba ganados cuando le abandonaron sus amigos. ¿Cómo era posible semejante cosa? ¿Se le habría caído dinero al suelo inadvertidamente? Registróse de nuevo buscó á su rededor... y nada. Era evidente que todo lo había absorbido el juego.

Profundamente afligido por tan ingrata revelación, guardó el billete, empuñó su bastón, dió la espalda al kiosco y trató de abrirse paso entre la concurrencia allí apiñada... pero en el mismo momento oyó algo que despertó nuevas vacilaciones y luchas en su espíritu. « El seis, serie completa, ¿quién quiere el seis? », voceaban las vendedoras. El joven no fué dueño de sí y volvió sobre sus pasos. Su sueldo era el sostén de una madre anciana. ¿Cómo presentarse á ella después de lo hecho? ¿cómo contemplar su angustia? ¿cómo afrontar el bochorno de las cuentas que deberían quedar impagas? Nó: era menester jugar el todo por el todo; cincuenta pesos eran lo mismo que nada, ni más ni menos. « El seis aquí, aquí », murmuró el joven, agitado, nervioso, febriciente, con el billete en la mano. Nueva desgracia: ya no estaba íntegra la serie. No quedaban sino dos boletos de los cinco del mismo número que la componían. Con eso no podía desquitarse; no valía la pena el riesgo. La vendedora le ofreció el número dos, toda la serie, cinco boletos tentadores que parecían decir: «cómprenme». Ahí debía estar la suerte, no en el seis maldito á que le traía aferrado el capricho: así pensó el joven y, decidiéndose, aceptó la oferta.

Poco después todas las miradas convergían ansiosas al aparato, entre cuyas rejillas pasaban unos tras otros los caballitos en desenfrenada carrera circular. El impulso primero fué perdiendo intensidad, quedaron sin movimiento varios caballos, y uno de ellos se detuvo justamente á media pulgada de la raya: sólo el número dos proseguía su carrera, aunque en gira cada vez más despaciosa. Casi sin fuerzas ya en la última vuelta, á duras penas logró llegar á la mitad; pero siguió avanzando, avanzando de la misma manera, púsose á dos cuartas de la raya, luego á una, tocó con la cabeza al rival que esperaba allí desde el principio... Nuestro joven cerró los ojos á impulso de la emoción; por fin le compadecía la adversidad; por fin recuperaría su capital para no volverlo á comprometer nunca— ¡oh sí, estaba seguro, nunca!—en semejantes empresas, y la voz severa de Ricardo, señalando á los dos caballos separados por medio cuerpo, lo menos, dejó oír estas palabras: el seis!

Era verdad: el dos no había podido esa vez vencer al seis, el número desgraciado que venía dando lugar á un juego tan porfiado y que volvía en favor de su protector precisamente

cuando por primera vez había éste dejado de acapararlo. Ignorando Ricardo esta circunstancia, dirigió la vista hacia el lugar que ocupaba el jugador original, satisfecho de ver que se remediaban sus contrastes, pero ya no estaba el pobre. Tres metros más adelante iba cabizbajo, decaído, triste, con una tempestad en el alma y una lágrima de angustia entre los párpados...!

La señora de Rodríguez murmuraba en ese momento á oídos de Ricardo:

—¡Espléndido! ¿Ha visto usted? ¡Cuánta caridad, cuánta alegría, qué admirable organización!

Ricardo pareció no querer entablar conversación, pues se limitó á contestar con una atenta inclinación; mas la madre de Lucía prosiguió imperturbable:

—Lo que yo siempre digo. Habrá pueblos más adelantados y más grandes que Buenos Aires, pero no más caritativos. Mire Vd. Todas las principales familias están aquí. ¿Y qué me dice Vd. de los hombres? Fíjese Vd. ¡Si ellos solos llenan el salón! Parece increíble. ¡Los hombres... tan poco amigos de las cosas de iglesia!

—Pero señora—apresuróse á contestar nuestro amigo—no comprendo la oportunidad de esa observación: este

salón no es un templo, que yo sepa.

—Claro está: no he dicho yo que lo sea. Pero como la caridad viene de Dios y como Nuestro Señor recomendó siempre que la practicáramos...

Ricardo se levantó dejando dibujar en sus labios una sonrisa; iba á consultar con la señora Presidenta la manera mejor de solucionar una dificultad que acababa de surgir á propósito del pago de un boleto ganador que su dueño presentaba roto por la mitad. Vuelto á su puesto, reanudó su conversación con la señora de Rodríguez:

—Mire Vd.—le dijo—Allí beben (y señaló una mesita próxima rodeada de caballeros) aquí juegan (é indicó el grupo que circundaba el kiosco) ahí gozan (y miró á Alfredo que pasaba del brazo de Lucía). ¿Se ha fijado Vd. bien?

—Sí, Ricardo, perfectamente.

—Pues dígame si es posible, con tales cosas, negar que progresamos. Triunfa el siglo, señora, en toda la línea. Sólo predicar la caridad costó siglos atrás un horrible martirio en infamante patíbulo. ¿Qué decir de los que luego la ejercieron? Vd. habrá leído la historia, por supuesto....

—¡Cómo no he de haberla leído! La historia es mi pasión, Ricardo. Le ase-

guro que es para mí algo incomparable. ¡Qué pasajes interesantes, qué héroes! Mire Vd. que ese terrible Otello, tan enamorado y tan celoso...

—Admirable, sí—murmuró Ricardo que conocía el flaco de la buena señora y no estaba dispuesto á provocar una discusión por atentado más ó menos contra la verdad histórica. Y continuó:—Pues volviendo á mi idea, entre aquellas épocas y la nuestra, el progreso viene cavando un abismo. ¿No recuerda Vd. que para ejercer la caridad era menester, ó imponerse violencias, ó partir el propio pan, ó visitar á los enfermos y llorar con ellos en sus tugurios? Fíjese usted qué diferencia ahora. Podemos secar las lágrimas riendo caritativamente al recuerdo de sus miserias, en tanto completamos la obra de misericordia llenando el corazón ó el estómago—á voluntad.

—¡Por Dios, Ricardo, qué ocurrencias las tuyas! Ni que fuera Vd. enemigo nuestro. ¿Querría Vd. entonces que hiciéramos estas fiestas con un *Te Deum laudamus* y su correspondiente panegírico?

El joven encontró algo extraño eso de panegíricos para ceremonias como

la aludida, pero no quiso tampoco parar mientes en ello y contestó:

—Señora, yo no quiero ni pretendo nada: comunicaba una observación, nada más.

—Bueno; ya verá Vd. lo que le espera; deje no más que hable con Enriqueta y le cuente su humorada! Cómo vamos á reir! Porque supongo no tendrá Vd. inconveniente en que repita sus palabras.

—Es cuestión que debe decidir su criterio, señora. Por lo demás, rara vez me debo arrepentir de lo que hablo.

—Está Vd. muy valiente. Pero note bien lo que le digo: es con Enriqueta que vamos á reir.

—Lo que pueda decir esa señorita, como lo que critique Vd., esté segura de que no modificarán mi convicción. Mis ideas, señora, no se avienen con la vacilación y los temores. ¿Quiere Vd. pruebas? Me anticiparé á su amenaza publicando mañana en la crónica de esta fiesta la observación que motiva sus alarmas.

—Si yo no lo amenazo, Ricardo, ni me alarmo! Libreme Dios de tales cosas, como también de la murmuración, para la cual no tengo carácter. Pero en cuanto á publicar aquello, ni se le ocurra, Ricardo. Mire Vd. que sólo ha de ganar disgustos con ello.

Yo no quiero discutir porque, mire Vd., la verdad es que detesto las discusiones, pero no hay que ser tan intransigente. ¡Cuántas lágrimas se enjugan con el producto de estas fiestas! ¡cuántos asilos benéficos se levantan! ¡cuántas miserias se remedian!

—Convengo en todo, señora. ¿A qué recordar las vanidades que se fomentan y los vicios que se estimulan? Únicamente disiento en la apreciación del hecho. Vd. juzga estas reuniones como pruebas elocuentes de la nobleza de corazón, de los sentimientos caritativos del público, y yo me inclino á creerlas, lisa y llanamente, centros de socorros mutuos contra el fastidio.

—Pero Ricardo, yo no digo que esto sea bueno ni que sea malo. Lo que sí, me parece que es Vd. muy excéntrico. ¿De dónde saca Vd., por Dios, esas ideas estrafalarias que manifiesta?

—De lo que está á la vista, señora. Llame Vd. y consulte la opinión de todos los presentes: el noventa por ciento le contestarán que tanto les da que se levante con el producto un templo, como una mezquita; que se erija un asilo á la virtud ó una estatua á Mahoma. Vienen porque se divierten, nada más: porque les atraen el amor, ó el lujo del espectáculo, ó el juego.

—Será como Vd. dice; no discutiré,

pues.... no me gusta, ya sabe usted. Pero no todos somos santos, Ricardo. Debe usted saber que el hombre es hombre y la mujer es mujer.

Nuestro amigo no tuvo tiempo de manifestar si le tomaba de nuevo tan sorprendente descubrimiento, porque se levantó en ese instante de su asiento dirigiéndose hacia el lugar que ocupaba la señora Presidenta, la cual le llamaba por señas.

La madre de Enriqueta esperó á tenerle cerca, y confidencialmente, con la satisfacción más intensa pintada en el semblante, le dijo casi al oído:

—Triunfo completo ¿sabe Vd.? Ya tenemos cubiertos los gastos de hoy.

—¿Nada más!—interrumpió Ricardo, también en voz baja, con una sorpresa que no acertó á disimular.

—¡Qué! ¿Le parece poco? ¡Si es una enormidad lo que cuesta esto! Fíjese Vd. Mil pesos nos cobran por el arreglo, trescientos por noche la orquesta, quién sabe cuánto «El Aguila», y luego el alquiler, y la luz, y el servicio, y...

—¡Ah! murmuró el confidente.

—Pero es mucho lo hecho, Ricardo. Con esta horrible noche, ya ve Vd: no podemos quejarnos. Aun nos quedan ocho días. Será un triunfo, sí, no

le quepa duda, y estarán de parabienes los pobrecitos huérfanos.

—Dios la oiga.

—Ahora falta que nos ayude Vd. Ya sabe lo convenido. Mucho bombo, Ricardo: es la base. Y en todos los diarios: me lo prometió Vd. ¿se acuerda?

—Sí, señora, descuide Vd.

Muy luego descendía Ricardo á paso rápido la gran escalinata de la entrada, bien envuelto en su sobretodo.

El frío continuaba siendo intensísimo. Ya no llovía, pero el viento bramaba en súbitos accesos de furor. Las luces del alumbrado divisábanse débiles y amarillentas al través de la espesa neblina que oscurecía el cielo.

A tiempo que Ricardo llegaba á la vereda, cercada frente al edificio por gran número de carruajes, un relámpago deslumbrador iluminó la escena, precediendo al retumbar cavernoso de un fortísimo trueno. El joven no pudo dominar un estremecimiento involuntario que recorrió todo su cuerpo, y fuera por vencerse á sí mismo, dominando el sobresalto que le inspiró el imprevisto saludo, ó simplemente por satisfacer un capricho, lo cierto es que rechazó el ofrecimiento de los varios cocheros que se disputaban su

conducción, y enfilando la calle hacia el centro optó por el viaje á pie.

Empero, no bien caminó treinta pasos, se detuvo y miró á su rededor como buscando algo. Le había parecido oír sollozos de niño, ora contenidos y apagados, ora francos é impetuosos. Siguió su camino tratando siempre de penetrar las tinieblas con la mirada, y muy pronto la realidad confirmó su impresión. Al fin de la cuadra, casi pegada á la pared de la esquina estaba una criatura de seis á siete años, desahogando su desconsuelo en el llanto.

—¿Qué te *¡*pasa, chico?— preguntó Ricardo acercándose y dulcificando la voz.

El niño reanudó su lloro por toda contestación, escondiendo la cara entre los brazos.

—¿Cómo te hallas aquí á estas horas?— insistió el joven—¿Te has perdido?

—No—balbuceó la criatura entre sollozos.

—¿Dónde es tu casa?

—Mi mamá me dijo que viniera aquí á ver si encontraba un señor que quisiera ir á donde está ella.

—¡Madres sin corazón! ¡Mujeres miserables! ¿Por qué no sale la muy

sín vergüenza con toda su abyección á cuestras?

—No puede, señor: está allí en la otra cuadra, con mi hermanita.

—Muy cómoda, muy abrigada ella, es natural, mientras tú te hielas aquí...

—Nó, señor; está en la calle también, sentada en el suelo, al lado de una puerta grande...

—¿Se ha enfermado entónces?

—Tiene los ojos cerrados y no se mueve. Venga usted, señor, sígame y verá que no miento.

Nuestro amigo miró con recelo la calle que conducía al río, hacia el punto indicado por la criatura. Estaba completamente oscura con más la nada atrayente circunstancia de conducir á un barrio frecuentado por gente mala. ¿Sería verdad lo que contaba el chico, ó invención calculada para robos? Cosas parecidas habían sucedido ya, no lo ignoraba Ricardo; su vacilación fué visible por eso, pero sobreponiéndose á todo su buen corazón, siguió resueltamente tras el niño.

Minutos después vióse que aparecía de nuevo muy apurado frente á la plaza; que subía en un coche de los que antes desdeñara, el cual partió al galope de los dos escuálidos jamel-

gos; y que regresó en seguida conduciendo una mujer al parecer desmayada y dos criaturas cuyos cuerpecitos temblaban. Cuando estaba por llegar á la boca-calle el auriga hubo de interrumpir la rápida marcha de sus brutos, por el gran número de coches que impedían el paso. En ese momento terminaba la fiesta. Los carruajes se sucedían en interminable hilera, dejando ver en su interior, al través de los cristales, encantadoras señoritas y respetables matronas embutidas hasta los ojos en riquísimas pieles.

—A la comisaria, cuadra y media hacia la derecha, ¿oyes?—advirtió Ricardo abriendo la portezuela y aprovechando así la detención.

Fuera efecto del ruido que hizo al cerrarla, ó de la ráfaga que penetró, el caso es que la desgraciada mujer se movió en el asiento y lanzó un suspiro. Ricardo fijó en ella sus ojos y observó con atención. Los caballos arrancaron nuevamente, pero no tan presto que pudieran incorporarse á la línea de los que desfilaban. Contodo, el movimiento bastó para que cayera de lleno sobre el coche la irradiación de la luz eléctrica que iluminaba el frente del palacio cercano, y el joven no fué dueño de evitar una

exclamación que escapó de sus labios al reconocer en la infeliz que tenía á su lado á la misma mujer que solicitó su limosna cuando llegó á la fiesta; la misma que buscó él luego con empeño para reparar su distracción; la misma que, según le informaron los cocheros, había sido corrida de la puerta del palacio para que no explotara los sentimientos generosos del público.

—Desgraciada—pensó Ricardo—¿Qué habían de darte, si nada tienes con que compensar el desembolso?

La pintura gráfica de la caridad moderna hecha inconscientemente por nuestro protagonista en esa reflexión, marcó el término de la demora. Los coches fueron escaseando, reanudó su marcha el que conducía á Ricardo, apagáronse los focos eléctricos y un silencio sepulcral sucedió á la agitación y el bullicio.

De la fiesta no quedaban sino los grandes carteles pegados en las paredes con bombásticos anuncios; la esperanza de que en los días sucesivos no se fuera todo en gastos, y recuerdos de que pronto sacaría provecho la crónica periodística mundana.

La noche seguía triste, sin un astro en el cielo, cubierta por el velo de la neblina y azotada por las ráfagas del

ventisquero, cuando el que esto escribe, revistando sus personajes como revista el General á sus tropas después de la primera batalla, llegó al lugar de los sucesos, conducido por la diosa inspiradora de sus creaciones. Sólo una luz clara y blanca se divisaba en aquella lóbreguez, luz que brillaba á cada momento con un fulgor tan vívido y extraño que no parecía cosa de la tierra: despedíanla los faroles de un mísero coche de plaza detenido cerca de allí, cuadra y media hacia el sud, á las puertas de la comisaría.

V

La infeliz depositada por nuestro protagonista en la Comisaría era una de las tantas mártires del infortunio para quienes transcurre la existencia en perpetuo sufrimiento.

Ricardo quedó impresionado cuando la oyó contar su dolorosa historia.

Niña, un padre vicioso que invertía su jornal en las tabernas hízola soportar encierros, hambre, golpes, todas las penas imaginables. Cortejada por un marino genovés que frecuentaba el barrio en que vivía—el de la Boca—parte porque le cobró cariño y parte porque veía en el matrimonio un medio de concluir con la vida maltratada que llevaba, entrególe su corazón resignada de antemano á todo, aún á la exigencia impuesta por el novio—como miembro consecuente que era de la asociación garibaldina de la localidad—de que no recibiría consagración religiosa el enlace. Madre, tuvo en el primer hijo el primer desengaño: lejos de alegrarse el pa-

dre, no hizo misterio de la contrariedad que le causaba tener una boca más que alimentar; el hombre estaba dominado por la pasión *del centavo*: económico hasta lo inconcebible, servíanle de vivienda las piezas más estrechas y escondidas de los *patios*, y de alimento las verduras y potages de más ínfimo precio que podía conseguir en los puestos y fondines de los alrededores, rociado todo con un medio litro del popular vino de la *Ligge-ra*. Y no se crea que influían en este sistema pasiones como las del juego ó el alcohol, nó: el marido de la desgraciada apenas si jugaba de vez en cuando una *murra*, como para no perder ese recuerdo de las costumbres de *la tierra*, y en cuanto á *lo otros* sólo una vez al año, en la época de las manifestaciones setembrinas se le veía volver describiendo *eses* á influjo de una ó dos botellas de buen «Barbera», con que le retribuían en «la sociedad» su trabajo de vestirse la chaquetilla y boina rojas de las tropas de Garibaldi—simuladoras ambas de un héroe real del numeroso ejército que superó en 1870 las hazañas de Anibal apoderándose de una ciudad defendida (según declaración de un liberal escritor residente en Buenos Aires) «por monjas y frailes armados de ci-

ríos y escapularios.» Vino el segundo hijo—una mujercita monísima que hacía las delicias de la madre—y fué entonces cuando se descubrió por completo la ruindad de alma del genovés. La criatura cayó enferma á los tres meses, y las primeras palabras del médico fueron alarmantes: había llegado el momento de que los padres estuvieran preparados á todo, como también de que la bautizaran si eran católicos. Esto último ansiábalo de corazón la esposa, en la cual revivían continuamente los recuerdos de su infancia, cuando una vecina caritativa la enseñaba en el catecismo las verdades cristianas; de suerte que se consideró feliz en medio de su desgracia al ver que su marido no oponía los inconvenientes que habían retardado hasta esos días el bautismo del hijo mayor. Dirigiéronse, pues, á la parroquia, y realmente pocas metamorfosis habrá tan repentinas y sorprendentes como la que se observó en el genovés: nunca había estado tan contento ni tan locuaz ni tan condescendiente, como que consintió hasta en que fueran cristianadas las dos criaturas. Vueltos al patio acercóse el marido á la madre, que lloraba silenciosamente al lado de la cuna, y empeñóse en que tomara un vaso de le-

che, rasgo de generosidad desconocido en él. Trató de complacerlo la desgraciada, pero como fueran inútiles las tentativas por el estado de angustia en que se hallaba, miróla el genovés con dureza y murmuró en su dialecto, debidamente traducido:

—Bonitos vamos á estar con lágrimas, y más lágrimas, y siempre lágrimas: téngote dicho cien veces que es menester que te alimentes, que te fortalezcas.

La mujer volvió hacia él sus ojos con sincera sorpresa: nunca le había oído recomendación semejante; antes al contrario, ahí estaban sus carnes enjutas y su rostro macilento para proclamar que no sabía lo que era comer hasta satisfacer el apetito desde el día de su matrimonio. El marido comprendió probablemente esa mirada, porque añadió:

—Y si no lo he dicho antes, te lo digo ahora. ¿Quién te va á fiar la vida de un chico viéndote así, flaca y amarilla?

—Como de todas maneras yo no he pedido ni necesito chicos de nadie...

—Pero si no los necesitas tú, porque es muy cómodo no hacer nada, me hacen falta á mí, que sudo el quilo para ganar el pan que comemos. ¿O crees que te vas a pasar los

días haciendo pucheros? Treinta pesos al mes pagan por la crianza de cada criatura que se saca de la cuna.

—¿Y ésta que tengo á mi lado, ésta que es mi hija?—exclamó la madre con desesperación comenzando á comprender la terrible verdad y abalanzándose sobre el lecho, como tratando de impedir que le arrebataran la enfermita.

—Esa no necesita madre.—replicó impasible el genovés, abandonando la pieza—Pregúntaselo al doctor.

La infeliz mujer sintió una opresión y un ahogo tales, que creyó llegada su última hora. Todo daba vueltas vertiginosas en su derredor: la cama, el ropero, la pieza misma.

Repuesta un tanto, quiso evitar instintivamente las reflexiones rechazando de plano todas las que se presentaban á su mente; pero no siempre es posible sujetar el pensamiento á la voluntad, y hubo entonces de resignarse á ligar los sucesos y sus recuerdos.

Leía como en un libro en el alma de su marido; ya no encontró inexplicable su contento cuando el médico dió el alarmante diagnóstico, ni tampoco sus inesperadas condescendencias y atenciones de poco antes: sobre el cadáver de la hija se alzaba ante él

la perspectiva de una lactancia lucrativa. ¿Qué podía significar aquel débil ser á un hombre cuyo corazón estaba petrificado por el egoismo y que todo, aún lo más santo, tenía por costumbre encararlo bajo la faz del negocio? Desde niño habíanle enseñado en las escuelas laicas que la existencia de Dios y la verdad de la Religión eran pura patraña; sin religión que observar y sin Dios justiciero que temer, deducíase para él con la fuerza de la lógica que nadie tenía derecho á inmiscuirse en las acciones de los demás, ni á fiscalizarlas, ni á dividirlas en buenas y malas. Cada cual tenía su criterio: lo que á uno le parecía indigno otro podía encontrarlo por todos conceptos aceptable y plausible. Por su parte, estaba firmemente convencido de que lo importante, lo esencial era obtener de algún modo—cualquiera—el dinero necesario para disfrutar á satisfacción de la vida. ¿No aseguraban al fin y al cabo los pensadores á la moda, no declaraban ó dejaban adivinar continuamente en fúnebres discursos conocidos médicos y literatos, que todo termina con la muerte, que no hay que esperar tras de la tumba sino el silencio y el frío de la nada? Pues no sería él, el tonto de capirote que se esfor-

zara en acreditar con una vida de privaciones y violencias integridad y virtudes, para obtener á la postre la misma suerte que los que pasan los días gozando del dinero ganado á costa de toda suerte de explotaciones. No quería saber nada, por lo tanto, con deberes: no reconocía ninguno que le obligara. Todo lo que contrariabas sus propósitos ó planes, era muy dueño él de hacerlo á un lado. Así procedía siempre; y se explica consiguientemente, que le pareciera muy natural, muy corriente y razonable no sentir la posible pérdida de una hija que no le hacía falta y era al cabo un obstáculo para que su mujer aportara al capital en formación alguna ayuda.

La pobre madre sufría terriblemente con ese retrato moral de su compañero, que la imaginación se empeñaba en traerle á cada paso á la memoria. Y muy grande hubo de ser su júbilo al día siguiente, cuando vió que la criatura presentaba una mejoría notable. Ya no rehusaba el alimento, ni salía de su pecho quejido lastimero alguno, ni su cabecita tristemente inclinada y sus manitas tiesas, caídas con abandono hacia ambos lados del cuerpo, la señalaban como víctima elegida de esa hada misteriosa que se complace en desterrar

la alegría de los hogares, arrebatándoles sus flores, los niños. Aquel día el inocente ser llegó hasta sonreír á la madre varias veces, la cual sentíase transformar á impulso de las emociones que la agitaban. Era otra mujer, no cabía duda. Olvidadas sus penas y su desfallecimiento de horas antes, ¡cómo se revelaban dentro de sí en toda su fuerza los alientos de la vida! En tal situación apareció el genovés. Verle ella y tenderle los brazos fué todo uno.

—Mírala: está mejor; fíjate cómo ríe y cómo juega; ¡se salva! ¡se salva!

El hombre escuchó impasible todas estas frases, que brotaron atropelladamente de los labios de la madre; acercóse á la criatura; la examinó y salió de la pieza, escupiendo una maldición.

Apenas perdióse el eco de sus pasos y no repuesta todavía la mujer de la sorpresa que le causó aquella retirada, abrióse de nuevo la puerta, penetrando por ella el médico. Halló tan mejor á la enfermita, que manifestó su propósito de no volver. Preguntó por el padre, y la esposa consideró oportuno referirle lo que pasaba. El doctor no se sorprendió en lo más mínimo.

Desde que vivía en la Boca, conocía hombres, no ya parecidos, sino peores; de aquellos cuyos actos no se creerían si fuesen publicados, tan imposible nos parece que esta ciudad culta y progresista conserve en su interior llagas tan repulsivas. El doctor visitaba continuamente hogares en que el afán de ganancias llegaba hasta el punto de no seguir — ¡las mismas madres! — las prescripciones del facultativo (¡y aún de contrariarlas!) por tal de asegurar la muerte del infante que impedía sacar el provecho de un contrato con «la cuna».

El facultativo estuvo tentado de probar á las claras cuánto conocía á esa gente, acusándose de un pecado: la niñita no había estado propiamente en peligro de muerte; él había exagerado en cierto modo su gravedad, porque, aparte de que nunca se sabe con seguridad lo que puede resultar al fin de tales afeciones, tenía por sistema aprovechar esos momentos para que las madres que tienen fe — como demostraba tenerla la de estos sucesos, por un cuadro de la Virgen de los Dolores que se destacaba en la pared — recibieran siquiera el consuelo de ver desaparecer ante el peligro, la infaltable oposición de los maridos á que sean

cristianados los hijos. El noble médico recordó, sin embargo, que ante todo debía ser digno y se limitó á prevenir á la desventurada mujer contra otro golpe terrible que la esperaba todavía en su concepto.

—Usted recobrará la vida de su hija —la dijo—pero ¿cómo sabe si ello no es á costa del alma de su marido. Tenga usted valor, pues, y prepárese á todo.

—¿Crée usted entonces que no vendrá más?— preguntó la pobre, toda afligida.

—Yo nada creo, pero tampoco puedo extrañarme de nada. Hemos llegado á extremos tales, señora, que no es en la Patagonia donde la barbarie clama por la evangelización misionera, sino que ya en nuestro barrio. Así lo han exigido las conquistas, los progresos, los triunfos del siglo!

Estas palabras pronunciadas con marcadísima ironía, fueron la despedida del doctor; las previsiones del cual, por desgracia, se vieron confirmadas más tarde pues el marido de la mujer de nuestra historia no volvió á encontrarse más con su compañera, ni se supió esta su paradero cuando refirió al mundo sus cuitas.

Esperándolo hasta pasado el primer

mes, cosiendo noche y día para alimentar á sus hijos; esperándolo la sorprendió una larga y dolorosa enfermedad; esperándolo vió consumirse sus recursos y venderse sus muebles para el pago del alquiler de la pieza; en lo mismo seguía cuando la arrojó á la calle la mujer sin entrañas que gobernaba *el patio*, y esperándolo cayó desfallecida sobre el umbral en que la encontró Ricardo la noche de la fiesta.

VI

Cuando Enriqueta se levantó, en la mañana siguiente á la primera noche de la kermese, lo primero que hizo fué pasar, como de costumbre, á la habitación de su madre, donde era práctica establecida que cambiaran ambas diariamente sus impresiones.

La Sra. de Perez Gonzalez salió al encuentro con varios diarios en mano que se conocía acababa de leer. El semblante de la distinguida dama revestía mayor gravedad que la de costumbre, por lo cual Enriqueta supuso sin vacilar que las cosas no habían marchado á pedir de boca: bien conocía ella á su madre; bien sabía que sólo contratiempos inesperados podían impedir que se dibujaran sonrisas en los labios de la autora de sus días, al darle la bendición matutina, y que brillara ingenua alegría en su mirada.

Enriqueta anduvo acertada en sus previsiones. Su señora madre la puso bien pronto al corriente de la situación. *La Verdad*, el diario en que es-

cribía Ricardo, insertaba una crónica de la kermese, verdaderamente extraña y desagradable. ¿Quién era el autor? La señora no lo conocía, pues se ocultaba tras un seudónimo, pero por de pronto estaba convencida de que la excentricidad debía ser el rasgo principal de su carácter. Ahí era nada! Toda la esplendidez de la fiesta y todos sus caritativos fines, no significaban otra cosa, para él, que la comprobación pública del gran desarrollo que adquirirían la vanidad y el juego.

—Escucha, hija, estos párrafos— agregó toda alterada la señora de Perez Gonzalez.

Y leyó:

«Allí se desembolsaba dinero, no por
«impulsos compasivos hacia la mise-
«ria ajena, no para enjugar lágrimas
«mas ni cubrir desnudeces ni reme-
«diar necesidades, sino única y ex-
«clusivamente porque había en el
«salón ancho campo para el luci-
«miento, porque atraían con su magia
«las lides del amor ó las sorpresas
«tentadoras de la ruleta. ¡Caridad!
«¿Por qué profanar este nombre pu-
«ro y santo? Invóquese la Filantropía,
«si se quiere para estas fiestas; mas
«nó la sublime virtud que ha pobla-
«do de abnegaciones la historia del
«Cristianismo. Si hay enorme dife-

« rencia entre los que se entregan al
« pobre en cuanto son y valen, y los
« que recuerdan su desamparo riendo
« y gozando ¿por qué no hacer las
« debidas distinciones? La caridad es
« silenciosa; sus apóstoles la ejercen
« *por amor*; dan aún de lo que nece-
« sitan, no sólo de lo que les sobra;
« nació de Dios y vá á Dios. La Fi-
« lantropía es hija del hombre, y co-
« mo tal, calcada sobre la pequeñez:
« no es innoble, pues al cabo son obras
« buenas, en su mayor parte, las que
« realiza; pero arranca la limosna á
« cambio de mundano alboroto, esti-
« mulando pasiones y convirtiendo el
« donativo en una operación comer-
« cial: pues obtiene dinero en tanto
« la diversión organizada proporciona
« placeres, que compensen á los con-
« currentes la erogación; no como la
« caridad, levantando al hombre de
« su propia miseria al despertar en
« su corazón el amor del bien por el
« bien mismo. Son por tanto dos
« ideales, dos bandéras que reclaman
« campo propio y definido. A cada
« cosa su nombre: la Caridad, para
« los que dan en silencio, *por amor*;
« la Filantropía, para las gentes ma-
« terializadas cuyo egoismo necesita
« disfraz. »

La lectura paró ahí, pues la sra. de

Perez Gonzalez hizo una pelota del diario, á tiempo que pronunciaba la última palabra y lo arrojó en esa forma, con visible despecho, al próximo rincón.

—No merece otra cosa—murmuró, contestando á la interrogación que creyó ver en la mirada de su hija; la cual, recogiendo y abriendo el diario, se puso á leer íntegra la crónica de que hablamos.

Cuando concluyó, estuvo por decir que tenía razón el cronista, porque nada encontró que no coincidiera plenamente con observaciones que tenía hechas ella misma por su cuenta; empero pronto se arrepintió de ese impulso, al pensar que el autor podía ser Ricardo, con quien tenía cuentas pendientes, como se verá más adelante, y que se trataba, además, de una empresa acometida por su madre.

Mientras tanto, la señora se esforzaba por recordar el nombre de un periodista á quien su marido mereció rudisimos ataques y cuya mano creía ver en las líneas de *La Verdad*.

—No puede ser otro—dijo—descubriendo su pensamiento. Y relató á Enriqueta todos los antecedentes que autorizaban su sospecha.

Pero la hija á su vez no tardó en dejar caer sobre Ricardo la responsa-

bilidad. Para ella no cabía duda: el cargo que éste ocupaba en el diario, el estilo de la crónica, algunas expresiones—verdadera muletilla de la conversación de Ricardo—que aparecían allí, todo concurría á que el nombre del autor se transparentase, á juicio de ella, como á través de un espejo.

La madre persistió nuevamente en la negativa, diciendo:

—Es imposible. Tú no sabes lo que ha sido Ricardo para conmigo. Qué complacencia, qué buena voluntad, qué carácter servicial. A ninguno constan como á él las dificultades que ha sido menester allanar para nuestra empresa; ninguno ha demostrado tampoco tan buenas disposiciones hacia ella... ¿cómo creer que así, de la noche á la mañana, se convierta en enemigo?

—La causa, mamá, yo no me la explico. Lo que puedo asegurar es que el carácter de Ricardo se aviene admirablemente con todo lo incomprendible. Es la rareza andante, mamá; un caprichoso, un neurótico; ¡qué sé yo! Anoche, sin ir más lejos, tuve ocasión de comprobarlo. ¿Querrás creer que no me dirigió la palabra una sola vez, ni siquiera por atención se cuidó de *sacarme*?

—Estará disgustado; habrán tenido Vds. alguna diferencia...

—Nada, mamá, absolutamente nada.

—La otra tarde, sin embargo, tú le saludaste con una sequedad por demás despreciativa.

—Claro está. ¡ Si se pensará que yo he de aguantarle cuanto se le ocurra! ¿ A que no adivinas lo que se permitió decir á Lucía, la semana pasada, respecto de mí?

—Algún cuento, seguro.

—No mamá. Me consta que es cierto. Lucía me lo refirió primero y luego fué confirmado por Alfredo, que estaba también presente, y á quien yo interrogué sin que nadie lo supiera... Mira qué manera de tratar á las amigas... Se hablaba de mis adelantos en el arpa. Contábale Lucía cómo en tan poco tiempo podía ya tocar piezas de ejecución difícil, y contestó el muy galante... tengo grabadas las palabras para refregárselas algún día: « es de elogiar la contracción de En-
« riqueta; pero por lo mismo que la
« estimo de veras, diré á Vds. una co-
« sa: valdría ella mucho más á mis
« ojos, si no demostrara con el aban-
« dono que ha hecho del piano, en que
« era ya maestra, sin otra razón que
« el no ser preferido actualmente por
« las niñas del gran mundo, que es

« tan sin carácter como todas las de-
« más mujeres para resistir á los ca-
« prichos de la moda. »

La sra. de Perez Gonzalez recibió la referencia con evidente desagrado. Sin embargo, pudiendo más que su primera impresión la estimación que tenía por el joven, trató de disculpar á nuestro amigo, preguntando:

—Y antes de eso, Enriqueta, antes de que Ricardo hablara así, ¿no habías dicho tú algo que pudiera ser tomado á mal por él?

La hija vaciló y callóse, como dejando ver que tenía razón de ser la pregunta.

—Dime la verdad, Enriqueta—insistió la señora—tengo interés en saber si he estado en error al juzgar siempre á Ricardo tan fino y tan atento.

—Francamente, no diré que había hablado mal de Ricardo, pero sí que conté algo que no le ha de haber gustado que se divulgara. Ya sabes, mamá, como soy yo: todo lo paso menos la presunción y la altanería. Varias veces habíamos tenido con Ricardo discusiones en que nunca podíamos estar de acuerdo, y que me convencían cada vez más de que es un hombre excepcionalmente porfiado y orgulloso: jamás se equivoca él, jamás reconoce un error. Todo esto me te-

nia fastidiada, y en tal situación se me presentó la oportunidad de un desahogo. ¿Recuerdas el día aquel que nos faltó el coche y tomamos el tramway de Piedad? Tú no te apercibiste pero yo sí, de que Ricardo iba en uno de los asientos delanteros. Vas á ver ahora lo que sucedió. Cuando pasamos por la iglesia de la Piedad, noté que Ricardo se hizo á un lado, como escondiéndose de mí tras otro pasajero que teníamos de por medio. Yo que no le perdía de vista, me ingenié para observarlo y ví que al pasar el tramway por el frente de la iglesia, llevó la mano al sombrero con intención de descubrirse; mas en el mismo momento sorprendióme él á su vez, y avergonzado sin duda de su propósito, dominado por el respeto humano, no se descubrió. Ahora bien: nadie ignora que Ricardo no hace misterio de sus convicciones religiosas, como tampoco que pretende pasar por hombre independiente y de carácter. Yo conté á Lucía y á Alfredo lo que había visto. Confieso que lo hice, más que nada, por darme el gusto de picarle el amor propio; pero la verdad es que no mentía cuando dije que había tenido un desengaño. Tú sabes que nada desmerece tanto á un hombre, en mi concepto, como la falta de valor.

—La cosa no era para tanto, me parece; pero en fin, no discutiremos. Esa observación tuya la hiciste pública. ¿antes ó después del *piropo* de Ricardo á tus habilidades musicales?

—Tres días antes, si mal no recuerdo.

—Es decir que Ricardo no hizo sino devolverte la pelota. Luego, tú le saludaste con esa visible frialdad por la cual yo te reconvine...

—Cierto.

—Antenoche él ni siquiera te dirigió la palabra ¿no es eso?

Enriqueta inclinó la cabeza afirmativamente.

—Pues lo que yo deduzco de todo, hija mía, es que Ricardo lleva en su propio genio su peor enemigo. Tú tienes alguna culpa, es claro: le has estado provocando; pero toda su larga práctica social no le ha bastado, como has visto, para evitarle la incorrección de hablar respecto á tí, que eres al fin una señorita, como no debe hacerlo jamás un caballero bien educado.

—¡Y delante de Alfredo, mamá, y de Lucía!—añadió Enriqueta con una impaciencia é irritación que revelaba bien á las claras lo profundo de su herida.

—En fin, se trata de un incidente

pueril que casi ni merece mención. No vale la pena, hija, perder tiempo en recordarlo.

—Pero mamá ¡si es un atrevimiento! Nunca, jamás me ha sucedido semejante cosa: ni aún conversando con mozos serios, de reputación intelectual ya hecha. Y que sea él, quien se dé esos *cortes*! ¡Si es para quemar la sangre! Cada vez que me acuerdo... ¡oh! y para colmo, mamá, hasta la casualidad sale en su ayuda. Anoche le tenía preparada una desatención pública, que le iba á doler en el alma... ¡y no me sacó!

Todo esto fué dicho con voz resentida, colérica, y con una precipitación no habitual en Enriqueta, á la carrera, sin darse respiro.

La señora miraba á su hija con sorpresa.

Nunca la había visto tomar tan á pecho esas cosas; muchas desinteligencias la tenía confiadas y más de un disgusto de los que levantan ampollas, pero siempre lo hizo de acuerdo con su carácter, sin exaltación, tranquila y reposadamente: cuando más, con algunos rápidos comentarios burlones ó sarcásticos, de los muy felices que solía facilitarle su ingenio.

Mucho debía haberle dolido la franqueza de Ricardo, para que sufriera una modificación tan repentina y radical.

¿Habría dicho verdad el joven, verdad de esas que hieren por lo mismo que el propio criterio se ve obligado á reconocerlas, y porque van dirigidas contra personas habituadas á sólo oír cosas placenteras?

La madre de Enriqueta no estaba muy lejos de creer esto, tanto más cuanto en el supuesto de que fuera realmente simple tributo de servilismo á la moda el abandono del piano, el disgusto de su hija se explicaba doblemente por lo mismo que sería ésa una de sus pocas debilidades, y la primera que le descubrían así, tan rudamente; pero no atreviéndose á manifestar tales ideas, que le pareció no recibiría la niña con agrado, hubo de considerar conveniente el cambio de tema.

VII

A todo esto, nada hemos dicho de Enriqueta Perez Gonzalez y es algo que puede sernos reprochado, por la parte principal que á ella toca en los sucesos que vamos narrando.

Corregiremos la inadvertencia.

No era en verdad Enriqueta lo que llamamos una preciosura. Su nariz, algo más prominente de lo que exige la estética; su cuerpo, elegante sin duda, pero que excedía en dimensiones al límite que pide para la estatura de la mujer el gusto refinado; sus manos, largas y afiladas; esas imperfecciones físicas y otras que no hay á qué enumerar, la impedían figurar entre las reinas de la belleza. ¿Por qué entonces el vivo interés con que se la disputaban en sociedad los caballeros? ¿Por qué todo era aparecer en un salón y verse atendida á la par de la más hermosa? La riqueza es, ciertamente, un atractivo poderoso para la juventud de nuestro siglo; mas esta circunstancia, de influir en el caso de Enriqueta, debería también

favorecer á las muchas otras ricas herederas que actuaban en las reuniones por ella frecuentadas, y las cuales, sin carecer de cortejantes, parecían á su lado simples satélites.

Diríase difícil de explicarse semejante primacía, y no es así. Poseía Enriqueta, ante todo, una educación nada vulgar, que la permitía dar siempre á la conversación giros interesantes, esquivando cuidadosamente la trivialidad y la monotonía. Su inteligencia, además, y su buen criterio eran cosa juzgada: sabía razonar con viveza, sobria y elegantemente y sin entusiasmos ni arrebatos de mal efecto. Su físico, por otra parte, no por lo que antes se ha dicho dejaba de tener atractivos. Baste citar los dos hermosísimos luceros que daban expresión y vida á su semblante; ojos de primer orden, á fe: inquietos, renegridos y que irradiaban constantemente un hermoso fulgor, como indicando que asomaba por ellos un alma con resplandores de sol.

Enriqueta tenía un defecto, sin embargo; defecto que todos se apresuraban á reconocer. Fuera porque hubiera sido demasiado mimada en su niñez, ó porque las atenciones que la prodigaban en todas partes la habituasen á la soberanía sin trono ni co-

rona, es lo cierto que parecía de alta-
nera y dominante. Su simple presencia
lo indicaba: miraba con imperio y
hablaba con autoridad,—si bien en ho-
nor de la verdad debe decirse que
era autoridad en medio de todo encan-
tadora, por la naturalidad, por la apa-
rente inconsciencia con que sabía ex-
presarla.

Otra particularidad de su carácter:
Enriqueta casi no tenía amigas, á pe-
sar del vasto círculo de relaciones en
que se realizaban sus días. Como niña
que se arreglaba con gusto, que dis-
ponía de coche propio, gastaba ricas
telas y llamaba la atención en socie-
dad, sobrabanla por supuesto quienes
la buscaran con interés, deseosas de
vincularse á ella por una relación in-
tima; mas Enriqueta, si atendía á to-
das con amabilidad, si con todas se
mostraba afable y cariñosa, ponía
siempre especial cuidado en conservar
la distancia necesaria para que aque-
llo no perdiera el carácter de serie-
dad ó etiqueta que evita las franque-
zas y las expansiones.

Sólo Lucía Rodríguez constituía una
excepción. Sin saber cómo ni por qué,
Enriqueta la había cobrado cariño.
Pero faltaba entre ambas, comunidad
de sentimientos y aspiraciones. Lucía
era frívola por carácter, y no así En-

riqueta. La conversación de la primera reducíase, por lo general, á las novedades que traían los periódicos de modas, los festejos de este ó aquel Adonis social, el arreglo cursi y los cómicos pavoneos de fulanita ó zutanita, ó las pretensiones de algunas familias conocidas, empeñadas en acallar los rumores circulantes respecto á mal estado de fortuna, con un lujo que las llevaba de cabeza á la ruina. Enriqueta escuchaba con cierto interés al principio, sobre todo lo referente á modas, que no en balde era mujer; mas concluía al cabo por aburrirse, emprendiendo desde luego la tarea de llevar la conversación á temas de mayor provecho. Tarea decimos, porque no era cosa de sólo despegar los labios eso de conservar el pensamiento de Lucía en horizontes elevados: con un empeño digno de mejor causa volvía siempre ella á los temas de su afición, necesitando Enriqueta en más de una ocasión recurrir al relato de interesantes episodios de novela, cosa en que era maestra, para lograr su deseo.

Enriqueta quería sinceramente á Lucía, á pesar de esa manifiesta oposición de sus caracteres. Ya hemos dicho que no sabía ella explicarse el origen de tal afecto: puede que hu-

biese influido, el compañerismo que unió siempre al padre de Lucía con el suyo; compañerismo inolvidable para la familia de Enriqueta, pues don Joaquín Rodríguez había sido el brazo derecho del Dr. Perez Gonzalez en sus campañas políticas, permaneciéndole fiel hasta en la hora de sus desgracias. Sólo la muerte pudo cortar aquella amistad, aunque no sin demostrar ella misma cuán sólida era y sincera, pues Rodríguez no abandonó á su amigo sino en el lugar de la postrera despedida, al pié de la bóveda de la familia, en el cementerio de La Recoleta.

Enriqueta no podía olvidar las tristes escenas que hubo de presenciar en aquellos amargos tiempos. Iban ya transcurridos cuatro años y, no obstante más de una noche, recostada en el lecho, sin poder conciliar el sueño, reaparecía ante ella el lúgubre cuadro: la sala toda cubierta de crespón, materialmente llena de enlutados caballeros que desbordaban en los patios para oprimirse también allí, con un rico ataúd al medio, entre cirios, al través de cuya tapa de cristal se veía el cuerpo rígido y amarillento de su padre.

Este triste recuerdo debía traerla el de los días que precedieron al fatal

desenlace. Ella estaba en el colegio, un gran establecimiento, con amplios jardines y hermosísima capilla, regentado por las Hermanas del Sagrado Corazón. Terminadas sus penas de colegiala novicia, no aparecía ninguna nube en el cielo de su dicha: habíase ganado el cariño de las *madres*; sus compañeras no le huían ya ni la miraban con extrañeza; ni despertaba tampoco su apellido la visible antipatía de otrora cuando, al ser pronunciado, traía á todos el recuerdo del hombre público que lo llevaba, caudillo liberal por excelencia, hombre que en plena Cámara hacía gala de su clerofobia aturdiendo al auditorio con frases campanudas como *la tiranía de la sotana, las cadenas del fanatismo, los horrores de la teocracia*, etc. Todo aquello había pasado, sucediéndose una época de bonanza que la permitía hallarse en el colegio como en su casa. Pero un día llamóla la Madre Superiora para darla una noticia triste. Su padre estaba enfermo; yendo por la calle le había sobrevenido una decompostura repentina, que requirió lo condujeran á su casa en un estado delicado, donde permanecía atendido por facultativos eminentes.

—¿Es muy grave el ataque?—pre-

guntó Enriqueta profundamente afligida.

—No lo sé,—respondió la Superiora, —pero reza, hija mía, reza mucho, como rezo yo por el pobre, que bien lo necesita.

Cuán penosa la impresión que proyectaron en la niña las últimas palabras. Ella no se daba cuenta perfecta de las cosas; pero sabía que su padre estaba en mala senda, y necesitaba oraciones más que nadie. ¡Pues no había de rezar! Todas las noches y todas las mañanas pedía á Dios que le iluminara, y eso que su papá estaba aún sano y bueno. La Virgen de Luján, á quien profesaba Enriqueta grandísima devoción, recibió durante cuarenta y ocho horas un sinnúmero de promesas y la ofrenda de quien sabe cuantos Rosarios, rezados por la afligida hija á costa de no pocas horas de sueño. Al tercer día volvió á llamarla la Madre Superiora, diciéndola que la mandaban buscar de su casa. Al anunciarla esta novedad, miróla la Hermana con tanta tristeza, que Enriqueta sintió que se le anudaba la voz en la garganta y rompió á llorar preguntando entre sollozos:

—Madre: dígame la verdad: ¿está muy malo?

—¡Pobrecita!—murmuró la Superio-

ra, entregándola á la sirvienta que esperaba en la puerta de la sala.

En su casa todo era desorden. Entraba y salía gente de continuo, corrían de un lado para el otro los sirvientes, en el comedor preparaban sinapismos, por allí rompían hielo... únicamente en el escritorio se veía tranquilidad: cuatro médicos reunidos allí por décima vez en junta, comentaban perfectamente entretenidos los sucesos de más actualidad.

Entre tanto Enriqueta, no hallando á su mamá por ningún lado, fué buscándola de pieza en pieza hasta que se encontró en la de su padre.

—¡Hija mía!—exclamó la madre al verla, estallando en débiles sollozos y arrastrándola hacia el comedor, sin atender á sus voces de: «yo quiero ver á papá: para pedirle la bendición, nada más, y darle un beso.»

La afligida esposa trató de hacer comprender á Enriqueta, no bien salieron de la pieza, la especialidad del caso. No era posible que viera á su padre; el pobre estaba muy enfermo, sin fuerzas para resistir impresiones, y además no conocía: el delirio no le abandonaba desde la noche antes.

—Dime, mamá: ¿se ha confesado?—preguntó Enriqueta llena de interés.

Por toda contestación dirigióla la

madre una mirada tan rara, que la niña no insistió. Esa mirada lo decía todo: sólo quien no conociera al doctor Perez Gonzalez podía haber formulado aquella pregunta.

Siguiéronse luego dos horas de terrible aflicción para la niña. Reclamada su madre en otro lugar por los prolijos cuidados que demandaba el enfermo, hubo ella de quedar sola en el comedor, creyendo á cada instante que llegaba el momento temido, ante las agitaciones repentinas que se producían en el personal de la casa. En este sobresalto sorprendióla minutos más tarde la voz de su madre, que la llamaba. Corrió hacia ella asustada, temblorosa, previendo la terrible noticia; pero ¡oh Providencia! su padre no sólo vivía, sino que parecía ingresar en un período de mejoría. Estaba otra vez en su juicio y sus primeras palabras habían sido para preguntar por su hija.

Cuando llegó Enriqueta, estaba ya con él D. Joaquín Rodríguez, desuerte que ella no pudo entregarse á los transportes de cariño que imaginara. Su padre besóla en la frente y se quedó mirándola largo rato con una ternura conmovedora. Enriqueta sintió, ante aquella mirada, que se apoderaba de su espíritu una tristeza indefinida.

nible. ¡ Ah! ¿ Por qué no estaba sola, en su cuarto, en el patio ó en el comedor, en cualquier parte que no fuera la habitación de su padre, para desahogar su pecho de la angustia que lo oprimía ?

Afortunadamente el enfermo dejó de mirarla y reanudó la interrumpida conversación con el Sr. Rodriguez, diciéndole :

— Es inútil que pretenda Vd. hacerme olvidar sus servicios, con el recuerdo de otros fidelísimos y abnegados partidarios. Mi esposa y mi hija están aquí presentes y quiero que ellas sepan mi opinión sobre Vd.

El Dr. Perez Gonzalez tomó aliento y dirigiéndose á las personas aludidas, prosiguió :

— Rodriguez ha sido siempre mi auxiliar más consecuente y decidido. Eso no se retribuye con palabras afectuosas ni con dinero. Si alguna compensación admite, es la compensación del reconocimiento y del cariño sincero é inalterable. Tengan ustedes presente esta declaración. Quiero descansar en la seguridad de que satisfarán Vds. mi deuda.... si yo muero.

El corazón de Enriqueta había sufrido demasiado para que, ante ese nuevo recuerdo de la aflictiva situación de su padre, no desbordaran los

sentimientos que inundaban su alma. Sin poderse dominar, precipitose sobre el lecho exclamando: «no, papá; yo no quiero que te mueras», y comenzó á humedecer con sus lágrimas el pecho del enfermo á la vez que, en un transporte de amor, le besaba las manos y las mejillas.

Cuando Rodriguez y la señora acudieron á separar la niña, el Dr. Perez Gonzalez, no pudiendo hablar, hizo señas de que la dejaran. La emoción había sido verdaderamente fuerte. Sus ojos empañados brillaban con resplandores de intensa alegría; mas una palidez mortal extendiése, como signo siniestro, en su semblante. Repúsose sin embargo poco después, y acariciando con mano convulsa la sedosa cabellera de su hija comenzó á averiguarle cómo la trataban en el Colegio, si adelantaba, si eran buenas y cariñosas sus maestras y compañeras, etc. Empero algún triste recuerdo debió acudirle á la memoria, porque de pronto su frente se nubló y preguntó con visible vacilación y recelo:

—¿Saben en el Colegio quién soy yo?

Enriqueta no atinó á dar con la respuesta. Si decía la verdad, era evidente que su padre querría también averiguar lo que pensaban de él.

Optó entonces por callar, haciéndose la distraída; mas repetida la pregunta, no tuvo otro recurso que contestar afirmativamente.

El doctor quedóse un momento en silencio, y volvió luego á preguntar:

—¿No me quieren mucho, verdad?

—No,—murmuró la hija.

—Me tratarán como á enemigo, claro está. Me odiarán.

—No, papá; eso sí que no. Allí todos son cristianos.

—¿Cómo?

—Que los cristianos no odian á sus enemigos: los compadecen.

Nuevo silencio por parte del enfermo.

—¿Saben que estoy mal?

—Sí.

—¿Habrán hablado de mí entonces?

—Sí, papá.

La niña, recordando las palabras compasivas de la Madre Superiora, dió esta respuesta en voz triste y ahogando un suspiro que escapó de su pecho.

—¡Pobre hija mia!—exclamó el enfermo, observando esa tristeza.—Te han hecho sufrir; han hecho sangrar tu corazón con insultos á lo que tú más quieres en la tierra....

—No papá, ¡si son muy buenas las herm....

—Es que no me conocen, hija. No soy tan malo como creen. Sobre todo, siempre fui bastante noble para no herir por la espalda, hablando mal, como los cobardes, de los ausentes.

—Por Dios, papá; no hagas juicios injustos. ¡Si en el Colegio no han dicho nada malo de tí! Al contrario, todos se han entristecido, todos me han consolado... Mira: desde que se supo allí que estabas enfermo, nadie ha dejado de pedir á Dios por tu salud, ni la misma Madre Superiora que cuando me dió la noticia me dijo: «reza, hija mía, reza mucho, como rezo yo por el pobre, que bien lo necesita.»

El enfermo no dijo nada, pero de sus párpados descendió una lágrima que fué á perderse entre los pelos desaliñados de su canosa barba. Reanudando luego la conversación, prosiguió:

—Son muy buenas, hija, tus maestras: tienes razón. Por algo las elegí yo para tí, á pesar de Rodríguez, que nunca las ha podido ver ni pintadas.

—Bien sabe Vd. doctor,—replicó el aludido, — que con eso no hago sino dar un ejemplo de consecuencia. El liberal de buena ley no se dobla jamás. He combatido toda mi vida el fanatismo, y mal podría transigir con sus representantes y fomentado-

res netos: los curas y las monjas.

—Inconsecuencia ó no la mía, lo que puedo decir, Rodríguez, es que no me pesa. Presiento que Enriqueta honrará mi apellido. Pero no hay á qué discutir sobre cosas que ya no admiten enmienda. Rodríguez: hágame el favor de telegrafiar otra vez á Guillermo; dígale que ya no es orden sino pedido: quiero verlo.

—Al momento, respondió el amigo, y salió de la habitación.

Como si el Dr. Perez Gonzalez esperara ese instante, atrajo hacia sí á su esposa y su hija y les dijo en voz baja, cual si revelara un secreto:

—El pobre Rodríguez se engaña: eso que ha dicho no es cierto.

—¿Lo de las Hermanas?

—Sí. A Lucía la puso en colegio del Estado, pero no por consecuencia, no por odio á las instituciones religiosas. ¿Quieren Vds. saber porqué?

El enfermo miró á todos lados, como para cerciorarse de que no había ningún extraño en la pieza, y sonriendo picarescamente concluyó:

—Porque así la educa sin gastar.

El Dr. Perez Gonzalez demostraba con eso conocer bien á su compañero, de quien con verdad podía decirse, en cuestiones de algun modo relaciona-

das con el bolsillo, que jamás daba puntada sin nudo.

Pasaron así dos días de constante sobresalto: el enfermo tan pronto se mejoraba como sufría síncope que llevaban el abatimiento y el desconsuelo á la madre y á la hija.

La pobre Enriqueta no hacía otra cosa que rezar. La Virgen de Luján, la del Rosario, Santa Filomena, San Roque, toda la corte celestial era solicitada fervorosamente por la niña en favor de la salud de su padre, ó caso de no ser esto posible, en pro de la salvación de su alma.

Por la noche del segundo día, fué llamada nuevamente á la habitación paterna.

—¿Qué hacías, hija?—preguntóle el doctor.

—Rezaba, papá. Estoy haciendo una novena, ya sabes, á la Virgen del Perpetuo Socorro.

—¿Te aflige mucho entonces mi enfermedad?

—¡Oh sí, mucho! Pero... si me prometieras no enojarte, te diría una cosa que me aflige más que tu enfermedad.

—Habla sin cuidado, Enriqueta. No debes nunca tener miedo de tu padre.

La niña iba á jugar el todo por el todo en la respuesta, pues era algo de im-

portancia capital pero delicado y riesgoso, que venía meditando desde que llegó á su casa, cuando abriéndose de pronto la puerta aparecieron su madre y don Joaquín. Mas debieron intrigar profundamente al Dr. Perez Gonzalez las palabras de su hija antes referidas, porque la atrajo en seguida hacia sí dulcemente y besándola la dijo:

—Vamos á ver: confíame tu secreto; me dijiste que más que mi enfermedad te afligía otra cosa: ¿cuál es ella?

La niña escondió la cara entre las manos, como avergonzada.

—¿Qué te pasa, hija? ¿por qué esa confusión? No tengas recelo: cuéntame tu pena. Sea la que sea, te prometo aliviarla, si de mí depende.

—¿Me lo prometes, papá? ¿cierto? ¿no me engañarás?

—Extraño esas dudas, hija mía: sabes que no acostumbro prometer en vano.

—Bueno, papá.... mi pena es.... me aflijo, porque.... ¡Oh! si quieres consolarme, si quieres sacarme de encima un dolor grandísimo, recemos juntos, pidamos los dos al cielo que nos ayude!

Antes que Enriqueta concluyera, ya su mamá y el Sr. Rodríguez la toma-

ban por los brazos tratando de retirarla de allí. Así la señora como el amigo tenían el espanto pintado en el rostro. ¡Qué gran imprudencia! ¡Si era como para castigar á la niña! ¿No sabía ella, por ventura, quién era su padre? ¡Venirle con rezos al Dr. Perez González! Y esto, precisamente cuando no podía resistir emociones!

Para que la sorpresa fuera todavía mayor, el enfermo lejos de enojarse pidió que no se llevaran á su hija, sonriendo bondadosamente y diciéndola:

—Está bien, Enriqueta. He oído tu petición y puedes estar segura de que no te guardo rencor. Permíteme, sin embargo, una pregunta: ¿por qué quieres que rece yo, siendo así que demasiado lo haces ya tú por mí?

—Todos ponderan, papá, tu talento, y he pensado que si has determinado que yo aprendiera á rezar, no ha de haber sido porque creas que es perjudicial ó está demás.

—Bueno, dejemos eso á un lado. Hay un inconveniente mayor que se opone á tu deseo: yo no sé rezar.

La niña pareció desconcertarse ante tan imprevisto obstáculo; pero, reponiéndose, dijo muy luego:

—No importa: seré yo tu maestra.

— Sí, papá: hazme ese gusto. Yo recitaré despacio las palabras y tú las repetirás.

— No quiero dar lugar á que me recuerdes algún día como poco complaciente. Tienes mi palabra, hija, y le haré honor.

La escena que se siguió no es para descrita. Un pintor podría acreditar su nombre, prestándole los contornos de la línea, la vida del color y la luz de la inspiración artística. La palidez del doctor cedió su lugar á un colorcito animado que apareció de pronto en su semblante, como para corresponder al alegre fulgor que resplandecía en su mirada desde que la niña comenzó á ejercer su magisterio. Los dos desempeñaban sus papeles á maravilla: ambos sonreían.

Cuando la lección terminó, un sueño profundo y tranquilo se apoderó del enfermo. Enriqueta, que no cabía en sí de júbilo, fuese hacia su madre y la anunció que haría confesar á su papá, conforme despertara, siendo preciso, de consiguiente, llamar á un sacerdote. La señora movió la cabeza negativamente: no creía que la condescendencia de su marido llegara á tanto, por mejor dispuesto que creyera encontrarlo Enriqueta. Además, podía serle perjudicial un pedido seme-

jante, pues los médicos insistían en que era necesario evitarle las impresiones fuertes; de manera que prohibió terminantemente á su hija que mentara una sola palabra á ese respecto. « En cualquier caso — añadió — siempre habrá tiempo: estamos á dos cuadras de la Merced ».

¿Quién tenía razón? ¿Estaba del lado de la madre ó de la hija la prudencia? Cuando dos horas después sobrevino el último ataque, violento como el que más y sobre todo producido en circunstancias que los remedios no surtían efecto, volaron los criados en busca del ministro del altar. Sólo dos cuadras, como queda dicho, separaban la casa de la Iglesia de la Merced; el sacerdote no demoró más tiempo que el indispensable para colocarse el manto y proveerse de lo necesario; llegó, sin embargo, al lecho del enfermo, siendo ya cadáver el Dr. Perez Gonzalez.

Enriqueta estaba ahí consolando á su madre, en la cual el desenlace había producido un abatimiento indecible. La niña hablaba con seguro acento, acompañando sus palabras de tiernas y amorosas caricias. Era de ver su empeño por reanimar á la desconsolada esposa. ¿Qué podían ganar con afligirse y desesperarse? No vol-

verían la vida á su padre, de seguro; ni disminuirían tampoco el dolor de la separación. Además, ellas no podían quejarse: el Dr. Perez Gonzalez había muerto, después de consentir en que se llamara al sacerdote, y recitando el *yo pecador*, en unión de su hija. ¿ No era esto un grandísimo consuelo? Ya era posible la salvación de su alma; la Iglesia y los cristianos podían elevar preces al cielo con esperanza de ser oídos. Sobre todo, las madres deben recordar que no están solas en trances tan duros; que junto á ellas gimen con el corazón destrozado seres fecundados en sus entrañas, los cuales no han hecho muchas veces aprendizaje alguno en la escuela del sufrimiento y son, quizás, débiles niñas incapaces de resistir grandes penas si les falta el bálsamo consolador de las ternuras maternas... Tanto habló y tanto hizo la afligida huérfana, que logró su propósito. Conmovida su madre, rompió á llorar, refugiándose, como único amparo que le quedaba en su soledad, en los brazos amorosos de la hija de su corazón.

Saben ya nuestros lectores el lúgubre cuadro que se siguió.

Lo que ignoran aún, y referiremos de una vez para dar fin á este capítulo y reanudar nuestra historia, es

un detalle de la triste ceremonia del entierro: los discursos. Enriqueta no podía olvidarlos y, llena de gratitud hacia sus autores por los elogios que tributaron á la memoria de su padre, los guardaba bajo llave, cuidadosamente recortados de los diarios del día.

Llamábale la atención, sin embargo, la uniformidad con que se habían expresado todos ellos, respecto á la «valentía» con que había afrontado el Dr. Perez Gonzalez la terrible prueba: «esa hora — como decían — en que debilidades incomprensibles han grabado el sello de la inconsecuencia aún en los más grandes y abnegados servidores del principio liberal.»

Sobre todo el párrafo final de uno de los oradores, el más vinculado á la familia, había sido y seguía siendo para Enriqueta inexplicable.

Bien sabía ella que muchos de los que no creen, rechazan el testimonio de los deudos femeninos de un muerto, cuando llegan hasta ellos referencias de conversiones de última hora, considerándolo obra de piadosas alucinaciones; pero el orador á que aludimos había presenciado, como médico de cabecera, los últimos momentos de su padre, siendo testigo de que éste había consentido en que se lla-

para á un sacerdote y de su acto de contrición final.

¿ Se trataría de un hecho irreflexivo, ó sería en realidad aquello una simple muestra de los recursos de la propaganda atea? Enriqueta no sabía qué pensar.

El párrafo á que nos venimos refiriendo decía así:

« Despojos mortales del que fué en
« vida honra y gloria del pensamien-
« to libre, baluarte de todas las gran-
« des conquistas del siglo é impugna-
« dor insuperable del fanatismo teo-
« crático; despojos mortales del que
« supo siempre encarar el problema
« de la vida con el criterio valeroso
« de los sabios, despreciando las bea-
« titudes inventadas por el ensueño
« humano como también sus terrorífí-
« cos horrores infernales, id á confun-
« diros con el polvo del no ser, mien-
« tras los que fueron vuestros amigos
« recogen el fruto de vuestras ense-
« ñanzas bendicen vuestro recuerdo. »

VIII

Dejamos á la señora de Perez, dispuesta á cambiar el tema de la conversación que sostenía con su hija.

La casualidad llegó en su ayuda.

Hacia media hora, lo menos, que el timbre retinía á cada paso, y acababa de repetirse el hecho en el momento en que ocurrió aquel pensamiento á la señora. ¿Quién se permitía alborotar la casa de esa manera? Ni ella ni su hija habían llamado y eran las únicas que podían dar órdenes, no obstante lo cual el sonido imperioso é impaciente del timbre era obedecido, pues le sucedía inmediatamente el ruido de los pasos del sirviente sobre el mosaico de los pisos.

—¿erá Guillermo—murmuró la señora.

—Nó, mamá: no tiene tiempo de haber venido. Su viaje al Saladillo era de quince días, según me dijo.

—Pues habrá cambiado de idea, porque sólo él llama así.

Como el sirviente pasara en ese momento á distancia de pocos pasos, fué

interrogado y al punto confirmó con su respuesta el presentimiento de la dueña de casa.

Guillermo había llegado después de la media noche, á eso de las tres de la mañana.

Madre é hija se dirigieron al comedor, conjeturando sobre las causas de aquel inesperado regreso: bien les constaba a ellas la importancia que revestía esa escursión para el éxito de la candidatura del joven, por lo cual se inclinaban á creer que debía haber mediado algún entorpecimiento. Y á fe que tenían razón: el entorpecimiento existía, aunque de género muy diverso al que suponían Enriqueta y la señora. Para ellas la diputación de Guillermo peligraba, y no era así.

Cuando el joven candidato ocupó su asiento en el tren para el Saladillo, llevaba como compañero de viaje á un sujeto de fisonomía bonachona y aspecto de hombre acomodado, aunque de campo.

Era un viejo vecino del Saladillo, don José Pedro Llano de nombre, persona buena á carta cabal, hombre sencillo, servicial y pacífico hasta el día malhadado en que se le metió en la mollera la idea de ocupar una banca en la legislatura de su provincia.

Puso al servicio de ese anhelo, además de todas sus fuerzas, el capital allegado en veinte años de rudo trabajo, capital que mermó considerablemente en las primeras elecciones sin alcanzarle ni siquiera la satisfacción de ver proclamada su candidatura. Confiado en promesas, soltó el dinero necesario para la propaganda y el reclutamiento de votos; y el resultado fué dar el triunfo á otras personas indicadas desde la capital federal por el comité central del partido á que estaba afiliado. Esto se hizo, naturalmente, con su consentimiento: el comité no dió tal paso sin arrancarle previamente, apelando á su patriotismo y á consideraciones de alta política, el aplazamiento de su ambición hasta el año siguiente; pero don José Pedro—así le llamaban familiarmente todos sus conocidos—guardó en el fondo de su alma el mayor despecho, y en la primera oportunidad, conforme se echaron las bases del partido democrático, uniósese á sus filas resuelto á imponer condiciones claras y netas si era solicitado su concurso pecuniario, como sucedió bien pronto. Don José Pedro habló entonces con una franqueza para la que pocos tienen valor: él costearía la mitad de los gastos, ó más, y aún dirigiría en

persona la campaña, pero á condición de ser uno de los cinco diputados que debían representar la sección electoral á que pertenecía el Saladillo. Hubieron protestas y burlas, mas don José Pedro permaneció impassible: dueño era él de su dinero, como dueño era también de su voluntad el partido democrático. Decidióse éste por fin á inclinarse ante la exigencia en vista de que, recién fundado, no estaba en condiciones de rechazar elementos, y don José Pedro fué proclamado candidato en unión de nuestro protagonista Guillermo y otros tres vecinos de los demás pueblos de la sección.

Con estos antecedentes, puede adivinarse el tema de la conversación de los dos viajeros. Guillermo refirió á su compañero lo que se decía y pensaba en los corrillos del comité central y don José Pedro le puso al tanto, en cambio, de la situación real de las cosas por el Saladillo, donde la lucha se presentaba muy reñida, tanto que el triunfo del partido democrático se había vuelto del todo dudoso. Precisamente era esto lo que había motivado el viaje de don José Pedro; necesitaba dinero con que propiciarse la buena voluntad de algunos caudillos, cuya hostilidad podía ser funesta para los demócratas. Mientras don

José Pedro refería tan poco gratos pormenores, el tren seguía avanzando, avanzando, y llegó á Lobos, punto en que el horario marcaba algunos minutos de espera.

Guillermo abandonó su asiento con ánimo de pasearse y tomar una copita de cognac, pues sentíase medio indispuesto; mas no bien ponía en práctica su pensamiento, salióle al encuentro un joven cuyo traje de paisano contrastaba con la distinción de toda su persona, diciéndole á tiempo que le daba un fuerte apretón de manos:

— ¡Tú por aquí! ¡hoy, tan luego!

— Pues, ¿qué sucede para que así te sorprenda?

— Nada... sólo que la fatalidad... mira: te contaré la cosa, pero... pueden oírnos aquí: vamos al otro lado.

El desconocido era un ex-condiscípulo de Guillermo, hermano del doctor Jorge Taboada, uno de los candidatos que disputaban el triunfo en el Monte al partido democrático.

Sucedióse un breve diálogo, que extractaremos. El Dr. Taboada, deseoso de asegurar el éxito de su candidatura, se había trasladado á Buenos Aires esa misma mañana, á fin de ponerse al habla con Guillermo y proponerle (naturalmente, bajo la base de la más absoluta reserva) un arreglo

que daría á entrambos la diputación que buscaban. Se trataba de un convenio por el cual Taboada sustituiría en el Monte con el nombre de Guillermo y éste en el Saladillo con el de Taboada, el de uno de los candidatos de la lista de cada partido. De esta suerte las dos candidaturas obtendrían siempre mayoría, pues mientras las demás sólo serían apoyadas por los elementos propios, éstas contarían con los votos de sus partidarios más los de un buen número de enemigos. La operación se comprende sin dificultad recordando que el cómputo electoral se hace por secciones en la provincia de Buenos Aires y cada sección reúne los votos de tres, cuatro, cinco ó más pueblos. El Monte y el Saladillo pertenecen á la misma sección.

Guillermo recibió esta noticia con visible agrado. Tratábase en primer lugar de una *diablura*, para lo cual estaba siempre dispuesto; y se prevenía, además, contra el fracaso posible que acababa de revelarles don José Pedro en su conversación.

—Pasaré entonces por la estancia de Vds.—dijo—á mi regreso del Saladillo.

—Ya será tarde—respondió su interlocutor.—El negocio pende de que tú encuentres á Jorge antes que haga

á otro la propuesta. Se fué resuelto á regresar en tres días y ya con el trato cerrado.

Breves minutos de vacilación se sucedieron, al cabo de los cuales Guillermo pareció adoptar una resolución y preguntó:

—¿A qué hora tengo tren?

—¿Para *el pueblo*?

—Sí.

—Esta tarde, á las 4 y 15.

—Lo esperaré entonces: no ha de faltarme tiempo para volver al Saladillo.

—Bien, Guillermo; es así como se afrontan las dificultades: sin indecisiones, con carácter. Ahora, á tomar una copa, que bien lo merece el trato.

Los dos jóvenes se acercaron á la confitería y se hicieron servir.

—Una palabra —interrumpió Taboada, antes de llevar á los labios el vaso.—¿Quién será el pavo de la boda en el Saladillo? Quiero brindar por él.

El tren echó á andar en ese instante dejando ver á don José Pedro Llano, que asomado á la ventanilla saludaba afectuosamente, sombrero en mano.

—¡A su salud! —dijo Taboada riendo alegremente y vaciando la copa á un tiempo con sus compañeros.

.
.

Por supuesto que no refirió Guillermo estos detalles á los suyos, cuando apareció en el comedor, algo somnoliento aún, media hora después del repiqueteo de timbres con que reclamara su genio impaciente el baño, la ropa de ciudad, el desayuno, etc. Limitóse á explicar su madrugón (lo era para Guillermo el levantarse á las 9 de la mañana, dada su costumbre de abandonar el lecho á la hora del almuerzo) diciendo que el doctor Taboada le esperaba á las 10 para una conferencia política de importancia.

—Entonces tienes tiempo todavía — interrumpió la señora — y nos viene bien á nosotras: hay novedades ¿sabes?

Nuestra protagonista no esperó respuesta para proceder á dar cuenta de la crónica de la kermese que ya conocemos. Refirió á su hijo todo, hasta las sospechas de ella y de Enriqueta, entregándole á mayor abundamiento el cuerpo del delito, ó sea el número del día de *La Verdad*. Leyólo Guillermo con calma tres veces por lo menos, intercalando exclamaciones de « ¿conque sí, eh? » « ¡admirable! » « oigan ustedes esto... » « ¡si no tiene precio! ». Al fin echóse á reír en son de jarana, y dijo:

—Ustedes quieren mi opinión ¿no es así? Bueno. Yo no sé si será Ri-

cardo el autor, ó algún otro *personaje* como él: lo que aseguro sin miedo porque me consta—y me consta porque está á la vista de cualquier hombre de buen juicio que lea estas líneas—es que sólo puede haberlas escrito una persona que piensa con el criterio y vive con las ideas del siglo pasado: cuando no se podía realizar una iniciativa sin el permiso de los frailes; ni dar una limosna sino por intermedio de ellos, lo cual les tendría su cuenta; ni hablar á una mujer de cosas que no fueran novenas, rosarios, misas, sermones y demás sandeces. Por esa crónica asoma la sotana con todas sus odiosas intran- sigencias. ¿Qué mal hay en que la gente se reúna en un salón, en una plaza, donde quiera? Que juega, que baila, que bebe; santo y bueno: para eso el mundo ha luchado hasta conquistar el libre albedrío. ¿Quién ha hombrado juez á ese entrometido? ¿Con qué título se erige en dispensador de aprobaciones y repulsas? ¿Alguien lo molesta á él en sus creencias, gustos y aficiones? ¿Acaso no es muy dueño hasta de tragarse un incensario, si á tanto llega su devoción sacristana? Que no venga con pamplinas, pues; que no pretenda imponernos escrúpulos monjiles, pro-

pios de las épocas retrógradas del oscurantismo. Estamos en el siglo de los triunfos de la razón: sólo tenemos un código, las leyes. Todo lo que ellas no prohíben ni penan, es perfectamente lícito—digan cuanto quieran frailes y arzobispos, á quienes les valdría más que ocuparse de estas cosas, sacarse de encima el suplicio de Galileo y los crímenes de Torquemada.

Guillermo respiró recién después de estas últimas palabras: había largado todo el párrafo como quien dice *de una sentada*. Perfectamente poseído de su papel echóse para atrás en la silla una vez que terminó, paseando á su alrededor una mirada altanera, en tanto que la señora de Pérez no sabía cómo afrontar la situación, pues veía relampaguear una tormenta en los ojos inquietos y el semblante rojo de Enriqueta.

—No es para tanto, Guillermo—balbuceó, tratando de evitar los choques.—En primer lugar el incidente de que nos ocupamos carece de importancia, y en él no hay por qué atribuir á la Iglesia una responsabilidad que no tiene.

—Piensa tú como quieras, mamá: yo tengo mi criterio personal y tú el tuyo.

—Como también yo el mío—saltó Enriqueta, no pudiéndose contener más tiempo—el cual has ofendido á sabiendas, pues bien te consta la indole de mis creencias. No me indigno, Guillermo, porque tus palabras más que nada me han inspirado lástima: te quiero, y me duele en el alma verte con ideas tan extremas que han de conducirte por fuerza á la desventura. Pero ante tu lenguaje, creo en conciencia que me corresponde una declaración y es la siguiente: no he hallado odiosidad en la crónica ni tampoco falsedades; las observaciones que contiene me las he hecho yo misma varias veces, y me parecen tan verdaderas como innecesaria su publicación en estos momentos. Callé mis impresiones, sin embargo, entre otros motivos poderosos porque temía en mis adentros estar en error. Ahora que tú has hablado, toda mi duda se disipa: una *caridad* que puede hacerse sólo porque no la prohíben las leyes, al igual que no prohíben tampoco vicios que ni nombrar puede una niña, una caridad de este género podrás defenderla tú, mas nunca yo.

—Nó, Enriqueta,—interrumpió la madre, prosiguiendo en su misión conciliadora,—sí Guillermo exagera,

tú no te das cuenta de la realidad: la imaginación no conduce jamás á nada práctico. Ve á pedir dinero *por amor, por compasión*; ve á regenerar la sociedad con tu sistema: encontrarás algunas almas desprendidas—siempre las ha habido,—pero el grueso del público, la gente que vive con rumbosidad y que gasta un platal sólo en diversiones, se encogerá de hombros y excusará como mejor pueda su negativa.

—Pues eso es precisamente lo que dice *La Verdad* y en lo que convengo yo: nó que deban prohibirse estas fiestas, nó que sean un delito, sino que no pueden presentarse como títulos honrosos de la generosidad pública, como revelación de nobleza y piedad.

La cuestión prometía seguir un buen rato, pues Guillermo habíase picado á su vez y quería volver por el crédito de sus ideas, pero desbarató estos planes la aparición del criado avisando que acababa de ser introducida á la sala la señora de Rodríguez.

Madre é hija levantáronse presurosas para corregir ante el espejo, siquiera rápidamente, el desaliño del

tocado de la mañana, y Guillermo salió sin decir palabra hacia la calle, haciendo bailar coquetamente entre los dedos su varita de puño de oro.

IX

La madre de Lucía esperaba sonriente, como siempre, en medio de su aire habitual de íntima satisfacción, reclinada con natural abandono su corpulencia sobre el brazo de un sofá. La llegada de las dueñas de casa dióle ocasión para lucir la buena calidad de la tela que gastaba en sus *visos*, levantándose con presteza é imprimiendo á su cuerpo, al recobrar la primitiva posición, movimientos apropiados para que se produjera ese *run-run* particular de la seda, que vale á la industria que la explota tan general vasallaje y tan pingües tributos.

Las primeras palabras de la sra. de Rodriguez fueron para explicar la falta de Lucía. Estaba en Palermo, paseando á caballo con las de Montemar, opulentas herederas cuyo palacio de la Avenida Alvear todos conocían. Lucía no tenía ganas de ir, según la señora; si en sus manos hubiera estado, habría preferido mil veces cumplir el compromiso de almorzar con « su querida » Enriqueta, pero ; fueron tantos

los empeños de las de Montemar! Se les había puesto llevarla, quieras que no. ¡Y eran tan porfiadas, tan tenaces las de Montemar! Ella había tratado de ayudar á Lucía inventando excusas, mas como fueran ineficaces hubo de conformarse, tanto más que no tenía nada que objetar á la *compañía*, pues se trataba de una familia *muy bien*, de coche á la puerta y palco en la Opera.

Terminada esa introducción, á la que sus dos oyentes asentían con las exclamaciones usuales de: *¡es natural! ¡qué habla de hacer usted? será otro día*, la señora de Rodriguez pasó á comentar la reunión de la noche anterior.

—La verdad es—dijo—que no ha podido estar mejor. Aseguro á ustedes que no he visto otra igual y que me he divertido... ¡Ah! pero qué memoria la mía... ¡Ni que estuviera en la luna!.. Tenía que decirle anoche á esta picarona... acércate, Enriqueta, antes que me olvide otra vez... tenía que contarte, hijita, una cosa muy interesante, interesantísima, y se me pasó. Figúrate que Ricardo... ¿no viste que estuvimos conversando un gran rato en el kiosco?

—Ví que guardaban Vds. el dinero.

—Fué entonces, sí, cuando yo hacía

de tesorera. ¡Qué cosa, Dios mío! ¡Si este Ricardo es medio tocado! Le da por lo raro y extravagante. ¿A que no te figuras, hijita, con lo que me salió en lo mejor de la conversación?

—Mal puedo adivinarlo si no me lo dice Vd.

—Pues me hizo observaciones según las cuales la fiesta era un foco de corrupción, nada menos!

—Eso no puede ser—interrumpió con seriedad la señora de Perez Gonzalez—La discreción de Ricardo le pone á cubierto de semejante contrasentido.

—Bueno, no sé si fué así, exactamente; puede ser que me equivoque, no soy infalible, quizás haya oído mal, pero yo lo entendí de esa manera. Me dijo que allí iban todos no por hacer la caridad sino unos por hablar á sus novias, otros por ganar algunos pescs... en fin, todo lo que habran leído Vds. en *La Verdad* de hoy.

—¿Luego es Ricardo el autor?—dijo la madre de Enriqueta con acento seco y resentido.

—Naturalmente.

—¿Está Vd. segura de lo que dice?

—¡Pues no he de estarlo! Lo he oído de sus mismos labios, Me lo dijo á mí privadamente, haciéndose el gra-

cioso; yo traté de hacerle ver, (con razones, eso sí, porque ya saben Vds, no me gusta discutir como las gentes ignorantes,) lo descabellado de la idea, pero... ¡ni por esas! Eché á broma entonces la cosa y le amenacé con referirlo todo á esta bribonzuela...—sí, Enriqueta, bribonzuela, porque no sé qué *picos* son esos en que andas tú con Ricardo... siempre disgustados, siempre provocándose á pelea...—y el mozo se exaltó de un modo que yo, francamente, no esperaba, terminando por decirme que no daría tiempo á que se divulgara por intermedio mío esa conversación, pues la publicaría.

Conforme fué dando estos detalles la señora de Rodríguez, pudo observarse que el semblante de Enriqueta perdía el aspecto de preocupación que adquiriera cuando su mamá la puso al cabo de lo que ocurría, como si aquellas referencias importaran para ella la solución de todas sus cavilaciones. Cuanto á la madre, quedóse silenciosa un momento, y contestó:

—Lo siento por él, porque le pesará á Ricardo, no le quepa á Vd. duda, le pesará. Su conducta es incalificable, no por la crónica en sí, que nada vale y de la cual nada me importa, sino por la falsía que revela. Anoche mismo ha estado conmigo co-

mo el más consecuente de los amigos.

—¡Si es un proceder que no tiene perdón! Yo estoy indignada, créame usted; más que indignada... ¡indignadísima! Mire que portarse así con Vd, que le ha distinguido tanto!

—Y sin que medie un solo disgusto...

—Eso!

—De súbito, porque sí, porque estuvo de mal humor, probablemente...

—Lo que yo digo. Y hablando de la sociedad como si la tuviera bajo sus piés; ¡atribuyendo intenciones á los concurrentes! ¡penetrando en el fuero interno...!

La señora de Perez Gonzalez tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa que le retozó dentro del cuerpo al ver la expresión cómicamente teatral de que se revistió, á estas palabras, la cara de su amiga. Porque la madre de Lucía no podía embravecerse aunque quisiera. Su fisonomía bonachona no admitía transformaciones; era de aquellas á las cuales no está en lo humano hacerlas perder su aire inofensivo: resultando de aquí el contraste más singular entre la acción, siempre solemnemente enérgica en estos casos, de la señora de Rodriguez—los brazos semi tendidos hacia adelante, en señal de asombro; los

ojos fijos, duros, clavados en la pared, á la altura del marco de las puertas—y esa cara indescriptible en que aparecían entremezclados, en el consorcio más amigable á la vez que disonante, el candor, la llaneza, los polvos y el *cold-cream*. La señora de Perez consideró prudente, pues, poner término á tales expansiones, y lo hizo del modo siguiente :

—Vale más dejar á un lado las recriminaciones, que á nada conducen, y ver de prevenirnos contra los malos ratos que nos esperan, si la kermese llega á fracasar. Con ese objeto pedí á Vd. anoche que viniera. Ahora más que nunca es necesario vencer: sería una vergüenza que no sacáramos sino para los gastos ¿no le parece á Vd.?

—La verdad!

—Hasta el último día, el domingo que viene, no tendremos seguramente gran público. Los teatros y demás diversiones, han de hacernos competencia terrible. Pero esa noche hay que echar la casa por la ventana. Necesitamos un producto líquido de diez mil pesos, por lo menos.

La señora de Rodriguez no pudo disimular un movimiento de espanto. ¡Diez mil pesos... liquidos! ¿Cómo y por arte de qué mago sacárselos á

un público ya escamado y teniendo que hacer frente á grandes gastos?

Sin embargo, la distinguida Presidenta persistió en su idea, añadiendo :

—Ayer estuvo aquí D. Joaquín, su esposo, y me ha prometido un donativo de mil á mil quinientos pesos. Los dará una sociedad á la que está él muy vinculado—no sé cuál todavía, pero, como quiera que sea, el hecho es que dicha cantidad nos viene de donde no la esperábamos y sin gasto ninguno. Desde mañana pondremos, además, en rifa un álbum conteniendo pensamientos de nuestros principales literatos. Colocados todos los números—y de eso se encargarán las niñas, aun cuando sea comprometiendo á los amigos y cortejantes, pues hay que prescindir de escrúpulos ahora—obtendremos un beneficio líquido de dos mil quinientos pesos que, sumados á los mil quinientos de antes, dan un total de cuatro mil pesos, ¿no es así?

—La verdad!

—Agregue Vd. el importe de las entradas, el producto de la compañía de zarzuela que llevaremos esa noche al teatrillo del palacio, las carreritas, los bombones, las flores y todo lo demás que inventaremos... ¿sigue Vd. creyendo imposible lo que le decía hace un momento?

La señora de Rodriguez contestó con una sonrisa de satisfacción. Con la misma facilidad con que se entregó al pesimismo minutos antes, abandonábase ahora á la ilusión, dominada por el ascendiente que sobre ella ejercía la señora de Perez; tanto que ya le parecía tener entre sus manos, en flamantes billetes perfectamente empaquetados, los diez mil pesos que hacía un instante declarara indispensables la organizadora de la kermese.

Siguió la conversación un buen rato sobre este tema, con la sola diferencia de que Enriqueta se retiró de la sala pretextando un dolor de cabeza.

Lo primero que hizo la joven, una vez en su habitación, fué sentarse á meditar.

El relato de la señora de Rodriguez dábala á entender bien claramente la causa de la publicación de la comentada crónica.

Había bastado que la señora de Rodriguez amenazara á Ricardo con ponerla á ella al cabo de lo que estaba oyendo, para que *picado* el joven perdiera la reflexión y la prudencia, sus dos principales condiciones de carácter, y recordara sólo que las burias anunciadas provendrían de quien le había supuesto sin valor para manifestar sus convicciones. Ricardo había

resollado por la herida, sin darse cuenta: esto revestía para Enriqueta la luz de la evidencia. Ella le conocía suficientemente para saber que era incapaz de granjearse enemistades por el simple gusto de dar que hablar; Ricardo escribía con método y plan; podía mojar en hiel su pluma y acerarla, en tratándose de enemigos ardientes, en lucha declarada, respondiendo á provocaciones, pero jamás—Enriqueta no tenía la menor duda—contra personas que estimaba ó contra costumbres que, si admitían tacha, no eran de las peores ni ofrecían tampoco facilidades de reforma.

La niña dió con esto por despejada esa parte del problema y pasó á lo que consideraba más serio y difícil: ¿por qué le había dolido tanto á Ricardo el que ella le hubiera descubierto la debilidad de no sacarse el sombrero frente á la Iglesia? Al fin y al cabo Cristo mismo lo había dicho: «el que esté limpio de culpa, que arroje la primera piedra». Sólo un vanidoso podía considerarse exento de defectos.

—Eso, sí—pensó Enriqueta—es la vanidad en persona; lo demuestra su conducta; no tenía razón para enojarse así.

La joven no recordó que ella tam-

bién había sentido hondamente la punzadura de un descubrimiento análogo; todos somos así: vemos la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio; pero, arrastrada por un impulso que consideró caritativo, se propuso curar á Ricardo aun cuando tuviera para ello que ganarse su odio.

—Es un muchacho raro y orgulloso—se dijo—pero bueno en medio de todo. Sería una lástima y una responsabilidad para las que le conocemos, que la vanidad le perdiera. Le clavaré otra banderilla, aunque le duela. Cicatrizará la herida y estará salvo.

X

Ricardo, entre tanto, subía cerca de su casa en el tramway de Cuyo y tras quince minutos de viaje descendía frente á un gran edificio de construcción modernísima con dos grandes placas de bronce á los lados de la puerta principal, en las que se leía: «LA VERDAD»—DIARIO DE LA MAÑANA.—DIRECCIÓN, REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN.

A la entrada del espacioso salón bajo, á un lado del mostrador de rico ébano y alta estantería que ocultaba las máquinas y *burros* del taller de la imprenta, veíase una lustrosa escalera de madera con pasillo de alfombra color rojo. Por ella subió Ricardo hasta el vestíbulo de los altos, una vez en el cual cruzó dos piezas saludando amablemente á los varios compañeros que escribían en los escritorios y penetró en la siguiente, cuya puerta permanecía cerrada de ordinario.

Era el despacho del secretario de la dirección, cargo que desempeñaba Ricardo.

Lo primero que hizo nuestro amigo fué oprimir el timbre eléctrico.

—¿Está Moreno?—preguntó al portero, que compareció en el acto.

—No, señor; salió hace un momento, diciendo que volvería en seguida.

—Necesito hablarlo conforme llegue. Mientras tanto, llámelo á Martinez.

Ricardo volvió los ojos á su escritorio repleto de diarios desenvueltos y pruebas de imprenta. Examinó rápidamente tres de los primeros—todos franceses, *La Nature*, *Le Temps*, *La Revue des Revues*—y se disponía á señalar ciertos pasajes con un lápiz azul que tenía entre las manos, cuando se presentó el sujeto designado por él bajo el nombre de Martinez.

Nuestro joven retribuyó afectuosamente los «buenos días» de práctica, y dijo:

—Le esperaba, porque el tiempo vuela y hay que pensar en el original: ¿cuánto tenemos de ayer?

—Seis *galeras*, según el Regente.

—De manera que....

—Haría falta algún otro material serio. Lo demás no dará trabajo. Ya tengo un suicidio y dos crímenes.

—Malo.

—¿Malo? ¡si es lo que le gusta al público! sesos desparramados, cadáveres, sangre.... ya ve Vd.

— Aludía al progreso de la criminalidad que revelan estos sucesos.

— ¡Ah!

— Aquí tiene Vd. tres números interesantes, de los cuales se puede sacar partido.

— Está bien. ¿Y el cuentito? ¿Qué me dice Vd? ¿Le ha gustado?

— Tiene buen estilo y no mala trama; pero... muy inmoral ¿sabe?

— ¿Se publica?

— No, hombre: *La Verdad* es un diario decente.

— Pues lleva ya insertadas cosas peores, sin que nadie se queje.

— ¡Es posible!

— Si, señor: antes que Vd. viniera, he traducido páginas del *verde* más subido.

— En fin, aquí tiene Vd. el cuento. Que lo revise el Director... A propósito creo que acaba de llegar... me ha parecido sentir sus pasos. Por mi parte, yo no me atrevo.

Por la misma puerta que salió el traductor penetró Moreno dos minutos después.

— ¿Estamos prontos?—dijo Ricardo no bien le vió.

— Como siempre, ya sabe.

— Bien. Tiene Vd. que hacer una escursioncita por la campaña: comisión delicada, le advierto.

El *reporter* sonrió complacido. Era uno de esos hombres formados en la escuela del noticierismo dificultoso; de aquellos que sólo se hallan á gusto cuando tienen que aguzar el ingenio persiguiendo las novedades como el pesquisante al criminal, sin que sean parte á detenerlo en su camino ni los desaires, ni las repulsas, ni las protestas.

—Puede comenzar por La Plata; ya sabe Vd. que le han dado *jaque* al ministro de gobierno: hay que averiguar hoy mismo si salta ó no. Cualto á las elecciones de pasado mañana, no descuidarse. Donde se produzcan desórdenes, es menester que esté Vd. antes que la misma policía.

—Procuraré llenar esos descos, pero... una pregunta; la política de *La Verdad* deberá inclinarse á la situación, ¿no?

—En los acuerdos parciales que acaban de sellarse, no ignora Vd. que va comprendida la candidatura de nuestro Director.

—Es decir que...

—El programa se reduce á esto: mucha prudencia. Tendencia favorable, naturalmente, mas sin descubrir el juego. No debemos olvidar que es la oposición la que nos da prosperidad y vida.

—Entendido.

—Es la orden que tengo—añadió Ricardo con cierto dejo de amargura, y como desligándose de toda responsabilidad; en tanto despachaba á su interlocutor, dándole un vale para la Administración por valor de doscientos pesos.

El reporter salió á toda prisa de la pieza, llevándose por delante sillas y escritorios en el afán de ver la hora de su reloj sin disminuir la celeridad del paso. Obligado á marchar siempre que recibía una orden por el primer tren, apenas tenía tiempo para guardar algunas *pillchas* en la valija y dar un beso á su esposa y su chiquillo. ¿Se creerá que esto le hacía renegar de su profesión? Nó. Moreno bajó á grandes saltos la escalera, tarareando alegremente la jota de *La Dolores*.

Ricardo no alcanzó á estar solo cinco minutos. Un llamado del Director hizole abandonar su despacho cuando comenzaba á entregarse á la tarea de llenar cuartillas. El Director le esperaba muy afable como de costumbre, pero con un escrito en las manos, señalando al cual dijo:

—Es una pieza literaria de mérito, mi amigo: no sé cómo ha podido Vd. rechazarla.

—¿La traducción de Martínez?—
preguntó nuestro amigo.

—Esa misma.

—¿Y es posible, señor, que encuentre Vd. extraña mi decisión? Vd. que tiene un hogar al que penetra *La Verdad...!*

—Hágame el obsequio de no insistir. Convéznase de que pasó el reinado del romanticismo: hoy hay que descubrirse ante la escuela naturalista, la gran escuela, porque lo bello, lo grande en literatura es sólo aquello que se ve, que se palpa, que no es fantasía ó ensueño, que copia la naturaleza y la encarna por así decirlo en la frase. Ese cuento, como las obras todas de la escuela realista, refiere escenas que nadie que viva en sociedad puede desconocer; y escandalizarse por ello, equivale á pretender la supresión de los malos olores, que dañan al olfato, dejando subsistentes, porque no es posible suprimirlas, las causas que los producen.

Ricardo había ido reflejando en su fisonomía, mientras hablaba su jefe, primero la sorpresa luego la duda y por fin la incredulidad. Bajo esta última impresión contestó:

—Los malos olores existen, es cierto, pero siempre en lucha abierta con las autoridades edilicias, que no cum-

plirían su deber si no trataran de hacerlos desaparecer; pero sobre todo, señor, nadie va en busca de ellos, nadie intenta llevarlos á que infesten su casa. Por lo demás, me parece que el naturalismo no consiste en pintar naufragios de la virtud, almas depravadas y ruines, corazones que sólo laten á impulso de la sensación animal: en la naturaleza se ven continuamente asquerosos chiqueros, mas no es trasladándolos al lienzo como ha conquistado el arte sus páginas de oro. Insinúa Vd. que á nadie han de abrir los ojos tales cuadros: por lo menos no me negará Vd., dejando de mano lo discutible de esa tesis, que procedemos con absoluta falta de lógica. Nos empeñamos en familiarizar á la sociedad con la podredumbre, por las conversaciones, por la novela, por el teatro, ¡y pretendemos luego que predominen los jóvenes de vida ordenada, las niñas recatadas y pudorosas, las esposas fieles!

— Veo, mi amigo, que no marcha Vd. con el espíritu de la época, que rechaza Vd. los grandes triunfos de este siglo gigante. No podremos avenirnos: desde ya se lo anticipo. Prescindamos, pues, de discusiones, y al trabajo. *La Verdad* debe hacer siempre honor á su título diciendo las co-

sas como son, y sobre todo, en esto como en lo demás sigue el criterio de su Director. ¿Qué tiene Vd. el cuento: es necesario que vaya en el número de mañana.

Ricardo no podía insistir, una vez planteada la cuestión en este terreno. Salió bastante contrariado, aunque sin decir palabra. Por la galería que conducía á su despacho venía en dirección opuesta Guillermo Perez Gonzalez. Nuestro joven se apresuró á saludarlo con la afabilidad de costumbre, y hasta pensó detenerle, como que estaba ligado á él por una relación estrecha; pero el otro siguió impasible su camino hacia la Dirección, después de responder al saludo fríamente. Ricardo llegó á su escritorio un tanto preocupado; aquello revestía para él los caracteres de un enigma

Púsose luego á revisar la correspondencia, cosa por cierto menos entretenida de lo que parece. ¡Son tantos los pretendientes á la nombradía literaria, que admiradores entusiastas de cuanta insulsez concibe su intelecto, se pasan la vida aportando poderosísimo contingente de manuscritos á los cestos para papeles de las redacciones! No le seguiremos en sus entrevistas con los visitantes conducidos por asuntos

de interés general, de aquellos que tenía atribuciones para resolver por sí mismo; ni en sus diálogos con las personas interesadas en obtener referencias favorables á sus ambiciones, ó á sus negocios, ó á familias y damas determinadas—que hasta esto último suele verse desde que aclimatada la moda de servir al público secciones especiales de información al menudeo, no se consideran señoras « distinguidas y estimables », familias « del mundo aristocrático », niñas « interesantes y hermosas », las que no figuran como tales en la crónica del movimiento social. Bástenos saber que llevaría Ricardo media hora en esta tarea, cuando fué interrumpido por un nuevo llamado del Director.

Lo primero que observó al aparecer, fué que Guillermo ocupaba, sentado á la *neglige*, uno de los seis ricos sillones de marroquí que rodeaban el escritorio de su jefe: el cual de buenas á primeras le sorprendió con estas palabras:

—Creía que era Vd. un periodista hecho y me encuentro con que descansar en Vd. es descansar en la ligereza y la imprudencia. ¿Cómo ha permitido Vd. la aparición de esta crónica?

Ricardo sintió que la sangre se le

subía á la cabeza. Era la primera vez que le reprendían y elegía para ello el Director los términos más severos y la circunstancia de hallarse presente un extraño. Nuestro amigo estuvo tentado de contestar una barbaridad al Director, quien al decirle lo que hemos visto le señalaba con los dedos la crónica de la kermese. Siempre que se veía en situaciones análogas, su genio de pólvora le obligaba á hacer un penosísimo esfuerzo de voluntad para contenerse. Felizmente el esfuerzo no le falló tampoco esta vez, y pudo contestar con aparente calma:

—Mi trabajo no me ha valido hasta el presente ninguna queja y nunca he pretendido ser periodista sino *á mi modo*. Si la opinión del señor se ha modificado ahora por cualquier causa ó influencia, debe saber que las réprimendas de cierto carácter sólo se han hecho para los criados.

—Señor O'Donnell: es usted un empleado mío, me desagrada uno de sus actos y se lo manifiesto: estoy en mi derecho.

—El mismo derecho que alega usted para hablarme en esa forma, lo tengo yo para decirle que puede usted guardar sus reprensiones para los que están hechos á sufrirlas.

—¿Cómo es eso? ¿cómo?

—Lo que ha oído usted, ni más ni menos. A lo cual añadido que cuando un hombre educado se encuentra entre la espada y la pared, obligado por compromisos de solidaridad política, ú otros cualesquiera, á colocar sobre los servicios de un auxiliar cumplidor de agravios de carácter extremo á una tercera persona, lo llama á ese auxiliar en privado y le manifiesta francamente lo que ocurre—no le tiende celadas para que se indigne y renuncie, delante del mismo que pide la mezquita venganza.

—¿Mezquino yo!—saltó Guillermo poniéndose de pie con ceño airado.

—Me felicito de que recojas la alusión: así me ahorras el buscar pruebas.

—Sólo yo estoy presente, sólo á mí podías referirte: debía contestar, puesto que no conozco eso que es para *algunos* una ciencia: la hipocresía.

—Señor—prosiguió Ricardo, volviendo la espalda á Guillermo—supongo habrá comprendido lo que significan en boca mía las palabras que ha oído. No soy ya empleado de su diario. Pero usted ha juzgado severamente mi crónica y no quiero retirarme sin recordarle que ella es exacta copia, fidelísimo reflejo de lo que sucedió en la fiesta á que se refiere. Por manera

que puede usted excomulgarla como quiera y cuanto quiera; mas moderando previamente su entusiasmo por el naturalismo y arrancando de su diario, para no ser inconsecuente, el título de *La Verdad* que lleva.

Ricardo no esperó respuesta para abandonar la sala. Junto con su última palabra dió media vuelta, cogió de paso el sombrero en su despacho, bajó la escalera y emprendió marcha hacia su casa. Si algún amigo le hubiera encontrado en ese momento, habría notado al estrechar su mano, el temblor que en los temperamentos nerviosos suele preceder á los estallidos.

XI

Toda aquella tarde pasóla Ricardo visiblemente preocupado. A nadie dijo una palabra acerca del incidente en que acababa de ser actor. Ciertas preguntas de su misma madre en la mesa, tampoco lograron romper su reserva.

Retiróse temprano á su habitación y se puso á estudiar. Sólo de un mes disponían él y Alfredo para preparar sus exámenes generales y ver, por fin, terminada su carrera. Ricardo se acordó de su amigo y aun pensó ir á buscarlo; pero—«estará en el teatro» —se dijo para sí, y cambió de propósito. Debió dormir bien, porque á las siete de la mañana del día siguiente salía de su casa con el semblante fresco y animado.

Caminó hasta la calle Maipú, donde dobló hacia Rivadavia, penetrando poco después en una casa amueblada de aquella cuadra. La pieza que ocupaba Alfredo tenía el número 14. Llamó en ella suavemente primero y luego sin reparo; mas como no abrieran

ni contestaran, supuso que el joven no habría dormido allí esa noche, y se fué.

Mientras tanto Alfredo, que estaba adentro, cambió de posición varias veces en la cama, pareció querer incorporarse, se restregó maquinalmente los ojos y los abrió por fin. Mirando luego al reloj, murmuró complacido: —«¡está visto! todo es proponerse uno un madrugón y realizarlo; ¿quién diría que yo...? ¡y sin despertador!». Alfredo tenía motivos para sentirse satisfecho: ordinariamente no se levantaba hasta las 10 y 1/2; no menos de 365 veces en el año se recogía con la resolución de aprovechar la mañana en el estudio, y ciertamente con sólo el último guarismo podía contar los días en que su propósito se realizaba.

Pocos minutos le bastaron para vestirse y tomar posesión del escritorio; mas media hora después levantóse y fué á sentarse en un sillón de brazos cercano. No estaba su cabeza para lecturas. Velez Sarsfield lo mismo que Estrada eran impotentes para dominar el pensamiento de nuestro joven, que se le iba á cada paso por las ilimitadas regiones del ensueño.

Siempre había sido incomprendible

para Alfredo la inclinación que mostraban algunos compañeros suyos, alejados como él de sus familias, á pasarse horas y horas aislados en la soledad, despreciando las distracciones con que brinda Buenos Aires, ya por las tardes en la concurrida calle Florida, ya á la noche en los bailes, en los clubs ó en los teatros. Cuántas veces sus bromas habían elegido por blanco los misteriosos coloquios íntimos á que suponía se entregaban aquellos amigos, prefiriendo á todo la estéril inercia, « protectora consagrada »— como decía— « de cuantos nacen con la sesera tan llena de fantásticos vientos, como lamentablemente desprovista de sustancia ».

No obstante, acababa de caer en lo que antes tanto había criticado, sin que le causara desagrado, á pesar de recordar perfectamente que todas las horas del día anterior (comprendidas las de oficina, porque salió de la fiesta resuelto á *enfermarse*, según la añeja costumbre de los empleados públicos, hasta la siguiente semana,) las había pasado de la misma manera. ¡ Hallábase tan bien así, sin más ocupación que pensar con los ojos semi-entornados! ¡ Eran tan gratas las visiones que surgían ante él, como á evocación de mágico conjuro,

y le adormecían con una música tan deliciosamente suave!

Naturalmente, el cuadro era siempre el mismo: la fiesta, el salón, la *compañera*. ¡Cómo estaba de lirida Lucía aquella noche! ¡Qué fulgor de imán el que despedía su mirar! ¡qué seducción en su sonrisa! ¡qué encanto el de su voz! Y cuán grata, cuán dulce la idea del afecto con que correspondía á sus ansias aquel corazón virginal! Porque Alfredo no dudaba del amor de Lucía. Aún no tenía, en realidad, la aceptación categórica; la niña habíase limitado á contestar su declaración, insinuándole discretamente que no le creía; que ó pretendía burlarse de ella, ó se engañaba atribuyendo carácter de seriedad á lo que no podía ser, dado lo poco que ambos se habían tratado, sino una impresión pasajera; pero Alfredo comprendía que una respuesta netamente favorable habría sido una simpleza, pues la sinceridad de los afectos de este carácter debe ser sujeta á pruebas; y sobre todo, aun sin tomar en cuenta la emoción intensa de Lucía y el lenguaje harto expresivo en aquel momento de sus ojos, creía tener motivo para considerarse correspondido por el hecho de que cuando un cortejante no cae en buen pie, su insistencia

lejos de agrandar fastidia; y Lucía, así en su conversación como en sus maneras y en su misma fisonomía, revelaba constantemente que deseaba y apreciaba su compañía.

Alfredo continuó meditando de esta suerte hasta las 11, hora en que salió á la calle para almorzar. Al entrar al comedor del *restaurant* en que era pensionista, recibió una grata sorpresa.

Ricardo tomaba asiento en ese instante delante de una de las mesas allí dispuestas.

Los dos jóvenes se saludaron como buenos amigos, entablando desde luego conversación. A tiempo que les servían el primer plato, Alfredo palmeó familiarmente á su compañero y le dijo:

—Ante todo, una noticia. Ayer tuve una visita: adivina.

—¿Algún amigo antiguo?

—Amigo propiamente, no sé; pero... una conjugación: yo le conozco, tú le conoces, él nos conoce.

—¿Guillermo...?

—Él mismo.

—¿Y de cuándo acá...? Porque no te visitaba, me parece.

—Ayer lo hizo por primera vez, y en verdad que me sorprendió. Pero... ¿dónde está la lista? pediremos talla-

rines ¿no te parece?... A propósito de la visita: ¿qué demonio es eso que has escrito en *La Verdad* sobre la kermese?

—¡Vaya, hombre! al fin voy viendo claro. ¿Fué ese el tema?

—Sí. Y con tal motivo has sido felpeado de lo lindo. Tu crónica parece que le ha producido á Guillermo el efecto de un sinapismo. Yo no la he leído, pero me imagino que no habrás hecho una barbaridad.

—A lo menos nada me reprocha mi conciencia. Dime: ¿se franqueó contigo Guillermo?

—Sí, en parte.

—¿Y...?

—¡Bien haya la comida italiana! ¿Verdad que es bueno esto? Pero tú me preguntabas... ¡Mozo! ahora una milanesa .. oiga *che*, con limón ¿eh?... Contestando á tu pregunta, te diré que he visto una especie de drama en tres actos. En el primero Guillermo aparece y expone el asunto como sigue: «estamos en una época de progreso y libertad; las preocupaciones han cedido su lugar á la razón soberana, perdiéndose en los abismos de su propia insensatez y desprestigio; combatir al siglo es tan temerario como pretender que no se muevan ni eleven ni avancen las olas del océano». Concluye

el primer acto y comienza el segundo, entrando en acción todos los personajes: el siglo gigante, representado por Guillermo; el combatiente pigmeo personificado en tí, por una parte, y por la otra en lo que no podía faltar tratándose de drama; en una mujer, Enriqueta, que el gigante simbólico afea, por supuesto, con todas las sombras del fanatismo...

—¿Me permites una interrupción? De tu drama ó lo que sea, parece resultar que Enriqueta es mi aliada. ¿Quieres decirme cómo ha sido esto?

—El siglo, digo Guillermo no me ha referido nada concreto; pero bien se deducía de sus palabras que ella ha defendido tu crónica calurosamente. Continúo. Creo que estábamos en el segundo acto... eso es, sí: en él se desarrolla la lucha; tú y Enriqueta desempeñando un papel antipático, repulsivo, oscurantista, retrógrado; Guillermo al revés, lidiando entre nimbos de luz: la luz producida por la antorcha del Progreso y de la Razon y de la Ciencia, tres entidades que por lo visto, lo han considerado digno de sí á más hombre que Guillermo, cuyo cerebro parece servirles de exclusiva y privilegiada residencia. Te hago gracia de los pormenores, para llegar pronto al desenlace, que

pertenece al acto tercero... Mas antes pediremos el postre, ¿no?... Veamos la lista. Naranjas, guayaba, queso, jalea ¡siempre lo mismo! En fin ¿qué hemos de hacerle? *Necesitas dura lex est* que dijo..., ¿quién fué que lo dijo?... bueno; no importa; el caso es que viene bien. ¡Pobre P. Artayeta! Todo es acordarme del latín y verlo á él, que me lo enseñó, con su nariz de dos palmos y sus brazos como remos.. Volviendo á mi relato, habrás notado en tus recorridas teatrales que no hay drama sin muertes: alguno de los protagonistas cae siempre desplomado sobre las tablas. Lo mismo sucede en el que te vengo refiriendo. El muerto eres tú y el homicida Guillermo. Sólo que no te quitan la existencia sino los medios de vida; no te hieren en el corazón, sino en el estómago.—«He de saber muy pronto—me dijo Guillermo al despedirse—si verdaderamente es Ricardo el autor de la crónica, y en tal caso ya puede irse preparando á buscar trabajo». Con que... He dicho.

Ricardo había escuchado á su amigo con la sonrisa en los labios desde un principio; mas cuando aquél llegó al desenlace, se transformó súbitamente. La amenaza de Guillermo y la escena en el despacho del Director de

La Verdad, se complementaban; su corazón no le había engañado en el presentimiento que inspiró su actitud en aquella emergencia; un enemigo temible se cruzaba en su camino, dispuesto á estorbarle el paso. Un escarbadientes de que hacía uso Ricardo en ese instante, quedó hecho pedazos entre los dedos de su mano derecha.

Luego púsose á referir á su amigo minuciosamente, el incidente del día anterior. No omitió el menor detalle. Concluyó explicando el por qué de la influencia del hijo de la señora de Perez sobre el Director de la hoja á cuya redacción había él pertenecido hasta entonces: Guillermo había facilitado algunas sumas de dinero en el crítico momento que sobrevino para *La Verdad*, á consecuencia de su semi-conversión de la propaganda abiertamente contraria al partido democrático (propaganda que hacía á este diario muy popular) á otra de consideración y benevolencia para con la misma agrupación política, en manos de la cual estaba el poder en la provincia de Buenos Aires. Aquellos préstamos le habían sido reintegrados á Guillermo en acciones de la empresa que fundó y editaba *La Verdad*, datando de entonces su intimidad con

el personal superior de la referida publicación, ante el que sus observaciones rara vez eran desatendidas.

—Ya ves como todo se explica sin dificultad—añadió Ricardo.—De cuanto hemos hablado sólo una cosa no comprendo, y es: la conducta de Enriqueta.

—Hombre, también yo la encuentro extraña porque, al fin y al cabo, la verdad es que se trataba de tí. ¿No estaban ustedes resentidos?

—Sí; y es precisamente por eso que su acción resultaría meritoria.

Los dos jóvenes guardaron silencio algunos minutos. Ricardo volvió á hablar:

—Aquí donde me ves, con este mi carácter que se cree férreo, un rasgo como el que se cuenta de Enriqueta me conmueve y me desarma. Sería capaz, no ya de ceder y buscar de nuevo su amistad, sino aun de pedirle perdón por haberla considerado hasta ahora una mujer como todas

—¿Nada más?

—¡Quó! ¿Te parece poco?

—Pensé que ibas á sentirme capaz hasta de brindarle tu mano.

Alfredo pronunció estas palabras sonriendo y con marcada intención; pero hubo de comprender en seguida que su amigo no estaba para bromas.

Ricardo le miró con seriedad y en la misma forma, sin decir palabra, cogió su sombrero y le tendió la mano.

—¿Cuándo nos veremos?—insinuó cariñosamente el joven, procurando mejorar su situación.

—Cuando hayas aprendido á distinguir lo que va de un arranque de nobleza, á la pesca ruin de una heredera.

XII

«LAS ELECCIONES DE AYER—*Choque sangriento en el Saladillo—Un muerto y cinco heridos—Triunfo del partido democrático*—El pueblo de la provincia, convocado para ejercer en el día de ayer su derecho cívico, ha expresado su voluntad en la forma que verá el lector por los cómputos de votos que nos remiten nuestros corresponsales.

«Esos datos asignan al partido democrático una enorme mayoría de diputados en el próximo período legislativo; resultado que ha de halagar, ciertamente, á la opinión, que favorece con tan acentuadas simpatías á la agrupación vencedora, pero que es lástima no haya sido posible obtenerlo sin choques y sin sangre.

«El partido democrático no puede ser tachado, sin embargo, de causante ó responsable de lo que ha sucedido. Las autoridades no le respondían en el Saladillo. Donde le han sido adictas, esto es en la mayor parte de los pueblos de la provincia, no se han producido desórdenes.

«Pasemos sin más preámbulo al relato de los hechos.

.....
.....
«En el Saladillo la lucha prometía ser muy reñida cuando se instalaron las mesas. El partido republicano cuenta en ese pueblo con elementos poderosos, y se mostraba dispuesto á no dejarse vencer.

«La elección comenzó tranquilamente, y siguió en la misma forma hasta las 3 y 1/2 p. m. Dirigía al partido democrático en aquel momento el señor José Pedro Llano, prestigioso vecino de la localidad.

«Este señor había venido observando, con la indignación consiguiente, que los votos de sus correligionarios eran rechazados bajo pretextos las más veces de todo punto informales; en tanto del partido contrario, dueño de las mesas, eran admitidos todos los electores, aun aquellos que el señor Llano demostraba que lo hacían por tercera ó cuarta vez, con traje y nombre diversos.

«El fraude se presentaba tan manifiesto, que el señor Llano, hombre que actúa en la política desde hace cerca de quince años, aseguró á nuestro reporter, una hora antes del incidente, que nunca había presenciado una

burla tan descarada de la ley y el decoro cívico.

« A las 3 1/2, más ó menos, presentóse á votar un sujeto con el nombre de un antiguo amigo del señor Llano fallecido hacía ocho meses. El señor Llano protestó, la mesa deliberó y falló por la admisión del voto. Como el señor Llano alzara entonces la voz proclamando que aquello era la prostitución del sufragio, un escándalo sin igual, una ignominia, el Presidente del comicio le intimó que se retirara del atrio. En ese momento intervinieron los dos fiscales del partido democrático, en favor del señor Llano. La discusión se generalizó, á las palabras agrias sucedieron los insultos, sonó un tiro, luego otro, y diez más; cuando dos minutos después la policía llegó á las mesas encontróse con este triste cuadro: un cadáver y varios heridos, entre estos últimos el señor José Pedro Llano, quien tendrá que sufrir hoy la amputación de una pierna, quedando inválido. El muerto era uno de los fiscales del partido democrático. La bala que le alcanzó le había atravesado el corazón.

« Puede adivinarse la excitación de los ánimos que reina en el Saladillo. El pueblo no hace misterio de su indignación por los procedimientos abu-

sivos puestos en juego, que nada abonan por cierto el puritanismo tan ponderado de los republicanos.

.

«Resumiendo nuestras impresiones en una manifestación breve y concreta, el acto de ayer prueba que si bien la educación cívica del pueblo es todavía deficiente, éste ha votado en mayor número que otras veces, sin que la policía haya pesado con medidas coercitivas; sin que el gobierno, en una palabra, haya impuesto su voluntad. Es sin duda un progreso, que debemos constatar con agrado cuantos ejercemos en la prensa la alta misión de impulsar el adelanto de la república, velando sin descanso por los intereses colectivos.

.

«El señor Guillermo Pérez González nos escribe una extensa carta á propósito del incidente del Saladillo, explicando su ausencia de aquel pueblo en el momento del choque y las razones del triunfo de su candidatura en esa sección

«Para los que conocemos á dicho distinguido caballero no pueden caber dudas respecto á su corrección de proceder; pero la calumnia, que nada

respeto, ha asestado contra él sus tiros, y la voz del agraviado debe ser escuchada.

« De buen grado publicaríamos íntegra la carta á que aludimos, si no nos lo vedara la falta de espacio y la hora avanzada en que nos llega. Le daremos cabida en el número de mañana. Mientras tanto, he aquí un rápido extracto de su contenido.

« El señor Pérez abandonó el Saladillo por el tren de la una, cuando ya la irregularidad del acto estaba patentizada y el señor Llano protestaba á viva voz y en todos los tonos, por virtud de un pedido telegráfico que recibió el Comité Central de su partido.

« Cuanto á la comentada circunstancia de haber sido su candidatura la única del partido democrático que ha salido triunfante en el Saladillo, manifiesta el señor Pérez que no es razonable culparlo á él—sin duda con el fin de sembrar divisiones en el partido—de un resultado que por su parte siente no haya sido igual para todos sus compañeros, pero que es obra exclusiva de los electores, de los cuales no se puede pretender, sin mengua del patriotismo y el decoro, una sumisión ciega que los vuelva autómatas. Ejerciendo su derecho, han prescindido

de su compromiso con la candidatura de don José Pedro Llano y pasado casi todos sus votos á la de un extraño en la población, el doctor Taboada, lo cual no es por cierto edificante como ejemplo de consecuencia, pero cumple respetarlo. Porque los que creen que la voluntad popular es ley, deben acatarla aun cuando contrarie planes determinados y aunque no se comprenda la razón en que se inspiran sus predilecciones y desvíos.

« El señor Pérez González termina declarando que á este principio ajustará su conducta, lo cual explica sobradamente, á su juicio, la disidencia surgida entre él y los partidarios del candidato burlado.

« Este puede pretender (é interpretará así sin duda los sentimientos de los electores que le han sido fieles) la anulación de la elección; pero no él, que es impulsado al temperamento contrario así por las convicciones políticas condensadas en el principio á que acabamos de aludir, en cuyo servicio ha comprometido su nombre, como por la consecuencia á que le obliga—para con los que le han dispensado su simpatía y su confianza—el hecho de haberle sacado vencedor aun contra la voluntad, en estos casos

casi siempre decisiva, de los mismos que presidían las mesas.»

(*Extracto de la crónica que insertó LA VERDAD al día siguiente de las elecciones.*)

« ¿TRIUNFO? — *La República* se debe á la causa del pueblo; su programa no se aviene con las claudicaciones ni con la complicidad del silencio. Ante las extralimitaciones del poder ha de sentirse siempre su protesta, como la campana que anuncia en las aldeas ribereñas el avance devastador de las aguas desbordadas.

« La provincia de Buenos Aires ha presenciado el domingo último escenas deplorables, que son un descrédito para nuestras instituciones y que clavan la espina del bochorno en el cutis de la opinión.

« Un acto que debiera ser aliento para el civismo se ha convertido en espectáculo teatral representado por títeres. Para el público, todo parecía en las condiciones naturales: los personajes se movían diríase que por su propia voluntad y según sus propias inspiraciones. Sólo allá, en las salas del gobernador, podía observarse el mecanismo que ponía en juego á todos los muñecos.

« Así, las elecciones han sido, no la

expresión de la voluntad popular, sino de la del hombre en cuyas manos estaban concentrados los hilos del poder. Todo estaba previsto de antemano. Se sabía quiénes saldrían triunfantes y quiénes derrotados, llegando las cosas, en los pueblos cuyas municipalidades respondían en masa á la política del partido democrático, hasta el extremo de tenerse desde el día anterior efectuada la votación y el escrutinio á gusto del partido, pues contábase para ello con dobles registros y doble urna; de manera que mientras el público presenciaba el aparato de una elección en toda forma con boletas y urna que debían pasar directamente de los atrios al fuego, iban camino de La Plata los registros y el escrutinio falso confeccionados la víspera.

« En cambio, donde el partido republicano contaba con elementos considerables, como en el Saladillo, se ha llegado hasta pretender interrumpir el acto con un asalto á mano armada á las mesas. La intentona se malogró, pero la sangre derramada, todavía caliente, tiñe en rojo la bandera del vencedor y aumenta con un nuevo capítulo la historia de sus atentados.

« Nosotros no podemos ser espectadores indiferentes de semejante vergüenza. Amamos demasiado á nuestras

instituciones y á nuestro pueblo para no salir en su defensa; para no fustigar el rostro de los mandones y sus sicarios con el látigo de nuestra indignación.

« La honra del país y de los tiempos de cultura, luz, progreso y conquistas en que vivimos, exige un proceso de desagravio, claro como el sol meridiano, amplio como el espacio inmensurable y solemne como reivindicación que ha de ser de derechos sagrados, torpemente escarnecidos á la faz de una nación que no ha nacido para vestir la librea de los esclavos.

« En ese proceso se empeñará LA REPÚBLICA desde mañana, consecuen- te con el lema grabado al frente de su programa: todo por el pueblo y para el pueblo. »

(*Editorial de LA REPÚBLICA en su número del mismo día.*)

« Señor director :

« No soy político ni tampoco escritor. Es sólo con los títulos de compatriota y hombre honrado que me presento ante V., pidiendo hospitalidad en sus columnas para algunas reflexiones que me sugieren las elecciones últimas, y que considero pueden ser

de saludable efecto para el público que las lea.

«He observado con interés la actitud de la prensa de mi país ante las recientes elecciones, como he visto también, y de cerca, los preparativos para ese acto y su realización en la población más cercana al establecimiento de campo que poseo en la provincia de Buenos Aires.

«Y encuentro, señor, que es mucho lo que debemos corregir en nuestro propio modo de ser, antes de pretender la extirpación en las masas de los vicios que desnaturalizan el sistema de gobierno republicano en nuestra tierra.

«Leyendo el diario que dirige Vd., resulta que es el partido contrario á la política en que se halla ese diario embanderado el que burla la ley y falsea el sufragio. Leyendo al órgano de la agrupación así denigrada, el orden se invierte y los que aparecían como acusadores pasan á ser reos. Uno y otro diario, sin embargo, poseen recursos de información suficientes para saber que así los demócratas como los republicanos condenan el fraude cuando les perjudica y lo aceptan y practican cuando les favorece.

«¿Qué quiere decir esto? Yo no sé leyes, señor, pero sólo con el auxilio

de la luz de la razón que ha puesto Dios en la mente de cada hombre, creo que basta para percibir la intensidad del mal que nos aqueja y los medios conducentes á su curación.

«Por de pronto es indudable que el procedimiento que ponemos en práctica es el más inadecuado.

«Buscar al paisano y habituarlo á que su voto pertenezca de oficio al dueño del establecimiento en que trabaja, ¿no es viciar en su esencia el gobierno representativo y procrear los elementos en que afianzan su acción bochornosa los mercaderes del civismo? Y á ese medio recurren en sus trabajos electorales lo mismo los republicanos que los demócratas.

«Perseguir el triunfo ante todo, con el criterio del que ideó la conocida máxima inglesa, *make money, honestly if you can, but make money*: ¿no es obligar con la victoria ilegal la resistencia ilegal y con ella acaso la derrota también ilegal del futuro? Y demócratas y republicanos van á los atrios con ese criterio y ese programa.

«Tronar contra los abusos y trampas del partido contrario, callando cuidadosamente las irregularidades análogas puestas en juego por los correlligionarios (si es que no atribuyéndoles.

sin repugnancia á la falsedad, una corrección de procederes que se sabe no tuvieron), ¿no es allegar combustible á la hoguera y autorizar en el público la creencia—tan poco honrosa para el periodismo y para el siglo que lo ha elevado á las alturas desde donde pontifica—de que los redactores de diarios razonan y fallan, no según los dictados de la conciencia y la justicia, sino según la orden que reciben de los amos que les llenan el vientre?

« Por estas razones, señor Director, que me parece están al alcance de todas las inteligencias, yo me permito pedirle, sin más interés que el bien general, la publicación de esta carta, que creo podrá contribuir en algo á que se emprenda de una vez por los hombres sinceramente patriotas la obra tan reclamada de nuestra rehabilitación electoral.

« Bien sé que el Sr. Directores posible que encuentre desagradables, por afectar á la política de sus predilecciones, algunos párrafos de este « comunicado »; pero no puedo olvidar las reiteradas declaraciones de esa hoja acerca de que su bandera es la de los intereses públicos, que son precisamente los que resultarían beneficiados de la iniciativa por que abogo.

« Esta consideración, como igualmen-

te la de que han pasado los tiempos de la censura, abriéndose para la humanidad, según las propias y también repetidas manifestaciones del Sr. Director, horizontes amplios de libertad para los individuos lo mismo que para el pensamiento, me anima á esperar que mi carta, agrade ó nó, obtendrá la inserción que solicito.

«Con este motivo, se complace en saludar al Sr. Director con toda consideración— UN ARGENTINO.»

P. S.— Como puede ser necesario para los efectos de la responsabilidad periodística que esta carta no sea anónima, la firmo de mi puño y letra, aunque pidiendo que se reserve para el público mi nombre.

Jaime O'Donnell.

(Carta que recibieron a raíz de las elecciones LA VERDAD y LA REPÚBLICA y que ninguno de ambos diarios publicó).

XIII

Palermo es sin duda un lugar excelente para recreación de los espíritus amantes de la belleza; pero, como todo lo humano, acaba por no llamar la atención de quienes lo visitan con frecuencia. Enriqueta Perez Gonzalez, que era de este número, obligada como estaba por las exigencias del buen tono á recorrer sus avenidas los jueves y domingos en el monótono paseo impuesto por la moda á la sociedad elegante, tenía por costumbre buscar para esta reunión la compañía de alguna amiga con quien hacerlo entretenido.

Las más veces era Lucía la preferida. Y esto sucedió el domingo siguiente á los sucesos narrados en el capítulo anterior.

Nuestras dos protagonistas se incorporaron al desfile muy alegres, sobre todo Lucía, que tan pronto conversaba con pasmosa celeridad, prodigando las miradas de sus ojos á uno y otro lado en visible desasosiego, como daba

libre salida á una risita juguetona que la acometía á cada rato.

Cerca del *milord* que las conducía, y caminando en la misma dirección que éste, veíase á Alfredo jinete en un gran caballo de raza, negro como el azabache, que le había facilitado esa tarde uno de sus amigos.

Cuando la fila de coches en que iban Enriqueta y Lucía se detenía, el caballo de aquél, prosiguiendo su lenta marcha, se les acercaba y pasaba adelante, para ser muy luego alcanzado y pasado á su vez. Las monerías de Lucía coincidían siempre con el acercamiento de Alfredo.

En esta forma dieron nuestras dos amigas la primera vuelta. Al comenzar la segunda, Alfredo se perdió de vista. Enriqueta y Lucía entraron en conversación.

—Las de Montemar—dijo ésta--proparan un gran recibo para pasado mañana ¿subes?

—Había oído anunciarlo, pero sólo como proyecto y para el otro mes.

—Ya es un hecho ahora: están pasando las invitaciones. Por supuesto ¿nos veremos allí?..

—Depende de mamá; ¡la molestan tanto los fríos á la pobre! Hoy mismo, ya lo ves, no ha podido acompañarnos.

De un faetón que pasaba en aquel momento por la fila de la derecha, saludaron dos jóvenes. Sólo Lucía contestó. Al mismo tiempo, como por arte de magia desaparecieron de su semblante las rosas de su color habitual.

—¿Viste?— preguntó con visible agitación á su compañera.

—Sólo he conocido á Guillermo; ¿quién era el otro?

—Gimenez.

—¿Estaba aquí entonces?

—Por lo visto.

—Pues ayer mismo Alfredo le creía en Córdoba: habrá llegado anoche. A propósito de Alfredo, ¿qué será de él? Ni que se lo hubiera tragado la tierra.

De esta suerte siguieron conversando una media hora, al cabo de la cual comenzó á oscurecer y las filas rarearon.

—¿Nos iremos? — preguntó Enriqueta.

—Cuando quieras.

Estaban á poca distancia de la Avenida Alvear, á la cual llegaron bien pronto. Pero habíase producido allí una aglomeración tal, que no era posible avanzar. La noche extendía tan rápidamente sus sombras, que era ya difícil distinguir las fisonomías á distancia de dos metros. Nuestras protagonistas pudieron reconocer, sin em-

bargo, á Ricardo y Alfredo en dos jinetes que buscaban la salida por entre los claros que dejaban los coches.

—Se despejó la incógnita—murmuró Enriqueta.

—¿Qué incógnita?

—La súbita desaparición de tu amigo.

—Lo es tuyo también, si te refieres á Alfredo.

—Bueno; mío y tuyo; no hemos de pelearnos por eso. El caso es que tenemos ya explicada su conducta.

—Lo dices por la compañía de Ricardo...

Naturalmente. ¿No ha sido él siempre, el moderador por excelezcia de su entusiasmo?

—El entusiasmo que has inventado tú.

—Sí; que he inventado yo; como sin duda he inventado también las temporadas que tienen Vds. en todas las partes donde se encuentran.

—Porque somos buenos amigos, Enriqueta, y nada más. Convéncete. No ha habido, no hay, no habrá otra cosa entre nosotros.

Enriqueta miró á su amiga sorprendida: en los días anteriores su broma había sido recibida por ésta con frases que si no equivalían á una aceptación, tampoco importaban un rechazo y la mostraban en cambio satisfe-

cha y hasta complacida. Iba á preguntarle el por qué de tan repentina variación, pero se distrajo con el espectáculo que tenía por delante y se olvidó.

Obra de Ricardo había sido en verdad la retirada de Alfredo, mas no por la razón que le atribuyó Enriqueta.

Se recordará que los dos jóvenes habían visto interrumpida la armonía de sus relaciones, por una broma que se le escapó á Alfredo á los postres de un almuerzo de que tienen noticia nuestros lectores. Desde entonces los dos amigos no se veían, á pesar de la proximidad de los exámenes generales que marcarían para ambos la hora de su incorporación al gremio de exprimidores de la ley y los códigos. Así á Ricardo como á Alfredo contrariaba sobremanera esta separación; y ambos deseaban de todo corazón una circunstancia propicia que les permitiera hacer las paces. Aquel día se encontraron por primera vez en Palermo. Se saludaron con frialdad y siguieron sin hablarse á distancia de pocos pasos. De pronto Alfredo, que iba delante, haciéndose el distraído se puso á la par; Ricardo continuó callado. Miróle el joven con insistencia, y nada: los ojos de Ricardo esta-

ban fijos en la fila de coches del lado opuesto. Alfredo que no quería dar su brazo á torcer hablando primero á su amigo, pero que no se conformaba tampoco con que siguieran ambos distanciados, recordó entonces que entre los conocimientos fuera de programa que adquiriera en la escuela primaria, figuraba el alfabeto mudo, y oprimiendo suavemente el brazo de su compañero, quien volvió al instante la cabeza, preguntólo por señas cómo estaba su familia. Ante aquella imprevista y original interpelación. Ricardo sintió que desaparecía de su semblante la seriedad; y como repitiese Alfredo su pregunta en la misma forma y con gravedad de milord:

--Bien, bien, gracias—contestó. Y echóse á reir.

Sólo entonces despegó Alfredo los labios, y fué para decir con solemne acento:

—Tú has hablado primero, lo que significa que quieres la paz. Noble soy y la acepto. Aquí tienes mi mano.

Y se la tendió.

En ese momento, detenida la fila de coches de la derecha, observó Ricardo que iban á pasar por delante de Enriqueta y Lucia; y recordando sin duda la broma de su amigo que tanto le fastidiara, propuso á Alfredo que

invirtieran el orden de marcha. ¿Cómo podía negarse éste á complacerle, á raíz de la reanudación de la interrumpida amistad? Dió vuelta, pues, con Ricardo, y ya no vió á Lucía hasta que ambos pasaron por su lado, al retirarse.

Mientras tanto, ¿qué era de la vida y qué suerte habían corrido los proyectos de la señora de Perez Gonzalez?

Es ya hora de que nos informemos.

La madre de Enriqueta había tenido tiempo de realizar todo el programa de sus fiestas de beneficencia. La kermese ya estaba clausurada, habiendo confirmado, en cierto modo, el resultado pecuniario de los últimos días, los cálculos que hiciera la distinguida Presidenta cuando surgió ante su vista, como pavorosa visión, la posibilidad de un fracaso. Los beneficios no alcanzaban á los diez mil pesos que deslumbraran tan de improviso á la señora de Rodríguez, pero sí á la mitad de dicha suma con más un excedente de dos centenares de pesos.

La Sociedad Protectora de la Orfandad podía salir, pues, con ese refuerzo que llegaba á su Caja, de algunos aprietos que tenían preocupada á su Comisión Directiva, como ser el pago de la penúltima cuota, ya muy próxima

á venderse, de un terreno adquirido en Barracas para el edificio propio en que la señora de Perez deseaba ver instalada á la sociedad. Este compromiso era tanto más apremiante, cuanto que el terreno había sido cedido con una reducción de importancia en su precio y con todo género de facilidades para el pago, por la logia masonica «Luz y Progreso», que lo poseía en propiedad. Era «Venerable» de esta logia D. Joaquín Rodriguez, el mismo que acababa de añadir á los importantes servicios que prestara gestionando de sus cofrades aquella concesión, el donativo que tenía prometido á la señora de Perez; donativo que ésta se había apresurado á agradecer, dando testimonio escrito de la simpatía que le inspiraba el espíritu generoso que mostraba poseer la referida logia, «al contestar así con el argumento de los hechos al palabrero de sus detractores».

«ra de esta donación que se había originado la disidencia mayor que registraba en sus anales la Sociedad Protectora de la Orfandad.

La señora de O'Donnell, que formaba parte de la Comisión Directiva, comenzando por proponer el rechazo de aquel dinero en vista de los términos ofensivos para los sentimientos católi-

cos en que venía redactada la nota que lo acompañaba, habíase determinado, al ver que su moción no triunfó, á levantar una protesta que habían suscrito más de la mitad de las socias.

La señora de Perez extrañaba tanto más la actitud de la madre de Ricardo, por cuanto algunos días antes había tenido ella ocasión de ayudarla en una empresa caritativa que interesaba en sumo grado á la señora de O'Donnell. La mujer depositada por Ricardo en la comisaria la noche de la fiesta, había sido tomada como costurera por la madre de Enriqueta, más que por necesidad, por acto de complacencia para con su amiga, que había recorrido en vano todas las agencias de colocación.

Por otra parte, la señora de Perez González no creía razonable el pretender que todos tuvieran la misma manera de juzgar los acontecimientos históricos; y así, no se consideraba obligada á ejercer funciones inquisitoriales respecto de la nota que había acompañado al donativo, cuyos términos eran los siguientes:

« Señora Presidenta de la Sociedad
« Protectora de la Orfandad. Tengo
« el honor de dirigirme á la señora
« Presidenta remitiéndole la suma de

« mil trescientos pesos moneda nacio-
« nal, recolectados en las fiestas y el
« banquete con que la logia «Luz y
« Progreso» conmemoró el 20 de Se-
« tiembre último la vuelta de Roma
« al seno de la madre patria. Ningún
« destino mejor para ese dinero, que
« hacerlo servir en beneficio de la
« niñez desvalida, vinculando así la
« idea de la gran causa que libró á
« los italianos de una servidumbre se-
« cular, con el sentimiento nobilísimo
« de la caridad, que predicara y
« arraigara en la humanidad la pala-
« bra venerada del que dijo: *mi reino*
« *no es de este mundo*. Aprovecho la
« oportunidad para presentar á la se-
« ñora Presidenta el testimonio de
« toda mi consideración.—*Joaquín Ro-*
« *driguez*»).

Por eso, cuando en la primera se-
sión de la Comisión Directiva la señora
de O'Donnell manifestó que esa nota
importaba un bofetón á las conviccio-
nes católicas de todas las allí presen-
tes, la señora de Perez no fué dueña
de disimular su desagrado. ¿En qué
podía oponerse á la creencia en Dios
y la inmortalidad del alma el donati-
vo de que se trataba? La fiesta en
que se había recolectado ese dinero
era combatida, en verdad, por muchos
católicos; pero ¿no la celebraban, en

cambio, muchos también que son infaltables á misa los domingos y días de fiesta? Además, era necesario reconocer, á juicio de la misma señora, que no siempre la Iglesia había tenido á la razón de su parte en las cuestiones que no afectaban intrínsecamente á la Fe; y así, en el caso que las preocupaba, más de orden político que religioso, ¿por qué había de inclinarse el mundo á ciegas en favor del Pontificado? Las sociedades de caridad, por otra parte, debían sustraerse, en su concepto, á estas cuestiones, que llevan á los ánimos la agitación y el apasionamiento. La señora de Perez concluyó declarando que ella era más católica que el Papa, pero no creía conveniente ni digno de una sociedad formada por señoras bien educadas, el procedimiento de devolver el donativo propuesto por la distinguida consocia que la había precedido en el uso de la palabra.

Ya tenemos noticia de lo que sucedió después: puesto á votación el punto, la mayoría de la Comisión Directiva se pronunció en favor de la tesis sostenida por la Presidenta, dando lugar á la renuncia inmediata y en masa de las señoras que constituían la minoría.

Lo que no hemos dicho aún, ni lo

sabían tampoco las amigas de la señora de Perez, es que la logia «Luz y Progreso», enterada de la disidencia surgida, acababa de remitir á la Presidenta y las señoras que la acompañaron con su voto, unos diplomas de gran tamaño y vistosas guardas litográficas.

Eran el testimonio de haber sido nombradas todas ellas, por aclamación, socias honorarias de la logia «Luz y Progreso».

La señora de Perez había recibido este presente, en momentos que Enriqueta le pedía se arreglara para acompañarla á Palermo. Pretextó una indisposición, nada extraña, por cierto, dados los múltiples quebrantos que venía padeciendo su salud, y Enriqueta fuése entonces con Lucía.

Cuando la distinguida Presidenta se vió sola, encerróse en el escritorio con los diplomas y se dió á reflexionar. El Sr. Rodríguez debía haberse propuesto, sin duda, alentarlas y halagarlas con aquel obsequio, pero en verdad que las comprometía en una aventura nada seductora. ¡Masonas honorarias! ¿Tendrían razón entonces las señoras que habían creído descubrir en el donativo setembrino una celada

habilidoso? Ella no tenía inconveniente en aceptar subsidios de la logia del Sr. Rodríguez, porque al fin opinaba que la caridad no reconoce fronteras; mas aun, descartando las exageraciones con que, á su juicio, estigmatizaban á los masones los católicos, siempre resultaba la masonería una asociación misteriosa cuyos actos no tendían, por cierto, á la difusión de la Fe ni á la multiplicación de sus triunfos. ¿Cómo entonces se atrevía el señor Rodríguez á iniciarlas en la secta, infiriéndoles la ofensa de poner en duda la sinceridad de su catolicismo? La señora de Perez, seriamente disgustada, miraba y remiraba los diplomas y maquinalmente se le iban los ojos hacia la estufa inmediata, donde ardía un fuego tentador. Pero... ¿si se llegaba á saber? ¿Tenía ella derecho acaso para interceptar á las demás señoras un documento de esa naturaleza? Las reflexiones tomaron en seguida otro giro. Realmente se extralimitaría ella de sus atribuciones, arrojando á las brasas los diplomas; mas no le quedaba otro recurso para salvar de la disolución á la sociedad. ¡Ahí era nada lo que podía resultar del conocimiento de aquella masónica distinción, por las hábiles señoras que encabezaban la resistencia á la política

iniciada con la admisión del donativo!

La señora de Perez comenzó sin más vacilaciones á convertir en menudos fragmentos los diplomas de que hablamos; fragmentos que iban á parar poco á poco á la estufa. Cuando concluyó su tarea, levantóse y se puso á observar por sí misma si el fuego había realizado su deseo á plena satisfacción. De esta suerte permaneció hasta que no quedó entre las brasas la menor huella de la sentencia que acababa de ejecutar. Sólo entonces descansó volviéndose al sillón en que ejerciera de juez, donde tranquilizada ya su conciencia quedóse muy luego profundamente dormida.

Cualquiera que hubiera podido observarla en esa actitud, habría encontrado materia para un cuadro que se titulara *El sueño del justo*.

El semblante de la señora de Perez reflejaba, en efecto, la paz y el contento de las almas que llaman lirios de los valles los cantores de la virtud.

XIV

—A decir verdad, no sé propiamente cómo fué. Yo estaba conversando con varios amigos en el vestíbulo. Algocansado, pues no se resisten impunemente tres horas de valeses y *pas de quatre*, había resuelto retirarme. Sólo esperaba que salieras tú, que á pesar de tu promesa seguías *amurado* en el sofacito marrón....

Guillermo Perez Gonzalez, pues era él quien hablaba en la sala privada del departamento para su uso exclusivo de que disponía en su casa, callóse justamente á tiempo que entraba el sirviente con una bandeja de plata, una botella de Oporto y copas para tres personas. Guillermo no dió tiempo al criado á que llegara á la elegante mesita que se veía en el centro de la pieza; por su propia mano recibió todo, y esto con una presteza que no debía ser común en él, porque sorprendido el sirviente, y no oyendo el «está bien» con que le despidió su amo, quedóse en la actitud indefinible que caracteriza á los de su gremio

cuando no atinan con el procedimiento que les corresponde.

—¿No has entendido aún?—añadió Guillermo mirándole con seriedad— No te necesito ya.

Al criado no se le ocurrió otra cosa en su desconcierto que mostrar con timidez el tirabuzón que tenía entre las manos.

—Pues has podido ya dejarlo aquí y largarte—concluyó nuestro joven, arrebatárselo de entre las manos y poniéndolo sobre la bandeja.

Dos personas acompañaban á Guillermo aquella mañana. Gimenez, á quien dirigía él la palabra cuando fué interrumpido, y el Dr. Taboada, su colega en la Cámara de Diputados y compañero de proezas electorales.

Ambos pidieron al dueño de casa, vivamente interesados, que reanudara su relato. Este acercóse á la puerta, le echó llave y volvió á tomar la palabra.

—Todos Vds. conocen la distribución de la casa de Montemar. El comedor y los salones de recibo están frente á frente, separados sólo por el gran vestíbulo en que me encontraba yo en compañía de otros amigos. En la puerta del comedor estaba Ricardo completamente solo al parecer. Como mis amigos y yo mirábamos á las pa-

rejas que paseaban en la sala, todos dábamos la espalda al comedor. De pronto sentí yo un leve golpecito tras de la oreja y ví caer á mis pies uno de esos pequeños confites plateados que se usan como adornos de las pastas. Doy vuelta y observo que Ricardo apretaba los labios para no soltar la risa. Iba á pasar por alto la broma; pero Vds. saben que estamos distanciados, que me ha hecho marcados desaires y que se los he devuelto también, y que hasta en varias discusiones hemos llegado á cambiar palabras descomedidas. Sentí que la sangre se agitó dentro de mis venas, y sin poderme dominar fuíme hacia él y lo interpele. —«¿Has sido tú el autor de esa grosera broma?», le dije. «¡Qué broma?» me contestó. «¿Crees que te vas á burlar de mí impunemente? ¿por qué reías hace un momento?» «¡Cuándo?» «¡Cuándo! ¿no? Aprende, por lo menos, á dar la cara de frente». «Mira, Guillermo, déjate de tonteras y guárdate de insolencias conmigo, que no las aguantó de nadie, mucho menos de tí». Iba á contestar una barbaridad, cuando apareció Alfredo con su cara de pascuas y se confesó autor de la broma, manifestando que ni siquiera á mí me había dirigido el confite, sino á mi

compañero de la derecha, con quien tenía él ilimitada confianza. « Resulta, pues,—añadió el diablo de Alfredo— que todo es cuestión de puntería. De manera que si hay alguien perjudicado soy yo, que debo cargar con la fama de chambón. Por lo cual se me debe una reparación. Y esta reparación no puede ser otra que la renovación del espectáculo: ¡que se repita! ¡que se repita, sí, que se repita!» Y reía Alfredo al decir esto como si le hicieran cosquillas. Naturalmente, acabó por contagiarnos á todos: y restablecida la calma, yo creí apropiado, ya que todos los de la rueda nos íbamos á retirar, invitarlos á tomar chocolate. Fuimos, y es aquí que viene lo grave. Alguien le preguntó á Ricardo por qué había dejado de pertenecer á la redacción de *La Verdad*; y él contestó que por no agachar la cabeza á mezquinas imposiciones. Vds. saben la parte que me cupo á mí en la salida de Ricardo; se redujo á sólo manifestar el desagrado que me había causado una crónica que resultó hecha por Ricardo; el director lo llamó y como él se condujera con una soberbia inadmisibile en un subordinado, oyó cosas que no le gustaron y abandonó su puesto. Con ser casi nula mi participación en

aquel incidente, á mí me consta que Ricardo lo cree obra exclusiva mía; en lo cual, hablando en plata, no va del todo descaminado, pues á no haberse tomado en cuenta mi manifestación de desagrado es más que probable que hubiera procedido directamente. Creo tener razón para exigir que no se ataque á obras emprendidas por mi familia, en periódicos á cuyo sostenimiento he contribuido con buenas sumas.. Pero lo que á ustedes interesa ante todo es el incidente, ¿verdad?

—Es claro—replicaron todos.—Menos detalles, hombre.

—Contesté á la indirecta de Ricardo, que si estaba seguro de no haber autorizado él con su conducta los procedimientos de que se quejaba. Replicóme que esa pregunta estaba demás tratándose de hombres esclavos de su conciencia, como él. «La conciencia—dije—es muchas veces una máscara.» «Como la caballerosidad—contestó—consiste sólo á veces en tener el exterior de un *dandy* y los sentimientos de un *crápula*». «¡Miserable!» salté yo, comprendiendo el pérfido alcance de la frase y ciego ya por la ira. Y en el mismo momento sentí un golpe en la frente y un infernal ardor del chocolate que me salpicó por todas partes al dar instinti-

vamente el salto que me puso en guardia. Ricardo de pié y con los ojos inyectados en sangre, me esperaba amenazador, después de haber partido en mi cabeza la silla de esterilla que había á su lado. Es la tentación más grande á que he resistido en toda mi vida. Tenía revólver, y contuve el impulso de mi mano, que maquinalmente se me fué hacia atrás. Soy hijo de mi siglo, y no puedo ignorar que el terreno en que dirimen sus diferencias los caballeros, no es aquel en que se me provocaba. Lo manifesté así y... lo demás lo saben Vds, puesto que han acudido al llamado de mi carta. Sólo me resta decirles que tienen Vds. plenos poderes para concertar el lance como entiendan que lo requiere mi dignidad: si es posible á muerte y mañana mismo, mejor.

—Tu conducta no ha podido ser más correcta—repuso Gimenez—y eres sin género de duda el agraviado. Me parece, sin embargo, que podría tentarse una solución menos extrema.

—Nada: ya lo he dicho. El lance mañana mismo y á muerte. Una cosa es, Gimenez, juzgar estos incidentes como testigo y otra bajo el escorzo de una humillación, á que sólo pueden resignarse los cobardes.

Del lado de afuera de la pieza en

que se sostenía este diálogo, el criado acechaba por el ojo de la llave. Intrigado por la hora desusada de aquella reunión (las 7 1/2 de la mañana, en invierno) y por el interés que había demostrado su patrón en alejarlo, se propuso saber de lo que se trataba, aun cuando le fuera en ello su puesto. Cuando Guillermo dió su última contestación insistiendo en que el lance fuera á muerte, elevó un tanto el tono de la voz, lo que permitió al espía alcanzar toda la frase. El criado no quiso oír más, y abandonó su observatorio con el espanto pintado en el rostro. Aquel día ya se podía garantizar que San Bartolo haría de las suyas en la loza y cristalería de la casa. Porque era sabido: José no podía preocuparse de nada; parecía no pensar con el cerebro sino con las manos y las piernas, las cuales se le debilitaban en tales casos de modo tal, que platos ó fuentes que se fiaban á su pericia era casi lo mismo que fiarlos á un niño. Este peligro era tanto mayor cuanto que la vida de Guillermo iba á ser comprometida, y en los tres años que llevaba el criado al servicio de la señora de Perez había cobrado á su amo verdadero cariño, no obstante los malos ratos que solía proporcionarle su genio impaciente.

« Porque es bueno en medio de todo—
deciase á sí mismo José—nada más
que... vamos... las cosas del talento.»
El talento de Guillermo se había reve-
lado á José desde el primer día que
entró él á *la casa*, en la manera como
le recibió y cerró trato. José refería
aquello con viva satisfacción, siem-
pre que se le presentaba oportunidad.
El señorito escribía en la biblioteca
cuando él llegó, á los tres días de ha-
ber desembarcado en la dársena de-
jando tras el mar, en la vieja España,
la casuca y la mujercica de sus amo-
res. « ¿Cómo te llamas? » le preguntó
el señorito. « Sandalio Perales y Ro-
driguez. » « ¿Sabes servir? » « Verá
usté: no hice otra cosa desque salí de
las sayas de la mi madre. » « ¿Cuán-
to quieres ganar? » « En siendo cosa
de querer... vamos... Usía comprende. »
« ¿Te convienen cincuenta pesos? »
« Estoy en que no me disgusta, sí. »
« Pues ganarás sesenta si resulta que
sabes bien tu oficio. » Sandalio sintió
que se le derretía el corazón ante ese
inesperado favor, y ya presumió que
el señorito le iba á ganar el alma.
« Bueno—añadió el dueño de casa—ve
ahora y entiéndete con la señora. Oye.
Olvida tu nombre de Sandalio; desde
hoy te llamarás José, ¿entiendes? »
« En lo mismo me llamo... sí Usía... »

«Nada: José he dicho, como se llamaba tu antecesor, y como se ha llamado aquí todos los mucamos.» Desde entonces Guillermo contó con un corazón que le respondía ciegamente; corazón que presintiendo en el amo algo grave, había llevado á su dueño hasta vencer las repugnancias de su característica honradez, decidiéndolo al espionaje.

Entre tanto, Ricardo recibía en su casa la visita de Alfredo; la primera acción del cual, no bien le vió, fué darle un fuerte abrazo, que explicó en esta forma:

—¡Te has portado! Bien hombre, bien. Es así como se pone á raya á los tipos. Te hubiera abrazado allí mismo, á no estar preocupado con la risa que me ahogaba viendo á Guillermo. ¡Qué cara! Chocolate en el cuello, en el bigote, en el pelo, en el frac... y todo pegado como plasta... ¿Te fijaste?

—¡Como para fijarme en eso estaba yo!

—Es verdad. ¡Y qué aspecto el tuyo! Fuego en los ojos, rayos en las manos, hórrida tempestad en el semblante... La estatua de la ira...

—Estaba realmente fuera de mí: lo hubiera muerto sin trepidar á la primera atropellada.

—¡Lástima! Naturalmente lo digo por Mirás: porque el entierro habría sido de primera, me parece. Y yo habría podido *encajar* mi discurso.

Alfredo tenía, en efecto, archivado entre sus apuntes de estudio, un discurso que escribió sobre un compañero arrebatado tres meses antes á la vida en la flor de la edad. Una fuerte y repentina descomposición le impidió pronunciarlo, y aunque la pérdida prematura de aquel joven le afectó profundamente, con su genio chacotón pronto dió en decir que estaba á la pesca de otro muerto conocido, para que no quedara ignorado el derroche de talento encerrado en aquella pieza inédita.

Ricardo pasó por alto la broma, y probablemente ni la oyó. Se veía que estaba preocupado con reflexiones de orden muy diverso.

—¡Cómo desciende el hombre—dijo de pronto—y qué fácilmente confirma que la razón y la voluntad son nada, cuando la brutalidad de los instintos grita y manda!

—¿Por quién lo dices?

—¡Por quién ha de ser sino por mí! Me avergüenzo de mí mismo, créeme, al recordar que he procedido como cualquier patán de los que pululan en mercados y pulperías. Y sin embargo, no

puedo arrepentirme. Mi razón me dice que he procedido mal; pero del fondo de mi alma sale una voz que á su vez protesta, clamando: «no tenías otro recurso.»

En ese momento sonó el timbre de la puerta de calle. Ricardo y Alfredo se miraron como presintiendo algo. La sirvienta apareció en seguida con dos tarjetas en la mano.

—Taboada y Gimenez—murmuró Ricardo, leyendo.

Y añadió en seguida:

— Que pasen.

XV

Gimenez y Taboada no se detuvieron mucho en casa de Ricardo; media hora apenas. De allí se trasladaron nuevamente á lo de Guillermo, con quien conversaron breves minutos. Cuando se retiraban cruzáronse con el gallego sirviente, que salía del comedor, el cual, deteniéndose en el patio, se quedó mirándolos. No bien se perdieron de vista llevóse el criado la mano á la cabeza en la actitud de quien cavila y siguió hacia la antecocina, de donde no tardó en volver con el mismo aspecto de preocupación.

El buen Sandalio, aparte la dolorosa inquietud en que lo habian puesto las palabras que escuchara por la mañana, luchaba contra dos poderosos y opuestos impulsos: uno que le impelia á presentarse ante la señora de la casa y, comunicándole su secreto, hacer que sacara á su amo del peligro en que se hallaba; otro que le tiraba de la lengua cada vez que veía al cocinero ó á la mucama y le ponía

á punto de sucumbir á la tentación de desembuchar lo que había oído.

Para lo primero le faltaba valor: meditándolo, concluía por resolverse á decírselo todo á la señora, pero no bien iba á poner en práctica el pensamiento, sentía que le flaqueaba el ánimo. El había obrado al fin y al cabo como un espía; podía con su propia confesión atraerse la expulsión de aquella casa, en la cual se hallaba tan bien.

A lo último había resistido hasta entonces, eludiendo, contra su costumbre, toda conversación con sus compañeros, temeroso de que una vez en la pendiente no bastase su voluntad para contenerle. Empero no logró sin duda mantenerse en esta actitud, porque algún tiempo después la mucama acercóse á la mujer recogida por Ricardo la noche de la kermese, ocupada, como se recordará, en quehaceres de costura por la Sra. de Perez Gonzalez, y la dijo:

—¿Ya sabrá Vd. la noticia, no?

—¿Qué noticia?

—Esa de la pelea.

—¿Qué pelea?

—Caramba. ¡No había sabido Vd. nada! Sin quererlo, me he puesto en un compromiso. Me habían hecho prometer que guardaría el secreto...

—Pero, hija de Dios, si era un secreto, mal podíamos conocerlo todos.

—Tiene Vd. razón. Soy una torpe. Pero todo puede arreglarse, pues Vd. no ha de ser lengua larga. El niño Guillermo parece que ha tenido una cuestión y lo han herido ó lo van á herir: no sé cómo es, porque á ese enrevesado de John no hay quien lo entienda.

—Lo que es herido no está, pues hace un momento salió de su pieza completamente sano.

—En fin, lo cierto es que han sucedido cosas raras: hoy tempranito, como á las siete, con un frío que todos tiritábamos, estuvieron con él más de una hora el niño Gimenez, el doctor Taboada y otro señor que no conozco.

—¿Hoy á las 7?—preguntó como alarmada la confidente.

—Sí.

—¿Y se fueron á las 8?

—Más ó menos.

—Veinte minutos... las 8 1½... sí, no hay más.

—¿Qué dice Vd.?

—Nada: pensaba en mis pobres hijos—respondió semiturbada la costurera.

—¿Se han enfermado?

—Nó; están bien, gracias á Dios;

pero, dígame, ¿por quién ha sabido eso John?

—Por José.

—Hay que averiguar entonces lo que pasa: vamos á verlo.

—Aguárdese aquí no más: yo lo llamaré; pero no olvide que se trata de un secreto; hágase Vd. la que no sabe nada...

—Descuide Vd.

La entrevista no fué muy larga. José esquivó al principio el tema á que se le quería conducir, mas hubo de convenir al fin con la costurera en que había sido una extraña visita la de esa mañana; en ese camino, no tardó á vuelta de algunos rodeos en acercársele misteriosamente, pedirle la mayor reserva para lo que iba á salir de sus labios y contarle cuanto sabía.

Justamente al concluir su relato se presentó Enriqueta en la pieza, con algunas prendas de costura. José hizo como que barría el polvo de los muebles con el plumero, y desapareció. Enriqueta dió algunas instrucciones á su costurera, advirtiéndole al terminar que procurara siempre alejar de allí al sirviente.

—Pierde él el tiempo—añadió—y se lo hace perder á Vd.

—Esta vez, niña, ha sido culpa mía

—respondió la costurera.—Yo lo llamé para hacerle unas preguntas. ¡Y lo que me afligen sus palabras! Yo no sé si decírselo á Vd., porque puede no ser cierto...

—Si es algo en que puedo ayudarla, cuente conmigo como siempre.

—Gracias, niña: no me he de olvidar así no más de lo mucho que le debo. Pero esta vez no se trata de mí, sino de Vd. misma.

—¡De mí!

—Sí, y de la señora, y de don Ricardo.

—¿Qué Ricardo?

—El hijo de la señora de la calle Corrientes. ¡Ay, niña! Yo no sé si decírselo....

—Hable Vd. por Dios de una vez; si es una desgracia, la está Vd. haciendo más dolorosa.

—No ha sucedido todavía, niña, según creo, pero puede suceder de un momento á otro. Esta mañana fui, como de costumbre, á la casa de don Ricardo, en busca de los bonos de pan y leche que me da la Conferencia de San Vicente de Paul por intermedio de la señora; esperando en el zaguán, frente á la puerta del escritorio, noté que adentro conversaban y oí una voz que decía: «Vd. ha sido el agresor y nos corresponde por tanto la elección

de armas». Y don Ricardo replicó: «Alfredo les llevará mi respuesta, como he dicho». De la pieza salieron en seguida el Dr. Taboada y el señor Gimenez. Me llamaron la atención las palabras que había escuchado sin querer, pero supuse se trataría de alguna broma. Llego aquí... y todo se liga de una manera... Niña, yo no sé, pero me parece que les amenaza á ustedes una desgracia. Fíjese lo que me ha contado José.

Enriqueta había oído sin alterarse á su costurera, y continuó oyéndola de la misma manera; pero bien pronto vióse cuánto había de aparente en aquella serenidad.

Las referencias que hizo á continuación la costurera, fueron demasiado rápidas para que no quedaran oscuros algunos detalles; la niña hubo de pedir aclaración, y al hacerlo, su voz la traicionó con un temblor anormal.

Una vez enterada de todo, no le cupo duda: estaba de por medio uno de esos lances que llaman de honor.

Darse cuenta de aquello y pensar en la manera de evitarlo, fué todo uno. Ocurriósele como primera idea hablar á Guillermo y exigirle, pedirle, rogarle que desistiera; empero comprendió en seguida que todo sería inútil: las ideas y el carácter porfiado de su her-

mano, condenaban de antemano al fracaso cualquier tentativa en ese sentido. Recordó que Ricardo parecía no haber dado contestación definitiva, que acaso sería posible impedir la aceptación del reto; mas ¿cómo? ¿por quién? Su mamá estaba delicada de salud, y debía ignorarlo todo. Por otra parte, Ricardo tenía por delante al mundo, que le exigía, so pena de su desprecio, que no pasara por flojo. ¿Y era prudente hacer un pedido semejante á un hombre como él, activo, dominante, consentido, orgulloso...

—Siempre lo mismo—exclamó con desaliento Enriqueta á raíz de estas reflexiones, que pasaron en pocos segundos por su mente.—Siempre Ricardo en todas nuestras angustias. ¿Por qué le hemos conocido, Dios mío? ¿Por qué no ha nacido lejos, en la Pampa, en Europa?

—Niña, es una injusticia—replicó la costurera secando unas lágrimas que se deslizaron de sus ojos;—don Ricardo no puede tener la culpa; él más que nadie siente esto, estoy segura, porque tiene un corazón de oro.

—No me diga nada, hágame el favor, lo conozco bien: un egoísta, un metido.....

—Niña, Vd. no puede sentir eso que dice; Vd. es buena; á don Ricardo le

debo yo todo; por él no estoy en la Chacarita; por él tienen mis hijos pan y yo conchavo. Fué él quien me recogió en la calle muerta de frío y hambre, ese que yo no le podía nombrar, niña, porque me había hecho jurar que no lo diría y, Dios me perdone, se me ha escapado.

La pobre mujer miró fijamente á Enriqueta al decir esto: los ojos de la niña estaban húmedos y brillantes.

—Vd. habla así porque está afligida—continuó.—Porque la situación es tremenda: si muere el niño, su hermano, ¡qué desgracia! si don Ricardo...

— ¡Mamá!—gritó con desesperación Enriqueta sin poderse dominar, cayendo al mismo tiempo sobre un sofá afligida por lo que había hecho.

Al ruido de una silla que caía y el de una puerta estrellada al abrirse contra su pared lateral, siguió casi inmediatamente la aparición de la señora, la cual corrió hacia su hija agitada y temblorosa por el susto.

XVI

La señora de Perez sufrió en seguida un fuerte ataque de nervios y tuvo que meterse en cama. Enriqueta estaba que no sabía lo que le pasaba: ¿por qué había gritado, sin necesidad, y conociendo, como conocía, el delicado estado de la salud de su mamá? Reconocíase culpable de todo, y esto, naturalmente, la afligía. Por fortuna, algunos calmantes de los que tenía recetados la señora para casos como aquél, volviéronla á su estado normal al cabo de una hora. Empero esto trajo consigo una dificultad en que no había pensado Enriqueta, y que le plantearon de improviso las primeras preguntas de su madre. ¿Explicaría á ésta lo que había producido su angustioso llamado de poco antes, ó inventaría un motivo cualquiera? Optando por lo último, que á primera vista parecía lo mejor, ¿cómo evitar el lance funesto que se tramitaba, y cómo dar después á la señora la noticia, sea que vencieran á Guillermo ó que cargara él con una muerte sobre su

conciencia? Esta perspectiva produjo en la niña el mismo desconcierto que cuando le fué presentada por su costurera. Sintióse impotente para proceder por sí sola, arrojóse sobre el lecho y contó á su madre lo que sucedía.

A la señora no se le contrajo un solo músculo ni lanzó una queja; antes por el contrario, después de reflexionar un momento expresóse con tal confianza sobre la posibilidad de impedir el desafío, que la hija no pudo menos que sentir vivamente confortado su corazón.

—¿Ha venido Guillermo?— preguntó luego.

—No, mamá; y lo peor es que quien que quién sabe si vuelve hoy.

—Vendrá. Es temprano todavía. Mientras tanto, procura tú no pensar más en esto, que corre de mi cuenta.

—Sí, mamá.

—Y ahora, déjame. Me pesa mucho la cabeza y quisiera dormir.

No bien Enriqueta salió de la pieza, la señora arrebujóse hasta el cuello con las cobijas y entornó los ojos. Estos comenzaron á humedecerse poco á poco y á dejar correr hilos de lágrimas, como para que no cupiera duda acerca de los pensamientos que agitaban á su dueña.

Más tarde, cuando las luces anunciaron que había concluido el día, sonó el timbre del dormitorio de la señora. Enriqueta acudió al instante.

—¿Vino?—preguntó aquélla.

—No, mamá; y hemos concluido de comer.

Pasó otra hora sin que apareciera Guillermo: la señora daba ya muestras de inquietud. Cuando sonaron las 8 1/2, pidió su ropa y comenzó á vestirse. Enriqueta la ayudó sin preguntarle una palabra. Una vez lista, ordenó trajeran un coche de plaza. Mientras esperaba, Enriqueta acercóse á ella y la dijo:

—Hace tiempo, después de un disgusto que tuvimos, me hizo una manifestación que puede ser le haga efecto, si se la recuerdas.

—¿Por quién lo dices?

—Por Ricardo.

—Y ¿cómo sabes que voy á su casa?

—Lo suponía.

—¿Y decías que te dijo...?

—Fué en momentos que yo le enrostraba algo que me hacía creer que era de aquellos amigos que tenían dos caras. Me contestó que en adelante no sería amigo mío para el mundo ni para mí misma; pero que si algún día, én horas desgraciadas,

necesitaba un corazón leal que me respondiera sin reservas, una sola palabra que le hiciera llegar me demostraría que mis reproches eran sencillamente una injusticia. La primera parte de su respuesta la ha cumplido: no me ha hablado una sola vez desde entonces, como no haya sido para saludarme. La segunda parte es más difícil, pero en fin, pudiera ser...

—¿Tú le tomaste entonces la palabra respecto al compromiso?

—No, mamá; no contesté nada. Yo había creído que se pondría furioso con lo que le dije y me salió... con eso.

El criado se presentó poco después anunciando que estaba en la puerta el coche. La señora dió un beso á su hija y salió.

Llegó á la casa de Ricardo dando las 9. Llamó, y Ricardo en persona asomóse por la puerta del escritorio que daba al zaguán.

La turbación del joven fué manifiesta. No atinaba hacia dónde dirigir á la inesperada visita.

—Mamá no puede tardar en llegar —dijo al fin, invitándola á pasar adelante.—Media hora de espera tendrá Vd., á lo sumo.

—No es á su mamá á quien vengo á ver—contestó la señora.—Vd. lo sabe

perfectamente. Sólo el verme aquí después de lo que ha pasado entre nosotros, ha de haberle indicado que estoy al cabo de todo y resuelta á todo.

—Bien, señora, bien; pero hable Vd. bajo; pasemos á la sala.

—¿Está Vd. con amigos?—añadió la madre de Enriqueta señalando la pieza de que acababa de salir el dueño de casa.

—No, señora; completamente solo.

—Pues aquí estamos bien.

La señora entró sin más en el escritorio. Ricardo la siguió perplejo y sin saber qué partido adoptar. No bien éste cerró la puerta, aquélla, sin tomar asiento, expresó de esta suerte:

—No vengo á pedir á Vd. nada que esté fuera de su alcance. Quiero sólo que, recordando que soy una madre, me conteste á estas preguntas: ¿qué día, á qué hora y en qué paraje tendrá lugar ese duelo... ese crimen, Ricardo, en que no sé cómo consiente Vd?

La señora se detuvo aquí, sintiendo que le temblaba la voz. El joven la hizo sentar, y contestó:

—No conozco el día ni el paraje á que se refiere Vd., ni he consentido en nada que pueda reprochárseme: doy á Vd. mi palabra de honor. Como le aseguro también que, aun deseándolo,

no podría responder á sus preguntas, si estuviera en condiciones de hacerlo.

—Ricardo; yo no estoy acostumbrada á rogar á nadie, pero por favor no me conteste así. Compadézcame. No le pido á Vd. que desista, no le exijo sacrificio ninguno; le pido un dato, nada más. Y me hará Vd. el mayor de los servicios. Servicio que no se lo pagaré con la gratitud de toda mi vida.

—Señora: lo siento de corazón, pero nada más puedo decirle.

—Está bien. Me iré con un nuevo desengaño. Arrepentida una vez más de haber creído en sus promesas y en su lealtad.

Al decir esto, la señora se levantó y trató de abrir la puerta; pero Ricardo se lo impidió con un movimiento rápido, al mismo tiempo que objetaba:

—Es Vd. injusta, señora. Otro en mi lugar habría tenido para su pedido esta simple respuesta: nadie mejor informado de lo que sucede que su hijo de Vd.; es á él á quien debe dirigirse, porque sólo una madre puede permitirse pedir á un hombre que revele...

—Ya lo sé, Ricardo; no siga Vd.; si he venido es desesperada, porque no he podido encontrar á Guillermo, y confiada en que Vd. me perdonaría.

—Por otra parte, yo le he contestado á Vd. algo, lo que podía; y lejos de apreciar Vd. mi comportamiento ha llegado hasta tildarme de desleal. Señora: no podía Vd. esperar de mí más de lo que ha obtenido; yo no tenía con Vd. compromiso alguno...

—Conmigo nó, es cierto; pero esto no sólo me interesa á mí; una madre, en un caso como el mío, representa también á su hija. Yo he venido aquí conociendo promesas empeñadas por Vd. para el caso de una situación desgraciada. Esas promesas no se han cumplido: no es culpa mía que la falta se llame como se llama.

Ricardo guardó silencio. Evidentemente le había hecho efecto la respuesta. Decidiéndose al cabo, repuso:

—Jamás me he comprometido á nada que importe poner á los pies de otra persona mi dignidad: permítame, pues, que descarte el recuerdo que invoca Vd.

La señora de Perez, sin insistir más, se puso á leer los títulos de los libros hacinados en la biblioteca.

—¿Tardará mucho su mamá?—preguntó de pronto.

—Ya debía estar aquí: fué á un casamiento anunciado para las 8.

—La esperaré entonces. Mientras tanto.... Escribía Vd., me parece, cuan-

do yo llegué.... Me dará una prueba de confianza, para mí muy de apreciar, si continúa.

El joven ocupó su asiento ante el escritorio y cogió la pluma; pero pasaron cinco minutos y no había trazado un solo rasgo. Su mente estaba preocupada con la actitud de la señora de Perez Gonzalez. ¿No había dicho ella, al principio, que la visita, era exclusivamente para él? ¿Cómo y á qué entonces, aquella espera? ¿Pretendería complicar las cosas, haciendo apoyar su pedido por la propia madre de él? A este pensamiento, Ricardo levantó instintivamente la vista, y miró á la visitante: sentada en un sillón la Sra. de Perez, paseaba sus ojos de los cuadros de celebridades á los de diplomas honoríficos que colgaban de las paredes. El joven notó que su movimiento no pasó desapercibido para la señora; la cual procuró, no obstante, hacerse la distraída, al mismo tiempo que sus labios dibujaban una muy fina sonrisa. Ricardo la conocía muy bien: esa sonrisa era siempre un grito de guerra en boca de la señora; denotaba por una parte desprecio por los obstáculos que se oponían á la realización de sus propósitos, y por la otra seguridad de que sabría luchar y vencerlos. Se puso,

pues, en guardia desde luego, pidiendo disculpa á la señora por tener que retirarse á causa de una cita á la que no debía faltar.

—Avisaré adentro—añadió—para que la acompañen, si es que desea Vd. esperar á mamá; aunque presumo que no habiendo venido ya, ha de tardar.

—Cómo! Media hora á lo sumo me dijo Vd., cuando llegué, que demoraría; y ya ve Vd., no hay por qué perder la esperanza; faltan aún diez minutos....

La señora, al decir esto, mostraba un magnífico cronómetro que señalaba las 9 y 20.

—Perfectamente—repuso Ricardo al instante, bien que algo desconcertado.—Queda Vd. aquí como en su casa.

—Gracias.

—Sin embargo, creo de mi deber hacerle presente que estoy completamente á su disposición por si prefriere evitarse esta espera dejándole dicho algo á mamá....

La visitante inclinó levemente la cabeza.

—Y ella misma—insistió Ricardo—estoy seguro de que pasaría por la casa de Vd. con el mayor gusto á la menor indicación de Vd., que yo podría transmitirle....

—Lo sé: es muy buena y atenta su mamá.

A nuestro amigo no quedó más recurso que comenzar á guardar bajo llave los papeles que tenía sobre el escritorio; luego que hubo terminado, cogió su bastón y su sombrero y acercóse á la señora para despedirse.

—Advierto á Vd.—dijo en voz baja al tender su mano—que mamá ignora todo cuanto se relaciona con... con lo que la ha traído á Vd. aquí.

—Lo suponía.

—Y no habría para mí disgusto comparable al de verla angustiada por este incidente.

—Quiero creerle; pero.... Vd. no pone empeño de su parte para evitarse ese desagrado; antes al contrario....

—Señora: por favor, no sea Vd. despiadada. La resolución que yo adopte, nada ni nadie la modificará. Poniendo á mi madre en antecedentes, sólo se conseguiría aumentar el número de los corazones afligidos.

—Mi resolución es irrevocable. O se compadece Vd. de mí, ó no me compadezco yo de Vd., y sufrirá su mamá lo que sufro yo.

—Bien, señora—exclamó Ricardo, dejando sobre la silla más cercana su sombrero y su bastón, los que cayeron al suelo en seguida, revelando la nerviosidad de la mano que allí los colocara—sabrás Vd. lo que desea. Pero

no me haga cargos, si en el hijo que es su orgullo encuentra Vd. un alma despreciable.

Al decir esto, Ricardo abrió el cajón central de su escritorio, sacó de allí varias cartas y entregó una á la Sra. de Perez, con esta explicación:

—Fué mi primera contestación al reto de Guillermo.

La señora se acercó á la luz y leyó :

« Estimados amigos : Como víctima
« de maquinaciones que debían suble-
« var mi dignidad, al recordar lo de
« anoche encuentro disculpa á mi
« arrebató : mi persona venía de tiempo
« atrás siendo hostilizada y deprimida ;
« la paciencia se me acabó, y estallé
« Como hombre educado y culto, no
« puedo menos que reprocharme lo
« hecho. Debí contenerme ; si el des-
« gaste hacía débil la cuerda con que
« había maniatado mi genio violento,
« debí reforzarla. Procedí como un
« mozo de cordel. Lo reconozco. Y
« en pena de haberme dejado guiar
« por un impulso de la bestia que ruge
« dentro de todos nosotros, pero que
« todos también tenemos el deber de
« dominar, me impongo la humillación
« voluntaria de pedir se me perdone
« cristianamente.

« Empero, con suficiente luz en el

« entendimiento para comprender que
« la caballerosidad y la nobleza están
« en el corazón, y no en la punta de
« un florete ó la boca de una pistola ;
« —de manera que no por morir un
« hombre ó por dar muerte á otro, ad-
« quiere más razón de la que tenía,
« si la tuvo, ni deja de ser falso y
« ruin quien ruin y falso fué—no
« puedo aceptar la invitación que me
« hacen Vds. á designar padrinos que
« concierten, en mi representación, las
« bases de un lance contra el cual,
« además de mi razón, protestan las
« leyes sagradas de mi Fe.

« Es cuanto tengo que decir.

« Sin otro motivo, soy de Vds. affmo.
« y S. S.».

La señora devolvió á Ricardo la carta vivamente impresionada, pero sin decir una palabra.

—Vea Vd. ahora—añadió Ricardo— la contestación que mereció á su hijo de Vd.

La señora vaciló antes de aceptar el papel que le alcanzaban ; pero, decidiéndose, leyó :

« Mi querido Taboada :

« He considerado siempre á Ricardo
« capaz de todas las hipocresías, ex-
« cepción hecha de la hipocresía del

« valor. Francamente, lo creía bastan-
« te *hombre* para sostener sus provoca-
« ciones con el cuero.

« La carta con que ha respondido
« á tu demanda me obliga á modifi-
« car radicalmente este último con-
« cepto.

« Es una carta de aquellas que sólo
« pueden suscribir los hombres á
« quienes ri la vergüenza les queda
« que perder.

« Implora perdón y rehusa batirse.
« Las dos cosas que definen á un co-
« barde.

« Esa carta revela, además, una
« cortedad de alcances intelectuales
« que es para mí, respecto de Ricar-
« do, otro desengaño.

« Ni siquiera puedo considerarlo
« medianamente ilustrado, después de
« su respuesta.

« No ha visto todavía lo que ven
« los mismos que se pasan la vida
« papando moscas: que no son com-
« patibles con los adelantos de este
« gran siglo las rancias doctrinas que
« hicieron de la humanidad, en los
« tiempos del oscurantismo, un haci-
« namiento de estúpidos.

« En ese camino va Ricardo, si un
« alma caritativa no se compadece
« de él y lo desvía.

« Entre tanto, me harás tú el favor

« de hacer llegar á Ricardo esta carta, advirtiéndole que si aun así persiste en esquivar la responsabilidad de sus actos, le estropearé á punta-piés donde lo encuente.

« Tu affmo. »

La madre de Guillermo se quedó tan pálida al concluir esta lectura, que Ricardo se le acercó temiendo que se descompusiera; mas no tardó ella en decir: « sólo ha sido un vahido; ya pasó », á lo que agregó poco después, entrando de nuevo en materia:

—Me falta ahora conocer lo principal: la resolución definitiva de Vd.

—Por decidirme estaba cuando Vd. llegó.

—Luego esa carta que Vd. escribía...

—Es la segunda respuesta que he borroneado. No sé aún si la preferiré á la que escribí á raíz del reto.

La señora, faltando por vez primera á las reglas de buena crianza, apoderóse súbitamente, al oír esto, del pliego que se veía sobre la carpeta, y leyó:

« Mi querido Alfredo :

« A las 11 estarán en tu pieza Ta-
« boada y Gimenez, en busca de mi
« contestación definitiva.

« Dios es testigo del sacrificio que
« me cuesta, pero es la misma que
« di por tu intermedio esta mañana:
« no puedo batirme.

« Añadirás de tu parte, para Gui-
« llermo, una noticia sobre los sitios,
« que conoces tú bien, á donde acos-
« tumbro concurrir; especialmente so-
« bre el compromiso pendiente entre
« nosotros de aplaudir mañana á la
« Guerrero en el campo de sus triun-
« fos.

« Tu amigo que te quiere ».

—¿Ya ha puesto Vd. en limpio esta carta?—preguntó la señora de Perez con febril ansiedad.

—No. Como es la última que he escrito...

—No es ésta, entonces, su resolución. La otra carta, Ricardo, muéstremela por favor.

—Ya está cerrada.

—El borrador debe estar ahí.

—Pero, señora: le repito que no me he decidido aún y es por tanto inútil que...

—No importa: por lo que más quiera, muéstreme ese borrador.

Ricardo no pudo dominar un movimiento de contrariedad ante semejante insistencia, é iba á pedir buena-mente á la señora que le dejara en paz,

cuando sintió ruido de pasos en el zaguán.

—Mi madre—murmuró, mirando angustiada á la señora de Perez; la cual comprendiendo lo ventajoso de su posición, acercóse á la puerta, y en actitud de salir á descubrirlo todo, dijo:

—¿Accede Vd.? ¿sí ó no?

Ricardo abrió uno de los cajones del escritorio, sacó la carta que le pedía la señora de Perez y se la entregó.

—Abrala Vd.—dijo. Y pasó á entretener á su madre en el comedor.

La señora de Perez Gonzalez se quedó fría cuando leyó la carta, que estaba también dirigida á Alfredo, y concluía así:

« Quedas plenamente autorizado para proceder de manera que sin pérdida de tiempo pueda dar á Guillermo su merecido, levantándole la tapa de los sesos. »

XVII

Los poetas no tienen palabras con qué ponderar las bellezas del alba; pero á fe que no se mostraba dominado por sentimientos de esa naturaleza el Dr. Taboada, cuando apareció en un coche de alquiler, frente á la puerta de la casa de Guillermo, al amanecer del día siguiente á los sucesos narrados en el capítulo anterior.

—Baja tú y toca el timbre—ordenó al cochero, entreabriendo la portezuela, en voz que denotaba el mal humor que generalmente sucede á la interrupción de un buen sueño. Sacando en seguida su reloj y arrebuándose en su abrigo, añadió:

—¡Las cinco! Un verdadero sacrificio con este frío! Como no tenga que esperar todavía....

Confirmando este presentimiento, pasaron algunos minutos sin que se oyeran de la parte de adentro los pasos precursores de la presentación del dueño de casa.

Impaciente el doctor, descendió del coche y oprimió el botón de la cam-

panilla eléctrica con ánimo de sostener el repiqueteo hasta tanto se resolviera á levantarse su amigo. Por fortuna para los demás moradores de la casa, éste se presentó en aquel momento, aunque á medio vestir todavía.

—¡Pues es flema la tuya!—dijo Ta-boada.—¿Era esto lo convenido? Muévete. No tenemos más que media hora.

—¡Oh...! Entra entonces. De aquí al Retiro hay diez minutos. Tomarás una copa de cognac, mientras me arreglo.... Baja las pistolas, si te parece....

Ambos entraron en puntas de pie, para salir poco después en la misma forma.

El carruaje que los conducía doblaba por la esquina próxima, cuando la puerta de calle volvió á abrirse, y la mano de la señora de Perez Gonzalez hizo señas de que se detuviera á otro coche que pasaba.

El auriga recibió órdenes y puso sus caballos al galope tras de los jóvenes madrugadores. Al doblar, encontróse con que eran dos los coches que le llevaban delantera: uno de ellos cambió nuevamente de rumbo, torciendo hacia la izquierda. El conductor interrogó á la viajera con la vista: ¿á cuál debería seguir?

La señora vaciló; pero, decidiéndose, señaló al que siguió derecho, el cual parecía marchar en dirección á la pieza de Alfredo. A la otra cuadra, el carruaje seguido se detuvo, dando lugar á que pasara por su lado el que llevaba á la señora de Perez.

Miró ésta.... y hallóse con que iba vacío.

Era como para desconsolarse y abandonar la partida; pero la señora de Perez Gonzalez estaba dotada de una energía á prueba de contrastes.

—A la Comisaría—ordenó; y allí descendió minutos después.

No estaba el Comisario, y hubo de entenderse con un joven que ocupaba con abandono, en el despacho, el sillón de aquél.

—Vengo á darles aviso—dijo la señora—de que acaban de salir de casa los duelistas que denuncié anoche.

El empleado señaló una silla á la señora, y se puso á concluir un oficio que tenía por delante á medio hacer. Hizo luego como que daba diversas órdenes á los agentes que andaban por ahí; fuése una y otra vez, como buscando algo, del escritorio del jefe á los de la pieza inmediata; entregó con altivez señorial el mate al chino que se lo sebaba, y volviéndose de pronto á la señora de Perez, puso fin á su

espera con esta frase, pronunciada con la gravedad de un Nabab:

—Decía usted....

La señora repitió pacientemente sus palabras, añadiendo para mayor claridad:

—La denuncia la hice aquí mismo al Comisario en persona, quien levantó acta de ella y me prometió atenderla sin demora.

—De manera que lo que Vd. hizo fué una denuncia, ¿no?—exclamó el joven, satisfecho, al parecer, de verse tan perspicaz.

—Sí, señor.

—Denuncia de un duelo en el cual tomarán parte personas que viven en la casa de Vd., ¿no es así?

—Mi hijo, sí.

—Perfectamente. Debe usted volver más tarde. A eso de las 9 estará aquí el Comisario.

—Pero señor; si lo que yo quiero es que se impida ese duelo; y á las 9 ya todo será inútil.

—Pues señora... lo dicho.

El movimiento de que fueron acompañadas estas palabras equivalía á una despedida y, comprendiéndolo la Sra. de Perez, marchóse; en tanto el empleado se paseaba por la sala alta la frente, saliente el pecho, y persuadido de que no le habían cono-

cido su condición subalterna de escribiente de la Comisaría, recordando lo que había dicho el comisario cuando despidió, horas antes, á la Sra. de Perez, á saber: que no comprendía cómo se encontraban personas que creían todavía que las policías, los jueces y las cárceles se habían hecho para garantizar preceptos de la ley como los relativos al duelo...

En camino para su casa, oyó la señora de Perez que llamaban á misa en una iglesia cercana; y sintió necesidad de orar. Todas sus esperanzas se habían desvanecido, excepto la esperanza en Dios. Pero aun esta última apenas proyectaba algunos rayos mortecinos sobre las sombras de su abatimiento, á causa de un recelo que la asediaba desde la entrevista que había tenido con Guillermo, cuando regresó la noche antes de la casa de Ricardo: el recelo de si no sería ella merecedora de los rigores de la justicia divina, por la educación que había dado á su hijo. Causará extrañeza ver á nuestra amiga con semejante preocupación, que acaso en otra circunstancia no habría vacilado en calificar de escrúpulo monjil; pero la Sra. de Perez acababa de sufrir una conmoción harto recia para que no abriera espantada los ojos, con la con-

testación que había dado Guillermo á una observación de ella, respecto á que no tenía derecho para disponer de su vida, la cual pertenecía á Dios.

« ¡ A Dios! —había replicado Guiller-
« mo—y ¿ dónde está Dios, quién es Dios,
« qué hace Dios? ¿ Por qué no he de dis-
« poner yo, si se me antoja, de una vi-
« da que al fin y al cabo no me he
« comprometido jamás á conservar y
« que se compone en esencia de toda
« clase de dolorosas desilusiones; por lo
« cual, entrando á profundizar, antes
« que revelación del amor de un Padre
« tendría que serlo de la crueldad de
« un verdugo? »

Y como la Sra. de Perez se le acercara y le tapara la boca, horrorizada de tanta blasfemia, agregó:

« A Vd. la sorprende todo esto, y si
« hay alguien que debe sorprenderse
« soy yo. Las doctrinas que acaba Vd.
« de oír las he recibido de maestros y
« en colegios que no han sido elección
« mía sino de Vd. Como igualmente las
« refuerzan los escritos y discursos de
« mi padre, que de nadie también sino
« de Vd. he aprendido á respetar y
« admirar. »

La señora al oír esto cayó sobre un sillón, abrumada bajo el peso de esas consideraciones, que le mostraban á lo vivo toda la responsabilidad en que ha-

bía incurrido; responsabilidad que no dejándola desde entonces en paz un solo instante la impedía, como se ha visto, implorar del cielo sin más temor que confianza la salvación de su hijo.

Y era tanto más de compadecer la Sra. de Perez Gonzalez, cuanto que no le quedaba la más mínima duda acerca de que el lance estaba verificándose acaso en ese mismo momento. No lo sabía ella por referencias de terceros ni por inducciones, sino por el testimonio de sus propios oídos.

Conocedora por las cartas que le facilitara Ricardo de la hora y el lugar á que enviaría éste su contestación definitiva, antes de que dieran las 11 de la noche anterior había conseguido alquilar una pieza contigua á la que ocupaba Alfredo é introducirse en ella sin ser vista ni sentida. Hablaban muy bajo Alfredo y sus compañeros, por lo cual la señora llegó hasta imaginarse fracasada su empresa; pero de pronto, al cabo de una media hora, sucedióse una discusión airada, á juzgar por lo elevado de las voces y por el ruido especial que la acompañó de sillas y libros que caían sobre la madera del piso, y alcanzó á percibir las siguientes palabras con que, después de algunos minutos de calma,

despidió Alfredo á sus amigos: «perfectamente, señores; todo queda arreglado; mañana á las 6.»

Fué entonces que pareció evidente á la Sra. de Perez que Ricardo, optando por enviar la contestación cuya lectura puso término á la visita que le hiciera ella, había aceptado el duelo, por lo que se apresuró á trasladarse á la Comisaría, donde formuló la denuncia de que tienen ya nuestros lectores conocimiento.

La afligida señora llevaba no menos de una hora en la Iglesia, cuando sintió ruido de sedas á su lado. Miró, y hallóse con la empolvada y redonda cara de la Sra. de Rodriguez, quien tomando colocación y sin esperar á que le preguntara algo su amiga, murmuró:

—Aquí me tienes, hija. Muerta, como ves, de cansancio y de sueño. ¡Qué madrugón, Dios mío! Gracias, mujer, á que una es tan religiosa... No diré que más que otras, porque al fin, la verdad es que todas las señoras distinguidas son hoy religiosas; pero...

—¿Y Lucía?—interrumpió la señora de Perez.

—Quedóse en casa durmiendo. Ella quería venir, pues está acostumbrada á recibir al Señor todos los años el día de su santo...

—Es cierto que estamos á....

—A catorce; sí pues. Pero yo no la dejé: ¡hace tanto frío y anda tanto la influenza! Aparte de que no me parecía necesario, porque es como si estuviera en gracia de Dios la pobre, tan inocente, tan sencilla.... ¡Ah! Quiera Dios que Gimenez sepa hacerla feliz.

La contestación de la Sra. de Perez fué invitar á su amiga á rezar un rosario, demostrando así que nada podía desviarla de la preocupación de su hijo en peligro. Empero esto hubo de traerle una mortificación: la de ver en seguida fija en ella y su compañera la atención de todo el público de fieles cercano, á consecuencia del modo singular como acostumbraba dirigir al cielo sus plegarias la Sra. de Rodriguez; quien además de elevar demasiado la voz, dábale tales inflexiones que cualquier oración se convertía en sus labios en un quejumbrosísimo lamento. Por otra parte, era tan dada á interrupciones la Sra. de Rodríguez! No podía rezar dos minutos sin intercalar alguna observación ó pregunta. Júzguese:

—«Dios te salve, oh María»—comenzó ella—«llena eres de gracia, el Señor es contigo»—qué monada de muchacha, aquella, fíjate; si parece

un figurín; aunque un poco flaca, ¿no es cierto?—«y bendito es el fruto de tu vientre Jesús».

Contestó la parte del rezo que le correspondía la Sra. de Perez, y vuelta á repetirse el caso, casi en seguida, de esta suerte:

—«Dios te salve María llena eres de gracia»—¿sabes que ayer estuvo otra vez Gimenez?—«el Señor es contigo y bendito»—¿á qué? pues á decirme que si ha pedido á Lucía es para casarse en seguida; dentro de un mes á más tardar: ¡figúrate!—«y bendito es el fruto de tu vientre Jesús».

Terminado el rosario, que así rezado hubo, naturalmente, de resultar largo, la Sra. de Perez Gonzalez despidióse y se fué.

Caminaba con el paso inseguro y la cabeza como un horno, á causa de las aflicciones y el insomnio de esa noche. En las inmediaciones de su casa vió delante de sí, á distancia de diez metros, á un caballero que creyó reconocer; y apuróse, conteniendo á duras penas los latidos de su corazón, el cual parecía querer salirse del pecho. Cuando alcanzó al referido caballero y adquirió la certeza de que era Ricardo, recordando que había transcurrido tiempo suficiente para que

el duelo se hubiera verificado, creyó ver una nube rojiza coronada por el ángel siniestro de la muerte, y en medio de la nube á su hijo con el pecho destrozado por la bala de su rival. Sintió ante tal cuadro que un vértigo de sangre la nublabá la vista y que una fuerza interior la crispaba las manos y la impelía contra Ricardo, poniendo en sus labios los anatemas que arrancan á las almas honradas los asesinatos; pero sólo tuvo fuerzas para señalarle con el dedo y exclamar como en una explosión de indignación:

— ¡Usted!

—Yo sí—murmuró con toda tranquilidad Ricardo, saludándola sonriente.

¿Era posible? ¿Además del matador de su hijo debería mirar en Ricardo á un desalmado, capaz de no compadecerse ni siquiera del dolor de una madre? Empero asaltada de pronto la Sra. de Perez Gonzalez por una idea, que notó la hacía revivir, acercóse resueltamente al joven y le preguntó con visible ansiedad:

— ¿A qué horas ha salido Vd. de su casa?

—Hace un momento.

— ¿Es decir que no ha ido?

— ¿A dónde?

—Al duelo.

—He podido conseguir valor para ser *cobarde*, señora: no lo acepté.

—Dios mío, yo me voy á enloquecer. ¡Cómo es posible lo que dice Vd., si de los propios labios de Alfredo he oído fijar la hora del lance; y estos mis mismos ojos han visto partir con pistolas para el lugar de la cita á Guillermo y Gimenez!

—No puede ser.

—Le digo á Vd. que sí.

Vióse que algo como una sombra cruzó el semblante de Ricardo, quien despidiéndose de súbito, con una prisa extraña dado el paso reposado que llevaba minutos antes, prometió á la señora averiguar lo que ocurría.

Poco después subía de dos en dos peldaños la escalera de la casa en que vivía Alfredo, murmurando entre dientes:

—Quiera Dios que me equivoque.

XVIII

La pieza de Alfredo estaba abierta y el propietario del negocio en persona la hacía barrer y sacudir apresuradamente. ¿Qué ocurría? Ricardo, visitante asiduo de aquel lugar, no recordaba haberlo visto jamás mereciendo cuidados tan especiales. Preguntó el porqué de esa novedad y por toda contestación le mostraron un telegrama expedido media hora antes por la oficina de la estación Vicente López, que decía lo siguiente: «Alfredo Montenegro mal herido: prepare todo y avise a los amigos.—G. Perez Gonzalez».

La palidéz que adquirió el rostro de Ricardo al leer el despacho transcrito, evidenció la impresión que le causaba.

No se había engañado, temiendo alguna imprudencia de su amigo. Ante el telegrama aquél y lo que había oído la Sra. de Perez durante la noche, parecía indudable que Alfredo se había batido, bien que sin comprenderse por qué ni con quién: puesto que no siendo probable que lo hubiera hecho con

Guillermo, porque al aparecer éste dirigiendo su traslación presentábase en cualquier carácter menos en el de rival, fallaba por su base la única explicación que concebía Ricardo de tan inesperado desafío, á saber: que oyendo á Guillermo insistir en considerar acto de cobardía su negativa, se hubiera empeñado en defenderlo á él hasta encolerizarse y originar un nuevo incidente.

Empéro fuera el lance por la causa que fuese, Alfredo estaba herido; y ello bastaba para que Ricardo no pudiera vacilar en acudir á su lado. Así fué. En el primer tren que partió de la estación del Retiro vióse subir á nuestro protagonista, acompañado de otro joven á quien acababa de saludar en el andén.

De la conversación que ambos entablaron en seguida, resultó no sólo que, al cabo de lo que sucedía, iba hacia el mismo destino el referido compañero, sino que además se había encontrado en la pieza de Alfredo en el momento que se concertó el nuevo duelo. Como al conocer esta circunstancia, Ricardo se interesara vivamente, expresando deseos de ser ampliamente informado acerca de ese particular, el joven, complaciéndolo, dijo:

— Aunque involuntariamente, yo ven-

go á resultar el principal culpable de este malhadado suceso. Es una lección que anoto en el libro de mi vida, y que me servirá para no repetir en adelante, bajo concepto alguno, lo que traiga hasta mí la murmuración. Usted me fué presentado ayer ¿no es así?

—Así es.

—¿Y ha de recordar, sin duda, que Alfredo me invitó á comer?

—En efecto.

—Bien, pues. Llegado yo recién de Córdoba, donde he permanecido tres años, ¿qué podía saber del Buenos Aires actual? La primera parte de la comida fué, por lo tanto, poco entretenida para el pobre Alfredo, porque lo abrumé á preguntas sobre las diversiones que hay, los progresos que se han realizado y las muchachas que figuran más.... Fué aquí que desbarré, dando pie inadvertidamente á lo que tanto he lamentado y lamento.

El compañero de Ricardo hizo una breve pausa, que aprovechó para encender un cigarrillo, y continuó:

—Tratándose de muchachas, hube de verlo ayer claramente, no hay para Alfredo sino una que valga la pena: y es la Lucía que lo tiene encandilado. Aprovechó la ocasión, naturalmente, para ponderarla hasta lo in-

creíble, en lo cual no hubiera yo reparado mayormente á no querer la casualidad que se me viniese á la memoria el recuerdo de otra niña porteña de que había oído hablar, cuyo retrato se parecía como un huevo á otro huevo, al que me hacía Alfredo de la señorita de Rodríguez. «¿No será la misma?», preguntéle después de ponerlo en antecedentes. «Quién sabe—respondióme, ¿cómo era la que tú dices?» «Rubia, no muy alta, muy bonita, Lucía también de nombre, y no he olvidado este detalle de la descripción que me hicieron: con una madre sumamente afecta á los coloretos.» «No hay más: es la misma; pero veamos, ¿vivía en la calle Lavallo?» «Sí». «¿Y no tenía alguna otra particularidad?» «No, que yo sepa, fuera de.... pero es una historia íntima» «¡Cómo!» «Sí, la historia de unos besotes». Naturalmente, cuando dije esto, no me figuraba que Alfredo tuviera por esa niña algo más que una simpatía de picaflor. Pero ¡mejor me hubiera callado! No había concluido, y ya lo tenía á Alfredo llamando la atención de los demás comensales con frases como éstas: «¡mentira! ¡es una infamia, el nombre de ese canalla!» A duras penas conseguí calmarlo: tuve que recurrir á la amenaza de no

darle el nombre que exigía, si seguía mostrándose tan sin dominio sobre sí mismo. Cuando supo poco después que era Gimenez el que se había jactado así....

—Conque.... Gimenez—observó Ricardo—¿y dónde lo hizo?

—Allá en Córdoba, delante de un íntimo amigo mío; pero esto después de haber contado esa historia á qué sé yo cuántos.

—Peor para él; que se habrá desmerecido á sí mismo, si son ciertos los rumores que corren.

—¿Alude Vd. á su casamiento con Lucía?

—Sí, pues.

—En mi presencia se lo anunciaron á Alfredo, poco después de comer. Fué como si le echaran al pobre un balde de agua helada.

—Y vea Vd. lo que son las cosas. Hasta hace poco, Lucía tenía el más pobre concepto de su actual prometido. Figúrese que una vez dijo ella á Alfredo que le disculparía todo, menos que le hiciera el poco favor de darle bromas con Gimenez. «Poco favor, ¿y por qué?»—replicó Alfredo deseoso de hacer recalcar esa apreciación. «Porque una niña que se estima—respondió Lucía—sólo puede aceptar bromas con caballeros». Diga Vd. si ra-

zonablemente podía esperarse, después de esto, verlos entendidos.

Transcurrieron algunos minutos de silencio, el que interrumpió de pronto el compañero de Ricardo en la forma que sigue:

—Volviendo á mi relato, cuando supo Alfredo que era Gimenez el que se había jactado de lo que yo insinuara, tuvo algunos momentos en que creí se le pasaría la impresión; como que recordando que la indiferencia de Lucía para con él coincidía con el regreso de aquél de Córdoba, llegó hasta manifestármese tentado de creerlo todo y dejar que se hiciera añicos el ídolo á que había levantado altar en su corazón. Sin embargo, no tardó en sublevarse contra esto el cariño acendrado que ha sabido inspirarle Lucía, no sé por arte de qué magia, y hubo que ver entonces cómo se puso de exaltado: la vida de Gimenez le parecía poco para expiación de la calumnia infame que creía descubrir en lo que pregoló aquél en Córdoba. Y aunque se calmó nuevamente y aun recobró una hora más tarde su jovialidad ordinaria, aseguro á Vd. que no sin recelos supe que esa noche concurriría Gimenez á la reunión de las 11, como padrino de Guillermo en el proyectado lance con usted.

—¡No haber sabido yo todo eso!— murmuró tristemente Ricardo.—Tan fácil que me hubiera sido evitar el encuentro!

—Llegó la reunión. Después de leída la carta de Vd., persistiendo en su negativa, los muchachos dieron por terminada su misión y se pusieron á charlar. Yo, que no perdía de vista un solo instante á Alfredo, enlacé mi brazo á su cuello y lo conduje á un extremo de la pieza, con el pretexto de pedirle su opinión sobre la actitud de Vd. Sentados sobre la cama los dos solos, y en momentos que me decía que él no sabía si Vd. tendría razón, ni quería tampoco averiguarlo, pero le bastaba conocerlo para estar seguro de que si rehusaba Vd. batirse no era por falta de valor...

—Siempre leal amigo el pobre—exclamó Ricardo.

—En momentos que me decía eso, noté que sus ojos estaban fijos en un grupo inmediato, del que arrancaba Gimenez grandes carcajadas con saladas anécdotas. Procuré prudentemente llevarlo hacia otro lado, mas desasiéndose él de mi brazo, se mezcló al grupo, en el que se comentaba todavía alegremente la última aventura referida, y preguntó: «¿De qué se trata?»—«De nada extraordinario—

le respondieron—uno de los tantos cuentos de Gimenez»—« ¡ Ah! cuánto siento; porque ha de haber sido cosa impagable, ¿ no? »—« Muy buena, che; entretenidísima.» En ese momento Gimenez se acercó hacia el lugar en que estaba Alfredo, y cogiendo por el respaldar una silla inmediata, la arri-mó hacia sí y fué á sentarse; pero cayó por tierra en la más desairada posición, coreado por una risotada general. Alfredo le había retirado la silla, en el instante preciso para que nadie pudiera impedirselo. Aunque visiblemente desagradado Gimenez, aceptó al parecer las excusas que le dieron todos mientras se sacaba con el pañuelo el polvo que se le había adherido á la ropa.—« Este Alfredo!—le decían—el diablo que lo aguante cuando le da por bromear.» Alfredo, entre tanto, se había tirado sobre el lecho y reía, reía, con una risa extraña, que sin saber yo por qué me hacía sufrir.—« Cálmate—le dije, acercándome—es ya demasiado; puede creerse que lo has hecho á propósito.» Dejó de reirse al momento, pero fué para mirar hacia el lado en que se encontraba Gimenez y, viéndolo perfectamente sereno, murmurar á mi oído:—« No va á ser suficiente; fijate, impasible como si nada hubiera pa-

sado.»—«¿Qué más quieres?—le respondí—felicítate por ello, y punto final ó se echa todo á perder.»—«Tendré que escupirlo á la cara»—prosiguió sin oírme, absorta como estaba su mente en el pensamiento fatal que le dominaba. Y quiso saltar al suelo; pero yo que conozco que para él todo es pensar una cosa y hacerla, lo sujeté con todas mis fuerzas. ¡Qué á tiempo! Gimenez, despidiéndose en ese instante de Guillermo, abrió la puerta y se retiraba, y sabe Dios la que se habría armado si Alfredo, pugnando por deshacerse de mí, no hubiera estado impedido de notarlo. Aunque, bien mirado, lo mismo ha sido al fin y al cabo. Gimenez, relacionando la pesada broma de que acababa de ser objeto con palabras proferidas poco antes por Alfredo y que habían llegado hasta él, como también con la rivalidad notoria en que respecto de Lucía los colocaban á entrambos las circunstancias, habíala interpretado como una provocación, constituyendo antes de retirarse padrinos para la reparación por las armas que se consideraba con derecho á exigir. Mientras yo después de haber usado de la fuerza recurría á los medios persuasivos para calmar á Alfredo, entre los demás muchachos se había plan-

teado la cuestión de si había ó no motivo para duelo. Unos opinaban que sí, Guillermo entre ellos; otros que no. La disidencia se fué acentuando cada vez más, hasta degenerar en disputa. « Es una grandísima responsabilidad— exclamó excitado uno de los defensores de Alfredo—con la que yo por mi parte no cargaré. Poner frente á frente á dos hombres para que se maten, por una broma más ó menos grosera pero broma al fin, es más que una ligereza; es un crimen.» «¿Y si la tal broma no fuese broma—observó Guillermo—sino acción intencional y premeditada?» «Aún así; pero eso no pasa de una suposición; y no debemos proceder por suposiciones en una materia tan grave. ¿Quién puede asegurar, en conciencia, que ha existido la intención de la ofensa?» «Yo» gritó Alfredo saltando por sobre mí, que en vano quise esta vez contenerle, volteando junto con varias sillas que encontró al paso una pila de libros de la mesa cercana, y plantándose en el medio de la pieza con los ojos saltados y el rubio ensortijado pelo en el más completo desorden. Esa palabra, á la que siguieron inmediatamente otras muchas todavía más comprometedoras para Alfredo, decidió el punto. El lance fué concertado á pistola y á veinte pasos: ya

sabemos el resultado en lo que se relaciona con Alfredo.

—El resultado inevitable — observó Ricardo—siempre que el duelo no es una farsa: sangre que se derrama estérilmente.

Pronunciadas estas palabras, oyóse el silbato estridente de la locomotora, y el tren comenzó á disminuir la celeridad de su marcha. Los dos jóvenes se asomaron por las ventanillas: la estación Vicente López estaba á la vista.

XIX

La estación presentaba el aspecto solitario de costumbre, lo que hizo suponer á Ricardo, buen conocedor de la atracción que ejerce la sangre sobre el vulgo, que el herido no había llegado allí todavía. Acertó: el jefe refirióle poco después que le había sido solicitado un departamento para el tren anterior, pero que el pedido fué más tarde retirado no sabia por qué causa. Ricardo pidió datos sobre la persona que había hecho el pedido y resultó ser un caballero llegado al pueblo esa misma mañana en compañía de varios otros, con los cuales se había alojado en una quinta distante de allí cinco cuadras, cuyo edificio, que no alcanzaban á ocultar por completo los árboles, señaló el jefe.

No cabía dudar ante tales informes, y los dos jóvenes se dirigieron hacia el lugar indicado.

En el centro del hermosísimo parque á que llegaron antes de cinco minutos, en el punto mismo á que convergían las callejuelas principales for-

mando una especie de rústica glorieta, Ricardo y su acompañante vieron confundidas las huellas de muchas pisadas y varios manchones de tierra humedecida.

—Aquí ha sido—dijo el primero recogiendo al mismo tiempo del suelo un pañuelo tinto en sangre.

La casa distaba de ahí apenas cien varas, las que concluían de salvar nuestros jóvenes cuando fueron notados por uno de los padrinos de Alfredo, que salía al vestíbulo en ese instante con un termómetro en la mano, quien saludando á los recién llegados, dijo:

—No cede la fiebre; y está alta ya.

—¿Cuánto?—preguntó Ricardo.

—Cuarenta grados.

Ricardo se quedó frío: no se había imaginado una herida de la gravedad que revelaba aquel dato. Mientras su mente se trasladaba con la rapidez del relámpago á la residencia de los ancianos padres de su amigo, donde las esperanzas cifradas en el hijo amado podían ser tronchadas en flor tan de súbito, oyó que contaban á su compañero detalles del duelo.

A juicio del que hablaba, á Alfredo lo había perdido ante todo su excesiva confianza en sí mismo: no obstante su destreza en el tiro á pistola, te-

niendo como tenía en Gimenez un digno rival, debió apuntar á la parte que más blanco ofreciera. Empero la primera bala de Alfredo rozó el cuero cabelludo de su rival y la segunda silbó en la sien derecha. En cambio, los dos primeros tiros de Gimenez demostraron que apuntaba á la caja del cuerpo: ambos pasáronle á Alfredo á media pulgada del vientre. Así las cosas, llegó el tercer disparo y Alfredo cayó por tierra con el pulmón derecho destrozado, murmurando débilmente: « me han muerto »; palabras que eran las últimas pronunciadas por sus lábios, porque perdió el conocimiento y no lo había recobrado hasta entonces.

— ¡Pobre Alfredo! — continuó el padrino. — No se ha sonreído, él que no conocía tristezas, desde que se concertó el duelo. Excepción hecha de un rato que estuvo escribiendo, toda la noche la ha pasado aislado en un rincón, sin querer conversar ni que le conversaran. Cuando llegó la hora de venirnos, parecía dormido. Me le acerqué y, viendo que estaba con los ojos abiertos: « vamos » le dije. ¡Qué cosa! No sé en qué estaría pensando; pero no me reconoció ni parecía acordarse del compromiso que tenía; ¡y me miraba de un modo...! Parecía loco. Fe-

lizmente, dióse cuenta de su situación á los pocos minutos y se puso á mis órdenes.

Calló el que tenía la palabra y, como la conversación no se reanudara, pasaron todos á la pieza en que se hallaba el herido, el cual en aquel momento deliraba. Ricardo se instaló á la cabecera, con el propósito de no separarse de allí.

Movíalo á esto, además del cariño, la convicción que abrigaba de ser el único que podía prestar á su desgraciado amigo el servicio de los auxilios espirituales: pues de que Alfredo tenía fe, aunque una fe de todo punto acomodaticia, estaba Ricardo seguro. En efecto: ¡cuántas veces habíale aquél manifestado sus ideas sobre ese particular; ideas que no eran por cierto las que podían suponerse en el acicalado indiferentón que gastaba continuamente el piso de las Iglesias en busca de bellezas accesibles al tiroteo de las miradas, con un desvío aparente por las cosas del culto que le incluía ante el concepto general en el número de los jóvenes sin religión! Porque Alfredo era viva representación de una clase, harto numerosa por cierto, de jóvenes que tienen fe, pero es como si no la tuvieran, porque ni rigen por ella los

actos de su vida ni le rinden otro tributo que el de cierto vago respeto escondido en lo más profundo de su pecho. Así Alfredo, puesto á razonar, convenía en que con la irreligión sólo se había conseguido formar una juventud corrompida hasta la médula, y reconocía la divinidad del Cristianismo, como también la necesidad de su sabia y nobilísima doctrina; pero que no se le pidiera más, porque las leyes de la Iglesia parecían rezar con todos menos con él; él, que no se consideraba nacido para pensar en cosas serias y que, además, trabajado tanto como lo estaba su espíritu por los textos, los profesores y los diarios volterianos, no dejaba de recelar su algo de industrialismo en los ministros y las ceremonias de la religión. Tan encontrados sentimientos puede suponerse si desorientarían á Ricardo cuando en la época que estrecharon relaciones, se propuso éste hacer un detenido estudio del alma de su amigo; pero concluyó entonces por arribar á esta convicción, en la cual persistía: que debía mirar en Alfredo, más que un adversario, un abandonado.

Esa misma mañana podría verse, probablemente, si Ricardo había acertado. Todo era cuestión de que Al-

fredo recobrar el conocimiento, como sucedió.

Fué en circunstancias que comenzaba nuestro amigo á perder toda fe en la realización de su deseo, porque la fiebre se sostenía y los dos médicos que habían presenciado el duelo, reunidos en junta con otro muy renombrado traído á toda prisa desde la capital, acababan de declarar á Alfredo caso perdido.

Ricardo hacía un momento que estaba solo al lado del herido, cuando notó que los ojos de éste le miraban como reconociéndolo. Acercóse y, confirmado en su idea, preguntóle cómo se sentía.

—Mal—murmuró Alfredo, en ronca y entrecortada voz.

Ricardo lo arropó cuidadosamente y le puso el termómetro. Tenía 39.50°; esto es, en media hora, tiempo que hacía de la junta de médicos, se había producido en la fiebre un descenso de un grado y medio. Nuestro amigo poco entendía de síntomas; pero sin saber por qué, sintió que aquello lo alarmaba. Se disponía á llamar para dar aviso, cuando se le ocurrió adquirir la certidumbre de que Alfredo conocía, é inclinóse sobre él una vez más. El pobre movió los labios en seguida para hablar, mas no le salió

voz. Empero sus ojos se quedaron fijos en una imagen de la Virgen de Luján que pendía de la pared. Notándolo Ricardo, le dijo casi al oído:

—¿Quieres algo? Habla Alfredo. Estoy yo solo.

El herido hizo un nuevo esfuerzo y habló.

—Un Cura—se le entendió que decía.

Ricardo no necesitó más. Pretextando una urgencia dejó á otros el cuidado de su amigo, fué el mismo hasta la parroquia, trajo al sacerdote y sin consultar á nadie lo introdujo en la pieza. Nada que le pesó, porque una discusión bastante agria que sobrevino en el corredor mientras el sacerdote desempeñaba su misión, demostróle de un modo indubitable que el pedido de Alfredo, aun siendo como era de un hombre en los umbrales de la muerte, habría podido no ser atendido.

Por lo demás, bajó tanto la fiebre una hora más tarde, que no hubo forma de combatir el enfriamiento y Alfredo pasó á mejor vida.

No bien vió Ricardo que no tenía servicios que prestar, buscó refugio en la parte más escondida del parque, confirmando aquello de que el dolor en los caracteres reconcentrados pide la soledad. Sentado allí sobre un tro-

co de árbol, colocó la cabeza entre las manos y se entregó á sus pensamientos: de vez en cuando una lágrima se escapaba ardiente y trabajosa de sus párpados. Permaneció así mucho tiempo; pero al fin, recordando una carta dirigida á él que había encontrado en el jacket de su amigo, sacóla del bolsillo y la abrió.

Leyó lo que sigue:

« Querido Ricardo: En el caso de
« que la suerte me sea fatal en el
« lance que afronto, ¿podrías confor-
« marte tú con que además de no ha-
« berte consultado para nada empre-
« diera el gran viaje sin dejarte es-
« crita una palabra?

« Guardo, pues, esta carta en mi
« propia cartera, en la seguridad de
« que ha de llegar á tu poder, si
« muero.

« ¡Si muero! Ya me parece ver el
« tremendo cuadro: mis viejos, ago-
« tado el caudal de sus lágrimas; tú
« y tantos otros, sin consuelo. ¿Y to-
« do por qué? Porque no se sabe...
« —; Sépase! Te lo digo bajo la fe de
« mi honor: muriendo, habré dejado
« de sufrir.

« ¿Te das cuenta del alcance de la
« palabra sufrir? ¿Eres capaz de ima-
« ginarte la desesperación de un alma
« torturada á todas las horas y en to-

« dos los instantes? ¿Has amado al-
« guna vez á mujeres que te distinguan
« con sus preferencias, te enciendan en
« la llama de sus ojos, te arrastren en
« los lazos de sus palabras... y se sor-
« prendan después, de verte á tí ilu-
« sionado y rendido? ¿Has tenido en
« el archivo de tu memoria un mundo
« de detalles, comprobatorios para tí
« hasta la evidencia de que tus inten-
« ciones eran perfectamente compren-
« didas y alentadas, pero para los de-
« más sin valor ni significado; y fres-
« cos y vivos esos detalles en tu men-
« te, has debido soportar, mordiéndote
« la lengua, en la terrible comezón de
« la impotencia, juicios olímpicos ple-
« namente acatados, tachándote de mio-
« pe y de tonto? ¿Te has acostum-
« brado á suponer en un ser todas las
« perfecciones, al par que á imagi-
« narlo unido al tuyo en la adorable
« idealidad de dos almas que hacen
« menos ingrata la vida, oponiendo el
« cariño abnegado al mísero egoísmo;
« y te has encontrado de pronto con
« que tus ojos vieron oro, donde sólo
« había de ese metal sus traiciones?

« ¡Ah! Quince días hace que llevo
« sufriendo, unas tras otras, las des-
« ilusiones referidas. ¡Quince siglos!

« Conservo el juicio no sé cómo, pe-
« ro me han aparecido unas ganas atro-

« ces de ver sangre : sangre tibia !
« ¿ Será sólo mía la que ha de correr
« en breve ? No quiero ni pensarlo :
« me importa poco morir, pero ha de
« ser viendo caer y retorcerse al hom-
« bre en quien se han concentrado to-
« das las furias de mi dolor. Me dirás
« que estos sentimientos son brutales :
« lo sé ; pero nada puedo contra ellos ;
« yo he dejado de ser yo ; una fuerza
« terrible que actúa dentro de mí, des-
« pedaza mis entrañas, al menor re-
« cuerdo de Gimenez, con los garfios
« del odio : del odio, que no creí ja-
« más pudiera vivir en mi pecho, y
« donde le tengo, sin embargo, dictando
« la ley.

« ¡ Lucía ! ¡ Lucía ! ¿ Qué sino fatal
« te puso en mi camino ? ¿ Por qué te
« conocí, por qué me distinguiste, por
« qué te amé ? No es tu indiferencia
« lo que me subleva, pues sé que al
« corazón no se le manda ; es que has
« podido y has debido tener para mí
« el beneficio inmenso de tu compasión,
« separándome sin vacilar, aún ruda-
« mente si era menester, de los abis-
« mos de tu alma. Yo gozaba tran-
« quilo y feliz de la vida, cuando sur-
« giste ante mí como personificación
« esplendorosa de mis más delicados
« ensueños. ¡ Ah ! No sólo me has arre-
« batado para siempre la calma y la

« dicha: ni siquiera me dejas el con-
« suelo de poderte aborrecer como á
« causante de mi ruina, pues mi cora-
« zón, al que desearía ver desprecián-
« dote y maldiciéndote, me desobedece
« y sin que pueda yo evitarlo te per-
« dona.

« Porque debo confesártelo, Ricardo,
« aunque me cause vergüenza: mi des-
« gracia no es tanto haber amado á
« una coqueta, cuanto no poder arran-
« car de mi alma su imagen adorada.
« Sí: el recuerdo de Lucía, debía ha-
« cer destilar á mi corazón hiel sufi-
« ciente para amargar el Plata; y por
« el contrario, trasmite á todo mi ser
« sensaciones que me inundan en
« ondas gratísimas de ideales dichas.—
« Sí; mi corazón, á pesar de todo es
« suyo: revolviendo mi herida con me-
« ditaciones sobre lo consciente y cruel
« de su falsía, había conseguido que
« asomaran en el fondo de mi pecho
« principios de repulsión hacia ella, y
« aún que mis labios la injuriasen;
« mas luego de pronto á saber que al-
« guien, que no era yo, la ofendía, y
« esa ofensa—que debía halar en mí
« por lo menos predisposición á con-
« siderarla merecida, ya que vista la
« deslealtad en un alma nada puede
« sorprender, descubrir también en ella
« á la ligereza), que es su hermana;

« esa ofensa, penetrando en mi cuerpo
« como puñalada artera, enardecíó mi
« sangre, y me agitó y sacudió hasta
« que mi pensamiento y mi voluntad
« sólo persiguieron un fin: vengar la
« afrenta.

« ¡Sentirse traicionado y besar la
« mano que armó el lazo! ¿Cabe ma-
« yor bochorno para un hombre? ¡Ah!
« Humillación y todo como es, la ben-
« deciría mil veces si fuera la última;
« pero temo me esté aún reservada la
« de ver temblar á mi mano en el mo-
« mento de la prueba á causa de ideas,
« que me han comenzado á perseguir,
« como la de que hiriendo á Gimenez
« no es sólo á él que heriré.—Ricar-
« do, díceselo á Lucía: sé que le debo
« todas las penas que me han enve-
« nado la sangre; sé que sin ella
« yo tendría hoy cuanto me falta, paz,
« alegría, ideales, aspiraciones, espe-
« ranzas; y no obstante... si falla mi
« pulso... será que me ha faltado
« resolución para levantar impávida-
« mente mi venganza sobre el túmulo
« de una ilusión suya hecha polvo!

« Debo concluir, y no se me ocurre
« cómo. Sea encargándote de hacer
« llegar á su destino el pliego que en-
« contrarás bajo sobre dentro de la
« presente: es la despedida que ha

« trazado trémula mi mano para mis
« pobres viejos.

« No los olvides, Ricardo; compadé-
« celos y visítalos: te lo pide un ami-
« go á quien sólo la muerte podía se-
« parar de ti, el mismo que con su
« último adiós te envía su último
« abrazo. *Alfredo.*»

Ricardo había tenido que interrumpir varias veces la lectura de ésta carta, porque sus ojos, empañados por las lágrimas, no veían. Cuando concluyó, guardó durante un rato el recogimiento de espíritu propio de los dolores intensos.

De pronto se levantó como asustado: le había parecido sentir la voz de su amigo reprochándole el que no hubiera dado aún un solo paso para que la triste noticia no pudiese tomar á sus ancianos padres desprevenidos. En este orden de ideas, su inadvertencia hubo de crecer más á sus ojos al considerar lo que podía suceder si, como era más que probable, se divulgaba el desgraciado suceso por los diarios de la tarde. A los PP. del Colegio de la Concepción, á quienes se proponía pedir Ricardo que transmitieran con las debidas precauciones la fatal nueva, ¿no se anticiparía el telégrafo, utilizado por algún listo corresponsal de alguna hoja santafecina? La con-

testación que se dió nuestro amigo fué dirigirse apresuradamente á la calle central del parque y marchar por ella hacia la estación.

Absorto en sus pensamientos, caminaba con los ojos bajos; de suerte que no vió á Guillermo Perez Gonzalez que se acercaba en dirección opuesta, el cual, reconociéndolo, apuró el paso derechamente hacia él.

—; Por fin!—gritó plantándose frente á Ricardo, quien, sorprendido, dió un paso atrás.

Y dirigiéndole una mirada de pantera, añadió:

—¿Te asustas? Peor para ti, porque esta vez no te valdrán pretextos. A toda deuda le llega su plazo y á todo flojo su hora.

El semblante de Ricardo se volvió rojo y sus puños se apretaron, pero no contestó: lo que interpretado sin duda por su provocador como debilidad, debió hacerle creer segura la partida, pues diciendo: «he prometido darte de puntapiés donde te encuentres, y lo que yo prometo lo cumplo», cogió de un manotón á Ricardo por un brazo y le zamarreó.

Mejor no lo hubiera hecho. Como si un poder misterioso hubiese puesto instantáneamente allí otro hombre, del Ricardo medido y culto partió un in-

sulto grosero; una bofetada tan certera como terrible ensangrentó la boca á Guillermo y unos dedos como tenazas oprimieron su cuello. Forcejó cuanto pudo éste por desasirse, trompeó y *pateó* hasta cansarse; mas aquellos dedos, que eran como un anillo de hierro, siguieron apretando cada vez más. Todo á tiempo que la voz de Ricardo, destemplada y seca por la agitación de la lucha, intimaba:

— ¡De rodillas, miserable!

La cara de Guillermo reveló en este momento una angustia imposible de pintar: toda su energía de voluntad amenazaba ceder ante aquella presión espantosa, que le quitaba la respiración y el movimiento. Quiso hablar para vomitar por lo menos sobre Ricardo cuantas injurias y blasfemias se agitaban rabiosas en su pecho; pero como repetida la intimación forzara aquél la presión, Guillermo dió un ¡ay!, rechinaron sus dientes, babearon sus labios y, sin fuerzas ya, se le doblaron las piernas.

— Así era necesario que te vieras — rugió Ricardo. — De rodillas ante los que estamos cien codos sobre ti, porque no tenemos tu ruindad.

Ricardo tomó aliento y despidiendo fuego por los ojos é inclinándose so-

bre su provocador cuanto pudo, añadió:

—Fresca todavía la sangre de Alfredo, pretendes más! Fresca esa sangre que cae sobre ti y cuantos no han impedido, pudiéndolo, que se derramara. ¡Canalla! Agradéceselo á Dios, que me da fuerzas para contenerme y no darte tu merecido despedazándote!

Guillermo, que se retorcia desesperado desde las primeras palabras, al oír las últimas dió un salto y condensando en una suprema tentativa todas sus fuerzas, quiso zafarse nuevamente; mas la sofocación fué tal en ese instante que palideció y cediendo su resistencia quedó como colgado de los brazos de Ricardo. Observándolo éste, le soltó. Cayó por tierra cuan largo era: estaba sin sentido.

Nuestro amigo se quedó mirándolo indeciso algunos minutos: no sabía si auxiliarlo ó irse. Optó, al fin, por lo último, pensando que aquello no podía pasar de un desfallecimiento momentáneo; mientras que si volvía en sí Guillermo estando él ahí, indudablemente se renovaría la lucha, y no ya, probablemente, para terminar en simples contusiones.

Apenas dió la espalda, Guillermo

abrió los ojos. Ver á Ricardo que se alejaba y representársele instantáneamente el cuadro de su reciente humillación, fué todo uno. Instintivamente sacó y martilló su revólver.

Los latidos de su corazón se aceleraron y cobró animación su mirada. ¡Oh! Vencido y todo, podía todavía luchar. Una presión de su dedo en el gatillo, y los sesos de Ricardo esparcidos por el suelo garantizarían que el secreto de la escena allí desarrollada quedaba guardado bajo la losa de una tumba. ¿Qué más fácil que explicar el hecho? Un encuentro, un cambio de reproches, un empujón, trompadas y al calor de la excitación, en la irreflexión de un arrebató, el tiro fatal.

Guillermo se incorporó y apuntó: un instante más y Ricardo, que apenas se había separado algunos pasos, vería súbitamente cortado el hilo de su existencia, si, como era de suponer, dado el cuidado que ponía su enemigo, no fallaba el tiro.

Pero al mismo tiempo asaltaron la mente de Guillermo, en un relámpago de reflexión, ideas que no podían ser desechadas. ¿No vendría algún informe médico declarando fundada, por la posición y forma de la herida, la sospecha de un disparo traicionero? Re-

visado el cadáver y supuesto el caso de que no se le hallasen armas, ¿no parecería más razonable que otra alguna, la suposición de que Ricardo no debía haber buscado la camorra? ¡Y si se encontraba más tarde la carta en que el mismo fautor de la muerte prometía arrojarlo á puntapiés de donde quiera que lo encontrara! Detrás de estas comprobaciones ¿no podría venir una reconstrucción completa de la escena y tras de ella una sentencia condenatoria, con sus dos terribles consecuencias: el deshonor y la celda?

—¡Maldita sea tu suerte! ¡maldita tu estampa y cuanto miren tus ojos con amor!—barbotó Guillermo, señalando á Ricardo.

Y mordiéndose los labios hasta sacarse sangre, bajó el arma.

XX

El cementerio de la Recoleta atrajo al día siguiente una concurrencia enorme.

Naturalmente, predominaba en ella la juventud, á la que tan vinculado estaba por su edad y por su genio el desgraciado Alfredo.

Cuando la carroza fúnebre se detuvo frente á la puerta de entrada y descendiendo la gente de los carruajes escuchó los discursos apiñada alrededor del ataúd, vióse que aquello no era sólo una elocuentísima demostración de sentimiento, sino que revestía, además, el carácter de una protesta.

Bien claramente lo puso de manifiesto el joven que hizo uso de la palabra, en nombre de los estudiantes universitarios. Aquella inesperada pérdida de una existencia que podía haber impulsado el progreso del país durante tantos años, exigía que la juventud mostrase públicamente su repulsión por la solución bárbara de las armas; tal significado tenía esa demos-

tración, á la vez que el de un desagravio á la cultura y á la civilización; desagravio que adquiriría doble fuerza si se consideraba que esa misma juventud había querido especializarse todavía más en aquella ocasión, costeando por suscripción entre los estudiantes las exequias del compañero caído. El orador que así hablaba cedió, dicho esto, la palabra á un representante de una sociedad literaria, cuya comisión directiva había contado á Alfredo entre sus miembros.

Ricardo decía al mismo tiempo al oído de don Joaquín Rodríguez, que estaba á su derecha:

—Bonito el discurso, pero... palabras que se lleva el viento. Hace seis meses oí aquí mismo una protesta igual, de labios de los directores de nuestros dos diarios más leídos. Fué con motivo de la muerte de...

Nuestro protagonista pronunció aquí el nombre de un conspicuo argentino, orador y publicista de primera fila, muerto poco hacía en un duelo, y continuó:

—Pues veinte días después... los mismos dos que protestaron aquí, se batían en Barracas!

—Ello no prueba lo principal—replicó el Sr. Rodríguez—á saber: que

los trescientos aquí presentes, sean como los dos á que Vd. se refiere.

—Lo serán, no le quepa duda, si les llega el caso. Porque estas protestas son fruto de una impresión y no de un convencimiento. Porque lo que horroriza en este caso no es el duelo en sí mismo, sino la pérdida súbita y dolorosa que ocasiona. Porque la sociedad vive engañándose á sí misma: cree que combate la costumbre del duelo y lo que en realidad hace es alentarla y afianzarla.

—Vamos, hombre, no sea Vd. exagerado.

—¡Exagerado! ¿No se pasean todos los días impunes los duelistas por los sitios más concurridos?

—Cierto; pero considere Vd....

—No hay consideración que valga. ¿Qué pueden significar todas las protestas imaginables ante el hecho patente de que ni la autoridad ni las familias tienen castigo, no ya para el que se bate y da ó recibe un arañazo, ni siquiera para el que mata en duelo? Cometer una muerte en la semi-inconsciencia de la embriaguez, ó bajo la excitación de una afrenta en público, no exime al trabajador, al pobre de la deshonra ni del presidio. Pero arrebatése una vida con toda premeditación en el llamado terreno

del honor, y en vez de un asesino tendremos un caballero. ¿Es esto razonable, puede ser lógico, puede ser justo? Señor Rodríguez: yo podría decir más; podría demostrarle á Vd. que los pocos que se atreven hoy á rechazar un duelo, no alcanzan á imaginarse, por mucho que lo piensen, el furor con que ha de morderlos en seguida la murmuración de los necios,—que son los más; pero me conformo con declarar que el siglo que consiente estas cosas y confía, no obstante, en la desaparición del duelo, tendría, si encarnara en forma humana, perfectamente ganado el limbo, que es el lugar á donde según el catecismo van los inocentes, y según las exigencias de mi comparación los que se chupan el dedo.

Dijo Ricardo, y como el segundo y último orador terminara en ese instante, acercóse á la bóveda en que iban á ser depositados los restos de su amigo, para vigilar la introducción del cajón. Era una bóveda antigua, sin otro adorno que esta inscripción grabada sobre un listón de mármol incrustado en la pared: **FAMILIA DE O'DONNELL.**

Entre tanto el padre de Lucía, dando por terminado el acto, se retiró. Al llegar á la puerta cruzóse con dos

caballeros, que le saludaron: don Joaquín no contestó.

Ambos se miraron con extrañeza y uno de ellos dijo:

—Es la segunda vez que me sucede. Y no me lo explico, porque mis relaciones con él no pueden ser más cordiales.

—Se ha vuelto muy distraído de un tiempo á esta parte—contestó el otro.

Realmente, don Joaquín no los había visto; su pensamiento estaba lejos de allí, á tal punto que para escuchar á Ricardo momentos antes había tenido que hacer un verdadero esfuerzo de voluntad. Porque —lo diremos de una vez—el padre de Lucía se veía á las puertas de la ruina y no lo dejaba descansar un solo instante la idea de su aflictiva situación.

La perspectiva era tanto más ingrata, cuanto que á la pobreza tendrían que unirse la deshonra. En efecto: el Sr. Rodríguez había dispuesto de fondos ajenos y no podía devolverlos.

Algunas semanas atrás, viéndose ya con la soga al cuello, supo en la Bolsa que se acababa de constituir un fuerte sindicato para acaparar el oro existente en plaza y producir un alza de algunos puntos. La noticia, que le

llegaba de fuente autorizadísima, importaba una oportunidad de ganarse en pocos días un capital, é ilusionado, el padre de Lucía compró una buena cantidad de oro para fin de mes.

Al principio pronuncióse el alza y todo auguraba á la operacion un rendimiento sin igual; mas llegó de pronto la noticia de haberse consumado un arreglo de la cuestion de límites con Chile que afirmaba la paz, por lo menos durante algunos años, y renaciendo en los espíritus el optimismo, no hubo forma de contener el descenso del oro.

¡Qué horas terribles para don Joaquín, aquéllas! Y qué día cuando, vencido el mes y practicadas las liquidaciones de la Bolsa, resultó ex contra del Sr. Rodríguez una diferencia de veinte y tantos mil pesos! Don Joaquín estaba sin dinero, tenía además todos sus bienes hipotecados y carecía, por último, de crédito en los Bancos, á causa de venir renovando, de un año á esa parte, varias letras. Era, pues, difícil en extremo salir del paso; pero caviló tanto, que dió al fin con un plan salvador.

Como representante de la logia Luz y Progreso debía percibir él por aquellos días la suma de doce mil y quinientos pesos, saldo de la venta hecha

por la logia referida á la Sociedad Protectora de la Orfandad. Ese dinero no ignoraba el Sr. Rodriguez que le correspondería depositarlo en un Banco; pero, ¿no sería lo mismo para la logia—se dijo—que lo retuviera él pagando el interés que podría ganar en cuenta corriente? Sin embargo, dicha cantidad no alcanzaba y hubo de pensar en la manera de aumentarla. Hombre de buena memoria, no tardó en recordar que los constructores del edificio de la sociedad que presidía la señora de Perez Gonzalez eran miembros de su logia y debían á empeños suyos el haber conseguido la obra. ¿Por qué entonces no solicitar á nombre de ellos un anticipo de 8.000 pesos sobre la entrega más próxima á vencerse que estableciera el contrato respectivo? De que los contratistas no se opondrían á esta gestión, estaba seguro don Joaquín: para ello, le bastaba recordar los resortes que podía tocar en su carácter de grado 33 de la orden del triángulo.

El Sr. Rodríguez, pues, no vaciló y como lo pensó lo hizo.

No tuvo más dificultad que cierta resistencia que opuso á la operación la Sra. de Perez, pues no le gustaba, según dijo, dar lugar en alguna forma á que pudieran ser observados

sus procedimientos; mas todo se concilió anticipando dicha señora el dinero de su bolsillo.

El Sr. Rodríguez pudo entonces pagar la diferencia de su liquidación y destruir con ese solo hecho un rumor, ya generalizado, que presentaba como insostenible su situación. Empero no por ello le apremiaban menos las letras é hipotecas que comenzarían á vencerse sucesivamente dentro del siguiente mes, y ese era el pensamiento que preocupaba su mente cuando le encontramos en la Recoleta.

De ésta á la calle Lavallo entre Suipacha y Esmeralda, donde vivía el Sr. Rodríguez, media una buena distancia, que sin embargo éste, fuera por distracción ó por ejercicio, recorrió á pie.

Eran las 10 1/2 de la mañana cuando penetró en el comedor de su casa. La mucama preparaba en aquel momento el desayuno de Lucía, que todavía no había sido despertada. Don Joaquín pasó directamente al escritorio, sobre cuya carpeta se veían varios pliegos de papel cubiertos de cifras. Echóse á la nuca el sombrero de copa y tomando colocación en el sitio de costumbre, se puso á leer una hoja en que se veía anotado lo siguiente:

BIENES—Casa calle Lavallo	\$	70.000
Id. id. Victoria. . . .	»	60.000
		<hr/>
Total.	\$	130.000
		<hr/>
DEUDAS—Banco de la Nación	\$	28.000
Id Español.	»	23.600
Id de Italia..	»	7.200
Casa calle Lavallo (hipoteca).	»	45.000
Id. id. Victoria id.	»	40.000
Logia Luz y Pro- greso	»	12.500
Sociedad Protectora de la Orfandad, (anticipo).	»	8.000
		<hr/>
Total. . .	\$	164.000
		<hr/>

—Treinta y tantos mil pesos de diferencia—murmuró don Joaquín comparando los totales.

Con la cabeza cogida entre las manos, quedóse en seguida meditando. Estuvo así cosa de media hora, al cabo de la cual volvió la vista al pliego que examinara momentos antes y cogiendo un lápiz tachó las partidas referentes á los 12.500 pesos de la logia Luz y Progreso y los 8.000 del anticipo de la Sra. de Perez, diciendo:

—Son deudas que pueden esperar. Y no penso más. ¿Para qué, si resuelto á obtener un arreglo á ese res-

pecto, sabía don Joaquín que de uno ú otro modo lo llevaría á cabo? Sin embargo, no fué dueño de impedir que la simple idea de aplazar la devolución de aquel dinero, le trajera el recuerdo de otra deuda por mayor suma que tenía con la familia de Perez, y que ésta ni exigir podía ya. Al mismo tiempo aparecieron patentes ante la memoria del señor Rodríguez, las circunstancias en que contrajo esta obligación.

Había sido en tiempos que su gran amigo y protector el Dr. Perez Gonzalez intervenía de lleno en la política. Proclamado candidato á gobernador de su provincia y combatido abierta y decididamente en tal carácter por el gobernador saliente y sus elementos, la hostilidad oficial llegó á tales extremos que el Dr. Perez Gonzalez y sus partidarios resolvieron apoderarse del gobierno por la fuerza. Como ante todo se precisaban armas, designóse en comisión para que las adquiriesen á varios correligionarios de entera confianza, entre ellos á don Joaquín Rodríguez, quien recibió al efecto del candidato la suma de 40.000 pesos. Todos los comisionados habían hecho ya sus compras, excepto el señor Rodríguez, que estaba todavía en negociaciones, cuando quiso la fata i-

sus procedimientos; mas todo se concilió anticipando dicha señora el dinero de su bolsillo.

El Sr. Rodríguez pudo entonces pagar la diferencia de su liquidación y destruir con ese solo hecho un rumor, ya generalizado, que presentaba como insostenible su situación. Empero no por ello le apremiaban menos las letras é hipotecas que comenzarían á vencerse sucesivamente dentro del siguiente mes, y ese era el pensamiento que preocupaba su mente cuando le encontramos en la Recoleta.

De ésta á la calle Lavallo entre Suipacha y Esmeralda, donde vivía el Sr. Rodríguez, media una buena distancia, que sin embargo éste, fuera por distracción ó por ejercicio, recorrió á pie.

Eran las 10 1/2 de la mañana cuando penetró en el comedor de su casa. La mucama preparaba en aquel momento el desayuno de Lucía, que todavía no había sido despertada. Don Joaquín pasó directamente al escritorio, sobre cuya carpeta se veían varios pliegos de papel cubiertos de cifras. Echóse á la nuca el sombrero de copa y tomando colocación en el sitio de costumbre, se puso á leer una hoja en que se veía anotado lo siguiente:

dad que se descubriera el proyecto revolucionario y cayeran presos sus autores, excepción hecha del Dr. Perez Gonzalez, que se refugió en Montevideo. Fué á los pocos días de regresar á la patria cuando le sorprendió la muerte. Don Joaquín que, como amigo predilecto del finado, recibió el encargo de revisar y poner en orden sus papeles, tuvo en seguida entre las manos el recibo que había él otorgado de los 40.000 pesos que sabemos. ¡Qué tentación! Luchó diciéndose una y mil veces que no podía ceder en esa materia un hombre esclavo como él de la religión del deber; pero no le faltaron argucias para decidirse á un procedimiento contrario. ¿Había de estar él toda la vida reducido á pasar estrecheces? Aprovechando esa oportunidad que se le brindaba de imprimir impulso á sus negocios, revelaría sin duda poca delicadeza; mas ¿quién lo sabría? El Dios de los cristianos, que lo ve todo, no pasaba para él de una invención. Por otra parte, no tenía necesidad—se dijo—de violentar su conciencia ó lo que de tal le restaba, apropiándose los cuarenta mil pesos; le bastaba con retenerlos durante algún tiempo para ciertas especulaciones de fabuloso rendimiento que tenía concebidas. Cualquier perjuicio

que pudiera significar la demora á sus dueños, lo habrían sufrido igualmente en el caso de que hubiera él realizado la compra de las armas que le encargaron, las cuales nunca habrían podido ser liquidadas en el acto. Don Joaquín hizo, pues, pedazos el recibo y retuvo el dinero, complaciéndose de antemano con la idea de lo que se afianzaría su honorabilidad cuando se presentara haciendo una devolución de esa importancia, no obstante carecer la familia de Perez del más mínimo comprobante al respecto.

Muchos años habían transcurrido desde entonces; mas no sólo los cuarenta mil pesos no habían vuelto á sus dueños, sino que ni siquiera figuraban, como ha podido verse, en la cuenta hecha por don Joaquín de su activo y su pasivo.

Lo mismo habría sucedido, probablemente, una vez postergada la devolución de los 12 500 pesos de la logia y los 8.000 de la señora de Perez; empero, sólo por algunos instantes pudo creer don Joaquín solucionadas las dificultades con ese proyecto, porque aún dándolo por hecho (lo que no era poco conceder) siempre resultaba que reunidas las dos sumas alcanzaban apenas á 20.500 pesos,

mientras que la diferencia era de 34.000.

Cuando el padre de Lucía se dió cuenta de lo que antecede, arrojando á un lado el lápiz, detuvo su mirada desalentada en un cajón entreabierto del escritorio, que dejaba ver el cabo de un rico Smith-Wesson. La idea del suicidio cruzó instantáneamente por su imaginación, y volvió á quedarse pensativo. ¿No sería esa la mejor solución? En la tumba no había preocupaciones que atormentasen el espíritu: ella era, por el contrario, la mansión privilegiada de la paz. ¡La paz! Cuán grata y dulcemente sonaba á sus oídos esa palabra! Su ánimo quebrantado por la lucha de tantos años, le pedía paz; su cerebro, debilitado y enfermo, le gritaba paz; paz clamaba también su cuerpo, en el lenguaje abrumador de las vérices y los reumas; y hasta la felicidad sólo era para él concebible en una larga, en una eterna era de paz:— la paz que tenía al alcance de su mano en la negra boca del arma que se mostraba á sus ojos.

Pero ¿y la familia? Para él el descanso, la dicha; para ésta la miseria y la deshonra. ¡Oh! Tenían razón los que clasifican el suicidio de cobardía. Era valor lo que le faltaba: no valor

para darse la muerte; valor para vivir despreciado y pobre.

De pronto don Joaquín pareció reanimarse: otra idea y menos ingrata que la del suicidio, á juzgar por los efectos que tradujo su semblante, había acudido á su mente. Lucía había sido pedida en matrimonio y el que iba á ser su marido era considerado hombre rico. Cuántas veces se lo había hecho presente su señora, durante los festejos del malogrado Alfredo, con palabras que resonaban aún claramente á sus oídos: « Joaquín, es necesario que procures de alguna manera arreglar esto; á la niña no le va disgustando el nuevo partido, y demasiadas pobreza ha pasado para que nos conformemos con verla en otras. Gimenez ha vuelto de Córdoba: ¿por qué no te le acercas de algún modo y le atraes? Un encuentro entre los dos no me parece difícil que hiciera reanudar lo de antes: y ya ves, no tendría Lucía con él una vida de privaciones; tiene que ser hombre de fortuna quien gasta lo que Gimenez.» ¡Hombre de fortuna! Aún cuando no hubiera tenido poderosísimas razones para creer que lo era efectivamente el antiguo novio de su hija, lo habría ayudado decididamente—se decía don Joaquín.

— como lo ayudó ; le había bastado para eso, saber que Lucía no había podido olvidarlo del todo en el tiempo que hacía del rompimiento. Pero pues todo había marchado á pedir de boca en lo referente al arreglo y pues el futuro yerno resultaba rico, ¿ por qué considerarse irremisiblemente perdido ? Una vez efectuado el enlace, ¿ podría contemplar indiferente Gimenez la ruina y el deshonor de su padre político ?

El sr. Rodriguez, pensando que nada se perdía con esperar, levantóse, guardó junto con el Smith Wesson los papeles que se veían sobre la mesa y, encendiendo un habano, salió á la calle.

XXI

Ocho días después tenía lugar en lo de Montemar el segundo recibo de la temporada.

Ricardo fué de los concurrentes: retirado de los salones desde la muerte de su amigo, había sentido aquella noche necesidad de distracción.

Cuando llegó, se produjo un cuchicheo particular en algunos de los grupos de caballeros que se habían formado en el lujoso vestíbulo. No lo notó, distraído como quedó en seguida, á la puerta de la sala más inmediata, con el espectáculo que tenía por delante; pero algunas palabras sueltas que llegaron hasta él le pusieron sobre aviso, y no tardó en oír la siguiente conversación:

—Es aquél.

—¿Ese que mira tan fuerte?

—El mismo.

—Pues hombre, todo lo hubiera creído de él menos...

—Bueno; hay que tener en cuenta que el otro le llevaba la media arroba en todas las armas.

—Fuera como fuera, *che*, nunca pudo hacer lo que hizo; yo á lo menos no lo hubiera hecho.

—La verdad es que por lo menos debió dejar que los padrinos alegraran la desigualdad.

—Naturalmente, porque uno puede no ser guapo... no todos somos iguales; qué diablo!... pero caramba, disimúlelo siquiera por decoro.

A Ricardo no pudieron tomar de sorpresa estas apreciaciones: las había previsto; pero sintió, no obstante, en el fondo de su pecho una amargura indecible:—que no duelen menos á los soldados las heridas, por representarse al vivo antes de la batalla, lo que destroza el cañón y penetran las balas.

Lo que acababa de escuchar demostróle que se hallaría mejor entre la concurrencia que departía y bailaba en las salas. Entró y cuando menos lo esperaba, se halló á unos pasos de Enriqueta Perez Gonzalez.

Saludóla con la cabeza y notando que había á su lado un asiento vacío siguió avanzando con intención de ocuparlo; mas al llegar se le vinieron de pronto á la memoria las cuestiones que había tenido con Guillermo, á quien estaba Enriqueta tan ligada, y

temeroso del recibimiento pasó de largo.

Un minuto después le pesaba no haber seguido su primera inspiración, diciéndose que Enriqueta había contestado á su saludo con una amabilidad que no permitía suponerla disgustada y que, por consiguiente, lo que había hecho era sencillamente una barbaridad.

Volvió pues, á donde estaba su amiga y se sentó á su lado.

Esta conversaba en aquel momento con una señora que tenía á su izquierda.

Conforme se le presentó oportunidad, Ricardo preguntó á Enriqueta por su familia; y se disponía á conducir de aquí la conversación á un tema más interesante, cuando llamando aquélla á Lucía Rodríguez, que pasaba en ese momento, díjole no se entendió qué al oído y murmurando hacia el lado en que se hallaba nuestro amigo: —«con su permiso»—levantóse y se fué con ella.

Ricardo quedó desconcertado: nunca acababa de comprender aquel carácter, mezcla extraña, por lo que veía, de afabilidad y adustez. Pensando en las causas que podían haber producido aquella inesperada retirada, se detuvo algunos minutos; pero

terminó por decirse que, fueran ellas cuales fuesen, no valía la pena de que por esclarecerlas se formara él un quebradero de cabeza y, levantándose á su vez, caminó hacia el vestibulo con ánimo de pasar un rato con sus amigos.

Bailábanse en aquel instante las últimas figuras de unos *lanceros* y al hacerse á un lado para dar lugar á la formación de *la cadena*, hallóse de manos á boca con Lucía, que no tenía tampoco colocación en *los cuadros*.

Los ojos de la amiga de Enriqueta parecieron reflejar, al producirse el encuentro, una impresión de temor; pero aquello duró lo que un relámpago: no bien cambiaron las primeras palabras recobró Lucía su aire habitual de paz é inocencia. Observándolo Ricardo, comenzó á sentir que sus nervios se estiraban. Días antes había hecho llegar á manos de ella la última tierna carta de Alfredo, á fin de que se enterara del recado que para la misma contenía; y ¿sería posible que la referida carta no la hubiera hecho impresión? ¡Oh! Para Lucía desconcertada y afligida sólo habría encontrado bien Ricardo, palabras de escusa y consuelo; ante Lucía indiferente y serena, le parecía una traición al amigo que lloraba muerto, no hacerla

sentir en alguna forma el peso de su responsabilidad en aquella desgracia; no darla á entender que estaba agregando el cinismo á la falsía y no mostrarla, además, de una manera incontestable, que se había equivocado al juzgarlo á él de la tela de los simples, por el hecho de pretender que la creyera en la paz de espíritu de los días normales.

A este punto de sus reflexiones había llegado nuestro amigo, mientras Lucía le refería un incidente de la vida mundana en que había sido actora días atrás, cuando agotado el tema se fué la misma sin querer al que hasta entonces había cuidadosamente evitado, diciendo á su compañero:

—Mañana le voy á mandar... *eso*.

—Perfectamente — repuso Ricardo comprendiendo que se refería á la carta de Alfredo y más que satisfecho del giro que tomaba la conversación.

—¿Querrá Vd. creer que he llorado?
—añadió Lucía.

—No era para menos.

—¡Oh, la muerte...! ¿se imagina Vd., Ricardo, cosa más horrible que la muerte?

—Sí.

—¿Qué?

—Los remordimientos.

Lucía no supo al pronto qué con-

testar y se calló; pero incomodada por una insistente mirada con que había Ricardo acompañado aquellas palabras y que sostenía todavía pareciendo quererle leer en el alma, volvió resueltamente al asunto, añadiendo:

—La carta esa habrá dado á Vd. una idea tremenda de mí, ¿no?

—No me ha hecho cambiar en lo más mínimo.

—¿Es posible?

—Sí; tenía ya opinión formada.

Esto fué dicho seria y secamente, como que la contrariedad de nuestro protagonista era cada vez mayor ante la seguridad y desenvoltura con que se expedía Lucía

—¡Pobre!—agregó ésta un instante después—Lo he sentido de tal modo que... pareciéndome que debía llevar algún luto, no me decidía á estrenar este traje *beige* que llevo.

—¿*Beige*?

—Sí pues; ¿no tiene Vd. ojos?

—Es que... estoy que ni sé lo que me pasa. Como pensaba en la muerte de Alfredo, me había parecido ver otro color en su traje: un color así como de sangre...

¿Fué demasiado decir? Nada distante de creerlo estuvo Ricardo al mirar á Lucía, cuyo semblante cobró

instantáneamente una palidez extraordinaria. Notándolo Enriqueta, que pasaba por allí acompañada de la dueña de casa, separóse y se acercó á su amiga.

—¿Qué te pasa?—preguntóla.

—Nada, sino que como Ricardo no tiene hoy más tema que ese terrible desaffo, y una es tan floja...

Lucía que al decir esto se echaba viento con un retrato, dejólo de pronto y añadiendo: «vuelvo en seguida», se fué.

Enriqueta quiso seguirla; mas Ricardo, conteniéndola con una mirada que equivalía á un pedido, la presentó su brazo.

—Creo que va descompuesta... y puede necesitar-me—observó ella.

—No faltará quien la atienda—respondió él.

Y se incorporaron á las parejas que paseaban por los salones.

Mucho tiempo hacía que no se encontraban así; en todas las reuniones de ese invierno uno y otro se habían huido; ¿por qué? podemos deducirlo de lo que hemos visto en los capítulos anteriores: unas veces por resentimientos y otras por caprichos. La conversación de aquella noche, ¿concluiría con las antiguas diferencias, ó por el

contrario las aumentaría? Formemos nuestro juicio oyéndolos.

Fué Enriqueta quien habló primero; y lo hizo para inquirir la causa que había producido en Lucía la palidez extraordinaria que llamara su atención. Minuciosamente informada á ese respecto, no aprobó las palabras de Ricardo.

—Sin embargo—añadió—ellas no me toman de sorpresa. Las preveía. Y esa era una de las razones por las cuales deseaba hablar con Vd.

—Deseo bien singular por cierto.

—¿Por qué?

—Porque pudiendo satisfacerlo con sólo no mandarse mudar cuando yo me senté á su lado...

—No lo hice ¿no? Tiene Vd. razón; y adivino su propósito: quiere Vd. saber por qué no lo hice.

—Yo no quiero saber nada; he notado una anomalía y la constato: es todo.

—Pues podía también haberse fijado Vd. en otras anomalías que se han producido; pongo por caso, la de ver, alguien que yo me sé, á una señorita de su relación, pasarla por alto ante la perspectiva de encontrar otras y pretender luego que ésta le acoja como á leal y cumplido amigo.

—¿Lo dice Vd. por mí?

—Por quien vino al sillón de milado sólo cuando se convenció de que no había otro vacío en toda la sala.

—Permítame, no fué así.

—¿Cómo, entónces?

Ricardo tuvo un momento de vacilación: deseoso de evitar toda conversación sobre los incidentes que sabemos, no se atrevía á confesar el verdadero motivo.

—Fué una simple inadvertencia,—contestó al fin—que desearía poder explicármela yo mismo para explicársela á Vd.

—El caso mío, exactamente; mi retirada fué también... porque fué. Volviendo á Lucía, yo deseaba ver á Vd. para pedirle que no la afligiera con alusiones como las que desgraciadamente se le acaban de escapar. Digo desgraciadamente, porque cuando no es posible obtener de ciertos reproches resultado práctico alguno, es preferible guardarlos para mejor ocasión. En el caso de que hablamos, sólo un fruto digno de la solicitud de almas como la de Vd., podía conseguirse: hacer sentir á Lucía lo sucedido—y esto era un hecho antes de que Vd. hablase: desde que se hizo pública la muerte de Alfredo.

—¡Un hecho!—interrumpió Ricardo sorprendido—y conversa ella alegre y

expansiva, ríe como en los días serenos y brillan sus ojos sin asomos de preocupación ni pena.

—¡Qué quiere Vd.! Dudo de que haya muchas que puedan fingir como Lucía. Es algo natural en ella.

—Lo sé; mas ¿por qué ha de haber fingido conmigo ahora, y no antes con Vd.?

—Oh, créame á mí, que la conozco desde la infancia : ha sufrido realmente. De sus ojos han brotado lágrimas amargas, que he enjugado con mis propias manos, y sus nervios, excitados por el insomnio, han llegado á atormentarla durante días enteros, presentándole en todas partes y á todas las horas el cadáver de Alfredo. Había logrado dominarse un tanto y creíamos sus amigas que lo conseguiría por completo distrayéndose, por lo que nos empeñamos en traerla aquí esta noche, cuando nos descompone Vd. todo con esa malhadada conversación.

—Bien : habrá sufrido, pues lo afirma Vd. con tanta seguridad; hasta le concederé que sufra otro tanto con mis palabras de esta noche. Pero convenga Vd. conmigo en que se tiene merecido eso y mas.

—Sólo D.os puede saberlo.

—Dios y cuantos del círcu'o en que actúa Lucía hemos sido por él dota-

dos de ojos para ver é inteligencia para apreciar lo que vemos. ¿Me negará Vd. que es indigna de una mujer noble la conducta de su amiga con respecto á Alfredo?

— Hay una circunstancia que la atenúa, si bien es posible que Vd. la ignore, como la ignoraba yo. Alfredo se había declarado á Lucía en la kermese y ésta no lo había aceptado.

— Si los labios de la amiga de Vd. dieron entonces una contestación negativa terminante (lo que no creo, porque Alfredo en vez de desanimarse se alentó y no tenía el pobre un pelo de tonto) esa contestación fué constantemente desautorizada por los hechos. No es cosa que me hayan contado: yo mismo he visto á Lucía correspondiendo á insistentes y ardorosas miradas de Alfredo de una manera que se habría engañado el menos crédulo; como también la hemos visto todos, pasarse con él horas y horas donde quiera que se encontraban, no obstante constarle que eso importaba implícitamente una aceptación. Diga Vd. que para ciertas personas lo justifica todo el criterio de la conveniencia. Mientras Lucía no tenía mejor proporción, ¿por qué desatender á Alfredo? Cuando se presentó de nuevo Gimenez, fué ya otra cosa; de un lado sólo estaba la fortu-

leza de un alma joven, leal y resuelta al trabajo; del otro una existencia gastada y viciosa, pero forrada en billetes.

—No veo sin embargo—observó Enriqueta—el único hecho que podría autorizar la suposición de Vd., á saber: que la familia de Lucía esté en situación de necesitar de ese casamiento. Es una familia que tiene *su pasar* y aun se dice que algo más, como Vd. no ha de ignorarlo.

—Don Joaquín ha perdido mucho últimamente.

—No ha de haber sido tanto. Por lo demás, yo no puedo aprobar evidentemente el proceder de Lucía; pero tengo que reconocer que ha podido ella muy bien suponerse que el entretenimiento sería mútuo, imaginándose en Alfredo un hombre como la generalidad, es decir creyendo que la festejaba por pasatiempo.

Era una objeción que no había previsto Ricardo, y que no se destruía fácilmente, por cuanto nada podía haberse dado más á propósito para el carácter de su malogrado compañero que la sospecha en ella insinuada. Con todo, no fué esto lo que llamó la atención de nuestro amigo, sino la idea en sí misma, por el concepto que revelaba se había formado Enriqueta del

hombre. ¡Cómo! ¿Verdaderamente la sinceridad y la constancia serían á juicio de ella privilegio de la mujer? Esto era sencillamente un contrasentido, que no se comprendía como podía prohibirlo una niña notoriamente sensata. ¿Lo habría dicho en broma? Interesado en averiguarlo:

—Son más de lo que se cree—murmuró bajando la voz—los hombres que aman una sola vez.

—¿Conoce Vd. alguno?—le replicó su compañera en el mismo tono.

En este momento Guillermo, que acaba de llegar y observaba todas las parejas, se acercó á la formada por Ricardo y Enriqueta, saludó al primero como si nada hubiera pasado entre ellos y, dando lugar al doctor Taboada, que le seguía, se lo presentó á la última con estas palabras:

—Uno de mis mejores amigos, que desea le concedas la pieza siguiente.

A Ricardo no quedó más recurso que tragar saliva. Sospechó al instante, como es de suponer, á dónde iba dirigido el tiro, pero no queriendo que le quedara la más mínima duda, procuró, no bien quedó otra vez sólo con Enriqueta, averiguar de ella un dato que precisaba.

—He ahí un hermano como pocos—la dijo—Vea Vd. como se ha acor-

dato de presentarle amigos. Laudable costumbre. Digo esto, porque supongo no lo habrá hecho esta noche por primera vez, ¿no?

—Es muy bueno Guillermo—respondió Enriqueta evadiendo la respuesta—Hoy mismo es gracias á él que estoy aquí, pues mamá no podía traerme y la compañía de Lucía, aunque suficiente para la venida, no lo era para el regreso á media noche: pero, como le decia, él se prestó á acompañarnos. En los días anteriores, igual cosa; varias veces que lo necesité lo encontré bien dispuesto, á pesar de los dolores neurálgicos atroces que le había dejado el accidente de la Plaza Eúskara.

—¿Accidente? ¿cuándo?

—¡Cómo! ¿No ha sabido Vd? Fué el mismo día del duelo.

Toda la escena á que dió lugar en la quinta de Vicente Lopez la inusitada provocación de Guillermo, apareció instantáneamente en la memoria de Ricardo. ¿No sería ese el accidente, aunque convenientemente transformado por las razones que se adivinan? Todo autorizaba á creerlo, pero Ricardo estaba resuelto á no hablar sobre ese particular sino tan sólo en caso de necesidad y siguió escuchando á Enriqueta, que decia:

—Jugaba á pala con otros y uno de

ellos, en un descuido, le asestó del lado izquierdo de la cara la pelota con tal fuerza que saltó una muela y otra se partió mal. Un golpe terrible. El dentista dijo al verlo que era ni más ni menos que una coz.

— ¡Qué bárbaro!

— ¿Eh?

Ricardo no pudo responder porque presentándose el Dr. Taboada á reclamar la pieza prometida, tuvo que entregar la compañera. Le vino bien, primeramente, porque iba á salir del paso de una manera poco airosa, contestando que había dicho bárbaro refiriéndose al autor del golpe, no al dentista; y luego, porque estaba deseoso de un rato de libertad para decidir su actitud frente á la nueva provocación que entreveía en el proceder de Guillermo.

Era indudable á su parecer que éste se había propuesto otra vez hostilizarle: lo que fuera simple sospecha cuando supo que de la noche á la mañana Enriqueta se había encontrado con un hermano pronto á complacerla en todo, convertíase en certidumbre ante el hecho, que se había seguido, de la brusca presentación de Taboada; en el primer caso, Guillermo había procurado probablemente ganarse la estimación de su hermana

para poder aconsejarla y dirigirla ; en el segundo, comenzaba de hecho á intervenir.

¡ A intervenir ! Ricardo se sublevaba de sólo pensarlo. Que lo hiciera un padre á propósito de una persona desconceptuada é indigna, santo y bueno ; ¡ pero un hermano, y con respecto á él !

A no ser que... Mas ¿ cómo podía habérselo supuesto Guillermo, si jamás había tenido él con Enriqueta atenciones de aquellas que justifican una broma ? Cierto que la apreciaba de una manera especialísima ; que á su lado perdía muchas veces la noción del tiempo ; que confundidas sus miradas una sensación dulcísima invadía todo su ser ; y que en las horas de desaliento y postración, nada más eficaz conocía para levantarse vigorizado y animoso, que el recuerdo de su amiga, ante la cual, pudiendo impedirlo, nunca se hubiera conformado con mostrarse débil y caído : pero esto sólo él y Dios lo sabían, porque de sus labios jamás había salido una palabra que lo hiciera trascender ; y porque para que sus actitudes hubiesen podido traicionarlo, habría sido menester no oponer al referido sentimiento, como lo había hecho cuantas veces se manifestó, toda la fuerza de su férrea voluntad.

¡ Ah! ¿ Por qué no había nacido Enriqueta en el seno de una familia humilde? ¿Cómo se hubiera apresurado entonces á solicitarla de rodillas para compañera de su vida! Pero había nacido rica y la habían hecho rumbosa, dominante y altanera: ¡oh! sudaría sangre si era menester, mas no sólo no daría un paso en el sentido á que le arrastraban los grandes méritos que en otro orden era el primero en reconocerla, sino que opondría además altivez á altivez y orgullo á orgullo.

Pensar esto y hacerlo había sido para Ricardo, como sabemos, una misma cosa; mas con la actitud asumida por Guillermo, lo que fuera esfuerzo voluntario se convertía de súbito en el acatamiento de una imposición que no podía consentir un hombre como él, celoso de su dignidad á la par del que más. ¿No le correspondía hasta por decoro aceptar el reto y mostrar á Guillermo que si dejaba libre el campo á los pretendientes de su hermana, lo hacía lisa y llanamente porque se le daba la gana?

Ricardo por toda contestación buscó á Enriqueta y la pidió otra pieza.

Mientras tomaba asiento cerca de ahí á la espera de su turno, Taboada, que continuaba todavía como compa-

fiero de aquélla, dirigió la vista hacia la puerta del vestíbulo, donde había aparecido Guillermo, y cambió con él una mirada de inteligencia.

Minutos después pasaba Enriqueta del brazo de Taboada al de Ricardo; mas apenas habían dado cuatro pasos, se presentó Lucía á decir á la primera, de parte de Guillermo, que era llegada la hora de retirarse.

Enriqueta vaciló.

- Me ha encargado además que te acuerde—añadió la del mensaje—tu compromiso de no hacerlo esperar.

-- Perfectamente — respondió, decidiéndose, Enriqueta—Iré en seguida.

Y mirando á su compañero le pidió la condujera al *toilet*.

XXII

La señora de Perez Gonzalez no había podido acompañar á su hija al recibo en lo de Montemar, por tener que visitar indefectiblemente esa misma noche á la Sra. de O'Donnell.

¿Indefectiblemente? Así como sueña: era la expresión usada por ella.

Esto parecía indicar que no la llevaban á casa de dicha señora motivos de mera sociabilidad; y realmente era así.

Sucesos para cuyo relato se requieren algunas páginas, habían atraído sobre nuestra protagonista hostilidades que acababan de obligarla á poner en juego todos sus recursos, para sostenerse en la presidencia de la Sociedad Protectora de la Orfandad.

La Sra. de Perez había visitado cierto día varios establecimientos confiados por la caridad pública á la dirección de Hermandades religiosas, y refiriendo sus impresiones á sus colegas de la Comisión Directiva de la sociedad que presidía, dijo que había encontrado en aquellos establecimien-

tos, un orden tanto más de admirar, cuanto que bien sabían todas las personas que la escuchaban, el tiempo que llevaba la Sociedad Protectora de la Orfandad luchando por formar en su Asilo un personal no ya abnegado sino simplemente correcto. No habituadas sus compañeras á oír la apreciaciones de esa naturaleza, se sorprendieron, y como alguna lo manifestase así:

—Más todavía puedo decir—añadió la Sra. de Perez Gonzalez—con lo que nosotras gastamos en una sola casa, las Hermanas sostienen dos.

Sobrevinieron á este respecto observaciones que produjeron un ardiente debate, y al día siguiente corrió el rumor de que la Sra. de Perez, pasándose de pronto á las filas ultramontanas, se había resuelto á cambiar el espíritu y la acción de la sociedad que dirigía, entregándola maniatada al elemento conventual.

—¿Habré dicho inadvertidamente algunas palabras demás?—se preguntó sobresaltada la madre de Enrique, al tener conocimiento de aquel rumor.

Mas sus recuerdos de la reunión desvanecieron todo recelo. Cierto era que ella había hablado como hemos visto, á propósito de algunos Asilos di-

rígidos por Hermanas; y cierto también que no miraba con malos ojos la posibilidad de un cambio de rumbos en la Sociedad Protectora de la Orfandad, desde que había observado que á los niños del Asilo sostenido por la misma, apenas se les infundía una vaga noción de Dios, que seguramente no resistiría á los embates de las pasiones y sobre todo á las sugerencias siniestras de la miseria atea, la cual ya estaba dando sus frutos en los salvajes atentados anarquistas que conmovían á cada paso á la Europa; pero si por lo primero nadie podía hacerla cargos, pues ella se había limitado á referir lo que había visto y podía ver cada una de las señoras á quienes no bastase su testimonio, por lo último muchísimo menos, puesto que no había pasado todavía de una impresión cuidadosamente conservada en lo íntimo de su alma.

Persuadida la señora de Perez Gonzalez de que, careciendo el rumor de fundamento, no tardaría en desaparecer, había concluido por olvidarlo, cuando un incidente que no podía entrar en sus previsiones lo hizo resurgir.

Don Joaquín Rodríguez, por pedido del cual, como sabemos, había consentido ella en adelantar de su bolsillo

ocho mil pesos á los constructores del edificio del Asilo, se presentó inesperadamente á manifestarle que aquéllos no podrían llenar sus compromisos si se descontaba el dinero anticipado, de la cuota que debían percibir en esos días; por lo que solicitaban se hiciera de ese anticipo una deuda especial, en garantía de la cual sustituirían ellos la obligación que habían dejado, por un pagaré á seis meses de plazo renovable por otros seis. La señora de Perez contestó como puede suponerse. Había facilitado los ocho mil pesos condescendiendo al empeño del amigo consecuente de tantos años, pero sin imaginarse que pudiesen sufrir alteración las condiciones en que se hacía el préstamo, estando como estaba de por medio la seriedad del mismo amigo en cuyo obsequio había hecho aquel servicio; por otra parte, se veía en el caso de ni siquiera poder tomar en consideración la propuesta, por cuanto revelaba una tendencia acentuada á la explotación en los contratistas, quienes habían respondido con todo género de informalidades y aun con no pocos abusos á las contemplaciones y favores de que habían sido objeto por parte de ella. Don Joaquín defendió resueltamente á los atacados: eran muy buenas per-

sonas, trabajadoras y honradas á carta cabal, pero en quienes parecía estarse cebando la desgracia; ¿podía por ventura haberles culpa en el hecho de que la ruidosa quiebra que anunciaban y comentaban todos los diarios, les hubiera arrastrado arrebatándoles la mayor parte de los recursos con que contaban cuando firmaron el contrato para la edificación del Asilo? Era que los perseguía la fatalidad, con la cual no debía aliarse una persona de sentimientos tan elevados como la viuda de su grande y nunca bastante llorado amigo el Dr. Perez Gonzalez. La señora estuvo á punto de ceder ante este recuerdo, tan hábilmente traído; pero pudo más cierta desconfianza instintiva que había comenzado á apoderarse de su ánimo ante la forma extraña y el giro ulterior más extraño todavía de aquella operación, en la cual ni antes ni entonces habían aparecido para nada los verdaderos interesados.

—Lo siento, don Joaquín—respondió—pero en esta ocasión me es imposible complacerle: necesito ese dinero en la fecha que convinimos cuando lo proporcioné.

Esto fué dicho con el acento decisivo propio de quien adopta una resolución irrevocable; y así debió com-

prenderlo el Sr. Rodriguez, porque sin insistir más se retiró.

Antes de las veinticuatro horas llovían de nuevo sobre la señora de Perez Gonzalez, preguntas á propósito del rumor que ella creyera desaparecido. ¿Cuándo se produciría el cambio? ¿Qué Hermanas irían al Asilo? ¿Se nombraría también Capellán? La señora aprovechaba estas oportunidades para poner á las curiosas en antecedentes de lo único que había pasado; pero así y todo el rumor persistía. Era evidente que una mano interesada en crear dificultades á la sociedad, ó á su Presidenta, agitaba el asunto no bien comenzaba á languidecer. ¿Qué mano? Ese era el enigma.

A los pocos días llegó á oídos de la señora de Perez la noticia de que algunas señoras de la sociedad, habían iniciado trabajos contra su reelección (que propiciaban ya muchas señoras, aunque sin el consentimiento de ella) en la asamblea para la renovación de autoridades que debía tener lugar dentro de los quince días inmediatos. Averiguó, y resultó que se trabajaba por elegir Presidenta á la esposa de don Joaquín. El enigma recibía, pues, un rayo de luz.

La señora de Perez Gonzalez se puso inmediatamente al habla con la

madre de Lucía, y era cierto todo: ella no pensaba en semejante cosa, pero su marido había dicho en la mesa que era una satisfacción para todos los hombres ver figurando á sus esposas, y se había lamentado de que la suya no hubiese hasta entonces conseguido, como tantas otras, ser Presidenta de alguna sociedad; más tarde la visitaron dos señoras de su relación,—muy amigas, como que estaban casadas con los dos más antiguos compañeros de su marido, compañeros de paseos, de negocios y de logia,—y hablando de las elecciones de la Sociedad Protectora de la Orfandad, á la que ambas pertenecían, la preguntaron como por incidencia si aceptaría que se levantase su candidatura á la presidencia; vió en ello una ocasión providencial de complacer á su marido y manifestó que sí en el acto.

—Supongo que no lo tomarás á mal—añadió la señora de Rodríguez.

—De ninguna manera; ni habría motivo para ello.

—Lo que yo me decía; bien cansada que estás tú de estas historias; pensar en reelegirte es una imprudencia que no tiene perdón.

La señora de Perez Gonzalez sabía cuanto necesitaba y se despidió.

Con el golpe de vista rápido que le

había concedido el cielo, dióse cuenta en seguida no sólo de que todo aquello significaba que don Joaquín pretendía manejar la sociedad á su antojo, sino también de que no la quedaba otro recurso, para evitarlo, que contestar sin pérdida de tiempo á las hostilidades con la declaratoria de guerra.

Firmemente convencida de la verdad de esta deducción, no pensó ya sino en la forma de hacerla práctica.

Lo primero que se le ocurrió fué inaugurar con una solemne fiesta el ala izquierda del edificio del Asilo, á la que sólo faltaba una marco de blanco: ¡qué excelente oportunidad para distinguir y atraer con comisiones honrosas á las señoras más influyentes de la sociedad; pero con eso no conseguía—pensó la señora de Perez—lo que más la interesaba r.o aplazar, á saber: un acto, una demostración cualquiera que importase para el señor Rodríguez una notificación formal de que ella estaba resuelta á dar á su pretensión el escarmiento que merecen las insolencias.

A raíz de esta reflexión, llevóse la mano á la frente y exclamó:

—Tonta de mí, que no había caído; todo, absolutamente todo se consigue con hacer presidir la fiesta por el superior Arzobispo.

No podía imaginarse, en efecto, cosa más mortificante para don Joaquín, quien siempre que había sido propuesta esta idea, la había combatido hasta obtener la seguridad de que sería desechada.

La señora de Perez Gonzalez puso, pues, en seguida manos á la obra, y antes de las veinticuatro horas había obtenido de todas sus amigas de la Comisión Directiva, que constituían mayoría, la aprobación de la fiesta y de la invitación al Prelado.

Al día siguiente, en circunstancias que se preguntaba si no sería infructuosa, por razón de algún compromiso anterior, la nota que de acuerdo con la autorización que la dieran sus colegas había remitido á Su Ilustrísima, uno de los contratistas de las obras del Asilo pidió verla. Habló durante un buen rato, nombrando varias veces á don Joaquín y secándose de cuando en cuando alguna lágrima que se desprendía de sus párpados.

La señora de Perez Gonzalez lo hizo sentar y se quedó pensativa.

Acababa de saber la verdadera historia del anticipo de los ocho mil pesos, pues el sujeto que tenía por delante se había expresado con entera confianza, una vez que obtuvo, bajo

palabra de honor, la promesa de que se le guardaría estricta reserva: él y su socio habían aceptado la letra que respondía del dinero que adelantara la señora de Perez, porque negarse á los insistentes pedidos de don Joaquín, grado 33 de la masonería y Venerable de la logia en que estaban ambos inscritos, hubiera sido desconflar de su honradez, ó lo que es igual faltar á la obligación que se habían impuesto ellos, al iniciarse en la Orden, de honrar siempre y en todo lugar á los altos grados de la misma; don Joaquín les había dado un documento como constancia de que los ocho mil pesos eran para él y corría por tanto de su cuenta la devolución; mas imposibilitado éste, por contrastes inesperados, de hacerla en la fecha del vencimiento, ¿era justo que cayera sobre ellos el trastorno consiguiente á un desembolso como ése, siendo así que todo podía conciliarse con el otorgamiento de una nueva letra á mayor plazo?

La señora de Perez Gonzalez no pudo menos que compadecerse, pues sabía que en la pendiente de las operaciones turbias todo es dar el primer paso, y así no le parecía improbable, después de lo que acababan de contarle de Don Joaquin, que la letra tu-

viera que ser retirada en definitiva por aquellos infelices. Reanimó, pues, al afligido visitante dando su consentimiento para la renovación y, una vez sola, se puso á leer un diario de la tarde que le había alcanzado en aquel momento el portero. En la segunda plana y bajo el título de: *El Arzobispo y la Sociedad Protectora de la Orfandad* encontró con la sorpresa que puede imaginarse la noticia que sigue :

« En contestación á una invitación que ha recibido nuestro Prelado para presidir la fiesta con que la Sociedad Protectora de la Orfandad solemnizará el próximo domingo la inauguración de una parte del Asilo que tiene en construcción, el jefe de la Iglesia Argentina acaba de dirigir á la Presidenta de dicha asociación una nota que estamos seguros ha de ser vivamente comentada en nuestros círculos sociales.

« Mal se avendría la presencia de un « representante del espíritu y la acción cristianas—dice el Prelado en la « nota á que aludimos—con el carácter de la obra emprendida por la « Sociedad que Vd. preside bajo los « auspicios de instituciones contrarias « á aquel espíritu y aquella acción. »

« El Arzobispo, que no había sido invi-

tado hasta el presente, como es sabido, á las fiestas de la Sociedad Protectora de la Orfandad, lo fué en esta ocasión merced al empeño puesto en ello por su actual Presidenta y fundadora, la señora de Perez Gonzalez.»

Una cosa llamó ante todo la atención de ésta, no bien concluyó de leer los párrafos que anteceden, á saber: la circunstancia de ser la nota conocida por los diarios antes de que hubiera llegado á su destino. ¿Quién sino una persona interesada en crearla dificultades podia haber estado á la espera de la respuesta de Su Señoría, para informarse de ella acaso por sorpresa y sin pérdida de tiempo dar su esencia á la prensa? La forma misma en que había sido redactada la noticia, confirmaba esta sospecha: tanto las señoras piadosas de la sociedad como las indiferentes en materia de religión, quedaban prevenidas contra la señora de Perez; las primeras, por la desautorización contenida en la negativa del Prelado; las otras, por el parrafito final del suelto, que la presentaba á ella prestigiando la abolición de una de las prácticas que había costado tanto á ese elemento implantar, lo que bien podia parecerles el principio de una campaña reaccionaria general y completa.

El recuerdo de la guerra sorda que la tenía declarada don Joaquín, no pudo dejar de asaltarla ante aquellas nuevas manifestaciones de misteriosa hostilidad. Y fué entonces cuando sorprendió á su hija, que se preparaba para concurrir al recibo de Montemar, con la declaración de que tenía que ver esa misma noche, indefectiblemente, á la señora de O'Donnell.

—Pero mamá, vaya una urgencia!— la había dicho Enriqueta, con la contrariedad que es de imaginarse.—Puedes ir mañana.

—Sí; pero corriendo el riesgo de llegar tarde para mi objeto. ¿No has visto en los diarios que se va á Mar del Plata?

—¿La señora de O'Donnell? He visto sí.

—Pues bien: yo necesito que ese viaje se aplace.

Enriqueta quedóse tan á oscuras como antes, pero conocía bastante á su madre para comprender que toda insistencia sería inútil y procuró asegurarse para el regreso la compañía de su hermano, la que, como sabemos, consiguió.

La señora de Perez Gonzalez encontró á la madre de Ricardo en momentos que salía de sus habitaciones, de gorra y en traje de calle. Estuvo

por retirarse, pero no se lo permitió la dueña de casa y pasaron ambas á la sala. Inició la conversación la visitante con referencias confidenciales que provocaron en la señora de O'Donnell muestras visibles de sorpresa, á lo que siguió el diálogo siguiente:

—Así pues, es necesario que usted se resuelva; al fin y al cabo sólo se trata de una demora de pocos días.

Palabras de la señora de Perez, á las que contestó la otra:

—Sería lo de menos la demora, no obstante responder ese viaje á un mandato de mi médico. Es que me doy perfecta cuenta de que mi candidatura no es viable. Yo no tengo casi méritos en la sociedad. Represento además, una tendencia que puede ser victoriosamente resistida, á pesar del apoyo que, á lo que veo, está usted ahora dispuesta á prestarle, si bien ignoro hasta qué punto y por qué razones.

—Viniendo de mí la proposición, no ha podido Vd. dudar de que me tendría á su lado en cuanto soy y cuanto puedo.

La señora de O'Donnell pareció aquí querer disculparse, pero no la dió tiempo su amiga, quien continuó:

—Respecto á las razones que me han aconsejado este paso, no tengo

por qué ocultarlas. Se reducir, en esencia, á un grande y dolorosísimo desengaño. Me he convencido últimamente de muchos errores; entre ellos, el de haber creído posible la formación de virtudes sólidas, sin religión. Cuando menos lo pensamos se encarga la Providencia de enseñarnos cuánto hay de elástico en las conciencias y de estragado en los corazones que se forman en la incredulidad. ¡Ah! No quisiera para nadie las desilusiones que he recibido. Por algunas de ellas, créamelo señora, siento todavía oprimido y angustiado el corazón.

La señora de Perez Gonzalez dijo lo que antecede con una tristeza más elocuente que sus propias palabras. Indudablemente había en éstas, algo más que una alusión á la deslealtad y turbios manejos que había descubierto en don Joaquín. En efecto; otro recuerdo se unía al del antiguo amigo de su marido que hasta poco antes la tuviera engañada, como á la sociedad en general, con sus apariencias de generosidad y honradez: el recuerdo de una escena que había presenciado varias noches antes en el dormitorio de Guillermo.

Postrado en cama éste á consecuencia de la reaparición de la vieja enfermedad que le llevara á las aguas

sulfurosas de Mendoza, creyó la señora propicia la ocasión para reprocharle con provecho la conducta disipada que llevaba; pero la contestación del hijo fué desatarse, más aún que otras veces, en abrumadores cargos contra los autores de sus días. Si él había salido calavera, culpa era de sus padres que habían tenido á la mano los medios de formarlo hombre de orden; ¿por qué no lo habían corregido cuando sus primeras escapatorias, sacándole sangre á azotes si no bastaban las reprimendas? Por el contrario, aquellas cosas se le festejaron considerándolas revelación de que el muchacho no era tonto... ¡y se quejaban después de que no pudiendo él detenerse una vez colocado en la pendiente, consumiesen sus carnes llagas pestilentes y lo arrastrase cada día más el tedio de la vida al torbellino embrutecedor de las orgías! No podía corregirse: tanto valía pedir á un río que invirtiera su curso, ó á una avalancha que detuviese su marcha;—lo único que podía, era desahogarse maldiciendo el día en que vino al mundo, la hora en que existía y el momento en que no se le ocurrió al destino fulminarlo con un rayo, antes que dejarlo para que soportase en plena juventud el desconsuelo y las náuseas

de verse exhausto y podrido. Fué tal el sufrimiento de la señora de Perez al oirlo, que oprimiéndose la cabeza con ambas manos salió de la pieza diciendo entre sollozos: « ¡ Dios mío !
« ¡ No ser omnipotente, para convencer
« á todas las madres de que es mil
« veces preferible el misticismo más
« exagerado y ciego, á esta horrible
« desesperación ! »

La Sra. de O'Donnell ignoraba estos antecedentes y podía por lo tanto no apreciar lo explicable y justificado de la tristeza que se había apoderado del espíritu de su amiga ; sin embargo, no quiso saber nada más y dando como un hecho la incorporación de la señora de Perez al grupo en que militaba ella, le propuso zanjar la dificultad que las había reunido haciendo apoyar por todo el elemento reaccionario de la sociedad, los trabajos existentes para su reelección como Presidenta.

— De esta suerte — añadió — se le brindaría á Vd. la oportunidad de deshacer por su propia mano todo aquello en que crea haberse equivocado.

La Sra. de Perez Gonzalez opuso á esta proposición algunas objeciones. Ella estaba ya necesitada de descanso, por una parte ; y por la otra, se había puesto al habla con la Sra. O'Donnell llevada del deseo de que las partida-

rias de la reacción procurasen á todo trance asegurarse el triunfo en esa ocasión, y podían no asegurarlo con su candidatura, dada la desconfianza invencible que debía infundir su persona á la mayor parte de las conso-cias que creía poder atraer la señora de O'Donnell.

—Eso correría de mi cuenta—observó ésta.—Las conozco á fondo y sé cuánto respetan mi consejo.

La conversación se prolongó una media hora más, quedando por fin la Sra. de Perez Gonzalez en contestar al día siguiente respecto de su aceptación.

Cuarenta y ocho horas más tarde se reunía en asamblea la Sociedad Protectora de la Orfandad, y por mayoría de diez votos reelegía Presidenta á la Sra. de Perez Gonzalez.

Despidiéndose de ella la Sra. de O'Donnell, una vez terminada la reunión, pudo oírse que la decía:

—Me ha faltado tiempo para contarle el resultado de la diligencia que me encargó.

—Ah, sí; ¿cómo le fué?

—Perfectamente. Su Señoría está ahora en la mejor disposición. La nota fué dirigida en virtud de informes que le llegaron de un conspicuo católico con quien don Joaquín tiene ne-

XXIII

Mar del Plata es de los balnearios argentinos el más ponderado.

Visto al través de las crónicas de sus fiestas de verano, todo es allí magnificencia: nos imaginamos mágicos palacios, sorprendentes paisajes, todo lo que exalta, todo lo que deslumbra la fantasía.

Mirado con los ojos propios, es una simple agrupación de casas del estilo que se observa en los pueblos de la campaña de la provincia de Buenos Aires, alrededor de dos hoteles con infinidad de piezas, que dan frente á una inmensa franja blanca de agua y espumas: el mar. Este último, cuya contemplación para muchos resulta novedosa y á todos agrada; y el terreno ligeramente accidentado que la mirada descubre en los contornos, con modernas quintas airosamente levantadas sobre sus lomas, bien que en proporción bastante menor, bajo el doble concepto del número y de la hermosura, que en los alrededores veraniegos del Norte de la capital fede-

ral, es cuanto podría presentar en materia de recreaciones para la vista Mar del Plata, dentro del radio de su población, si se le exigieran los fundamentos de su fama.

En cambio no pueden ser mayores los halagos con que brinda á los sentidos. Se recuperan las fuerzas que es una maravilla con sus baños, y se aspira vida á bocanadas en la brisa impregnada de salutíferas sales que sopla generalmente. Esto, por supuesto, sin contar las diversiones con que procuran atraerse huéspedes los empresarios de hoteles; las también numerosas que organizan los viajeros entre sí, más agradables sin duda, por lo espontáneas é improvisadas, para los espíritus amantes de la sencillez; y finalmente el placer, tanto mayor cuanto menos disfrutado, de no hacer nada ni pensar en nada.

La Sra. de O'Donnell llevaba dos meses de vida en este balneario, al tiempo en que, reanudando nuestra historia, la vamos á encontrar.

Los primeros quince días la habían dejado tentada de seguir tras de Ricardo, que llamado urgentemente de Buenos Aires se vió de pronto obligado á dejarla sola; pero la llegada de su esposo, que se había resuelto á pasar la temporada en su compañía,

modificó como puede supenese su estado de ánimo. Después vinieron los días deliciosamente templados; los trenes largos y repletos; los desfiles cuotidianos, en la rambla, de las bellezas más afamadas y los personajes más eminentes; las veladas de música delicada, dirigida por los mejores y más aplaudidos intérpretes; toda la variación, todo el bullicio, todas las sorpresas imaginables en un lugar en que la concurrencia incesantemente se renueva. ¿Era posible hablar de regresar? Ni recuerdo de haberlo pensado quedaba ya á la Sra. de O'Donnell, cuando llegó de nuevo su hijo y supo por él que estaban en Mar del Plata desde esa misma mañana la Sra. de Perez Gonzalez y su hija.

—Han sido entonces compañerastuyas de viaje—observó la señora.

—Sí—contestó el joven.

—¿Y hablaste con ellas?

—Un momento. Me encargaron te dijera que te visitarían quizá hoy mismo.

—Cuánto me alegro: estaba deseando verlas. Dime: ¿vienen á hotel?

—No me parece; ¿dónde más comodidades que en su chalet?

—Como tenían intención de alquilarlo....

—Deben haber cambiado de idea, á juzgar por lo que les he cído.

—¿Y Guillermo, por qué no viene?

—Quién sabe! Por ahora, parece dedicado á predicar moral en la Cámara.

—¿Es posible?—exclamó la señora riendo.

—Como lo oyes. Antes de ayer pronunció un discurso, que se lo han elogiado mucho, sobre la necesidad de purificar la atmósfera mezquina en que se desenvuelven al presente las luchas políticas. Protestó contra el fraude á que se entregan sin rubor los hombres más conspicuos, y en frase que le valió una ovación, y se me ha gravado en la memoria, contra «el mercantilismo ignominioso que se alza desvergonzado y procaz sobre los altares derruidos del honor cívico.»

—Triste pero grande verdad—observó el Sr. O'Donnell, que se paseaba tranquilamente por la habitación.

—No he de ser yo quien la niegue—respondió Ricardo—sólo que viniendo de persona que ha subido contradiciéndola...

—Entonces Guillermo...

—Sí, papá; cuando fué electo él, votaron hasta los muertos.

—No sabía; vivo tan alejado de la política...

—A propósito de Guillermo—añadió el Sr. O'Donnell—¿cómo van tus relaciones con él? ¿te guarda todavía rencor?

—Indudablemente; pero me parece que también obra en nuestro alejamiento el hecho de que se cree más que yo.

—¡Más! ¿en qué?

—Política y socialmente.

—No digas. En fin, pase lo primero, porque tú no has debutado aún; pero... ¡socialmente! Tu familia es tan considerada como la suya; tú tendrás título profesional y él no; le llevas no poca ventaja en moralidad... ¡oh! no hablemos, hombre, no hablemos. Ni en cuanto á fortuna.

—Pero, papá; yo no sé que tú seas rico.

—No lo seré; mas lo que puedo asegurarte es que no porque tenga la familia de Guillermo coche propio y abono en la Ópera, y la mía no, hemos de ser menos nosotros. Yo puedo gastar todo lo que ellos gastan. No lo hago, porque no lo creo necesario, ni me gusta.

Ricardo miró con sorpresa al autor de sus días, quien continuó:

—¿Te llama la atención? No me extraña. De común acuerdo te hemos educado, tu madre y yo, como si sólo

tuviéramos lo estrictamente necesario. Y á fe que no nos pesa. Por de pronto, no has salido nulo ni calavera: como la mayor parte de los que crecen, sabiendo que la necesidad ha de ser para ellos palabra sin sentido.

El Sr. O'Donnell hizo aquí una breve pausa para encender un cigarrillo.

—La fortuna de los Perez Gonzalez ha sido muy sólida—continuó—pero van transcurridos muchos años sin que nadie se preocupe de acrecentarla. El capital con que yo me metí á estanciero cuando corté mi carrera médica, no era gran cosa; pero ha sido regado con mi sudor de treinta años. ¿Vas comprendiendo?

—Sí, papá.

—Añade ahora que tú eres hijo único y Guillermo no, y dejará de parecer-te sorprendente lo que te dije hace un instante.

El Sr. O'Donnell se calló y miró á Ricardo, como dándole lugar á que dijera algo. Este, que se había quedado pensativo, esperó un momento y como viera que no se reanudaba la conversación, pasó á la pieza inmediata, de donde no volvió hasta la hora del almuerzo.

Por la tarde, no bien el sol se alejó á los últimos confines del horizon-

te, se presentaron, como lo habían anunciado, la Sra. de Perez Gonzalez y Enriqueta. El gusto con que se vió que hacían la visita, no impidió que la Sra. de O'Donnell notara á entrambas como bajo el asedio de una preocupación. Se disponía á hacer en este sentido alguna manifestación exploradora, cuando su amiga la sacó de dudas con estas palabras:

—Habíamos pensado venir más temprano, á fin de que pudieran Vds. conocer la quinta; pero nos esperaba hoy en ella una mala noticia, y se nos quitaron de tal modo las ganas de salir!

—¿Alguna desgracia de familia?

—No precisamente eso, pero tan sensible para nosotras como si la desgracia nos tocara de cerca. Lucía Rodríguez acaba de perder á su padre.

—¡Á su padre!—exclamó Ricardo sorprendido, inquiriendo al mismo tiempo si era noticia de buen origen.

—Del mejor—respondió la señora—Lucía misma nos la ca desde Montevideo en carta que ha llegado antes que nosotras, pues ella nos suponía acá desde la semana pasada.

—Se lo preguntaba, porque no hace nada que encontré yo á don Joaquín sano y bueno en los alrededores de la Bolsa. ¿Ha sido muerte repentina?

—Cuando menos podía esperarse. En la habitación que el desgraciado había tomado en el hotel de los Pocitos, horas antes de dispararse en la sien el tiro que ha concluido con él.

—¡ Ah!... suicidio.

—Y ni siquiera se conocen las causas que lo han decidido á ese paso— agregó la señora de Perez—En su cartera sólo se ha encontrado un papel con estas desconsoladoras líneas: « No se culpe á nadie de mi muerte. Me mato por mi propia mano, porque no puedo más con la vida ». Es cuanto nos dice Lucía.

Sucediose un silencio de algunos minutos, revelador de que á todos causaba impresión el suceso; silencio que el Sr. O' Donnell interrumpió diciendo:

—¡ Pobre familia!

—Dice Vd. bien—contestó al momento la señora de Perez—Es una nada envidiable situación: la viuda probablemente sin recursos, porque estaba pobrísimo don Joaquín; y la hija con un marido que es una calamidad.

—¡Cómo! ¿ No es feliz Lucía? —preguntó interesada la madre de Ricardo.

La contestación no pudo oírse, porque fué dada en voz baja, tono también en que siguieron las dos señoras su conversación.

Como el Sr. O' Donnell, que estaba sentado al lado de Enriqueta, se levantara en ese momento y saliese de la pieza, Ricardo ocupó su lugar con toda naturalidad.

Esto no podía extrañarse á pesar del carácter mostrado por el joven en los capitulos anteriores, porque durante su estadía en la capital se había producido varias veces el mismo caso.

Efectivamente: en las carreras del premio internacional, como en las regatas del Tigre, como en las fiestas primaverales del parque Lezama se le había visto acercarse á Enriqueta y atenderla, cual si de pronto hubiera perdido el temor á la murmuración y las bromas, hasta poco antes característico en él. ¿Era simple consecuencia del propósito que suscitaban en su alma las hostilidades de Guillermo en el baile de Montemar, ó mera obra de la atracción que habían ejercido siempre sobre él las cualidades de la niña? Probablemente, las dos cosas. Porque si nunca había dejado de sentir en su amor propio la picazón consiguiente al desprecio que envolvía la actitud de Guillermo, no podía tampoco negar que cuanto más trataba á Enriqueta más encantos descubria en ella y me-

nos incompatibilidades de carácter de las que se había imaginado.

Esta última impresión hubo de afirmarse más que nunca, aquella tarde, porque Enriqueta no sólo estuvo de amable que daba gusto, sino hasta llegó á ceder en una cuestión que se produjo entre ambos, á poco de conversar; lo que en concepto de Ricardo debía de ser un verdadero triunfo, puesto que frecuentemente solía decirse para sí, que el día que viera á su amiga no salirse en algo con la suya por un desistimiento voluntario, ese día tendría que dudar de que ella fuera ella, tan convencido estaba de que si Enriqueta era á todas luces una muchacha inteligente y bondadosa tenía en su contra una porfiadez, que la convertía en el genio y figura de que habla el refrán.

Enriqueta, ya lo sabemos, tenía de Ricardo una opinión parecida; mas no es esto lo que por el momento nos interesa, sino saber lo que sucedió después del inesperado rasgo de la niña á que se ha hecho alusión.

Aunque á Ricardo no se le ocultaba que aquella rara condescendencia de su amiga podía ser sólo un caso aislado sin ninguna significación, conmovía tan gratamente su corazón la idea de que sus deseos comenzaban á significar

algo para la misma, puesto que los tomaba en cuenta y atendía, que brilló con raro fulgor la mirada é invadió su alma una sensación de indecible dulzura; al mismo tiempo que del fondo de su pecho se levantaba avasalladora una protesta, por la lucha que venía sosteniendo contra la ardiente simpatía que esa niña le inspiraba. Pues no había entre ambos una gran diferencia de posición, según lo dieran claramente á entender poco antes las palabras de su padre; y pues era Enriqueta perfectamente susceptible de amoldar su carácter á otros gustos que los propios, como lo demostraba el acto que le acababa de impresionar tan favorablemente, ¿por qué seguir resistiendo, por qué no entregarse por entero y dar libre salida al torrente de ternura comprimido hacía tanto tiempo dentro de las paredes de su férrea voluntad? ¡Que una vez dado ese paso no podría retroceder! Lo sabía; pero ¿acaso podía taparse el cielo con un harnero? Dijeran cuanto dijeran sus labios sobre los defectos de Enriqueta, ¿no era evidente que esa mujer estaba para él sobre todas; y que su imagen nunca, no le cabía la menor duda, nunca se borraría de su memoria?

Todas estas reflexiones pasaron por

la mente de Ricardo, al mismo tiempo que contestaba como mejor podía á una infinidad de preguntas que le hacía Enriqueta sobre los proyectos con que llegaba al balneario; y le continuaron trabajando de tal modo en la media hora más ó menos que se siguió, que acabó por resolverse á jugar el todo por el todo. Pero qué mala estrella la suya. En el preciso instante en que se disponía á realizar su propósito reapareció en la sala el Sr. O'Donnell, y en forma que necesariamente tenía que llamar la atención de todos los presentes, á saber: con el semblante arrebatado y otras muchas inequívocas señales de extraordinaria agitación.

Las dos señoras fijaron en él una mirada de sorpresa, á la vez que suspendían la conversación en que estaban engolfadas y que diera momentos antes á Ricardo la seguridad de no ser oído ni observado.

—¿Qué te pasa?—preguntóle alarmada su esposa levantándose.

—Nada, mujer. Cuestión de carácter, simplemente. Este maldito genio que se me sube conforme oigo disparatar.

—Vaya; temí que fuera otra cosa—repuso la señora, tranquilizada, volviendo á sentarse.

—¿Y dónde y sobre qué ha sido la

discusión? —preguntó la señora de Perez Gonzalez—Porque supongo que el origen de todo habrá sido una discusión...

—Así es. Fué en la sala de lectura. Había ido allí en busca de una ilustración europea, que me pareció podía interesarla ver á Vd., porque se ocupa de una nueva forma de arbitrar recursos para la caridad, que acaba de ensayarse con éxito en Paris... (Vea Vd. lo que son las cosas; de lo que menos me he acordado es de traer á Vd. el periódico; ¡esta cabeza mia!....) Pues como decía, llegué al salón y me encontré con una rueda de antiguos conocidos que conversaban sobre caballos y fiestas. Me saludaron, saludé; siguieron hablando, escuché; pidióseme parecer, lo dí; y á lo mejor me ví mezclado en una.... pero vale más que me calle. ¿Qué quieren Vds? Yo no puedo. Soy así. Sólo recordar esa discusión me subleva.

Dijo y comenzó á pasearse, nervioso, por la pieza.

—Miopes!—continuó, como si hablara consigo mismo.—Lucir, gastar, gozar y nada más; paparrucha el deber; antigualla el ideal; vana frase el honor; y quien por ellos aboga, aún cuando peine canas y haya buscado afanoso la verdad en quinientas obras,

ignorante, atrasado, momia. ¡Ah! Cómo se desconsuela el alma!

—¿No ves?—observóle su esposa— Siempre te lo repito y siempre los hechos me dan la razón. Cuánto más te conviene sólo hablar, donde tienes la seguridad de que han de escucharte con respeto.

El Sr. O'Dornell se quedó un instante pensativo.

—En medio de todo—añadió de pronto—ha sido una lección provechosa. No he de ser yo quien lleve en adelante cerrados los ojos para los peligros de la vida regalada. Parece increíble. Si es que no desaparecen, declinan lastimosamente las cualidades que realzan más la naturaleza humana. Queda sólo el hombre-materia; como quedan sólo también, en el otro sexo, mujeres sin otra misión al parecer, en la vida, que la de exhibirse corriendo de ostentación en ostentación y de fiesta en fiesta. ¡Oh! Mujeres en ninguna de las cuales ha de fijarse seguramente mi hijo con mi consentimiento.

La mirada de Ricardo reflejó, al oír esto, una impresión de inquietud. Cuanto á Enriqueta, siguió impassible echándose viento con el abanico.

—Bien; pero hay que tener cuidado de no confundir—dijo en este momen-

to la señora de O'Donnell á su marido—Pues hay muchas niñas de mérito entre esas que figuran todos los días.

—No me digas. Pura bambolla. Todo lo excelentes que tú quieras como bellezas y como figurines. . pero en definitiva, una inutilidad y unas pretensiones! Una verdadera hipoteca, mujer!

Enriqueta volvió la vista hácia Ricardo, no bien el Sr. O'Donnell dijo lo que antecede y le dirigió la palabra de esta suerte :

—¿Sabe Vd. lo que me va pareciendo?

—¿Qué?

—Que su papá es muy cruel con las niñas á que alude. Debería tener compasión de la situación terriblemente desesperada en que van á quedar, cuando sepan que irremisiblemente se quedan sin Vd. A lo menos, que no las tome de golpe la noticia. Vd. vá á abogar en ese sentido, ¿me lo promete Vd? ¡Por caridad!....

Ricardo se sonrió siguiendo la broma, al mismo tiempo que ponía en juego todo su ingenio para dar con una salida airosa de aquella incómoda situación.

¿La encontró? Probablemente no, porque continuó conversando con Enriqueta cerca de un cuarto de hora más y, sin embargo, como le pregun-

taran si iría á caballo ó en coche á un paseo al Faro que acababa de organizar la señora de O'Donnell, para el siguiente día, contestó :

—¿Mañana? Ni á caballo ni en coche. No puedo, porque tengo un compromiso.

—Elúdelo de algún modo—díjole su padre.

—Imposible: he dado formalmente mi palabra.

El Sr. O'Donnell, que sabía no podía ser cierto lo del compromiso, por una conversación que había tenido horas antes con Ricardo, se quedó mirándole fijamente. Debíó comprender, empero, que insistiendo podía cometer una imprudencia, porque murmuró en seguida :

—Pues hijo, lo siento... Vaya un paseo divertido para esta señorita el de mañana. Entre viejos...

—Eso no—respondió al instante Enriqueta.—Muchas veces nos es preferible á nosotras el trato de los señores mayores.

Ricardo se agitó inquieto en la silla, y con el movimiento cayó al sue'o una pantalla que tenía sobre las faldas.

—Qué nervioso está Vd.—le observó Enriqueta.—Tranquílcese: con lo que

he dicho no he querido referirme á usted.

—Aún cuando lo hubiera querido : crea que para mí habría sido igual, porque me tiene sin cuidado lo que pueda Vd. pensar de mí.

—Galantería se llama esa figura, ¿no?

—No señorita. Se llama ser bastante noble para decir las cosas directamente.

El Sr. O'Donnell, que se había sentido ya tentado de intervenir, intentó hacerlo á raíz de las palabras que anteceden, pero fué ese el momento en que la señora de Perez Gonzalez se levantó y despidió.

XXIV

Al día siguiente, de vuelta del paseo al Faro, los esposos O'Donnell se comunicaban sus impresiones en la misma habitación en que poco ha los hemos visto. Tenía la palabra el marido, y hablaba de Enriqueta.

—Sabía que era una niña apreciable por muchísimos conceptos—decía—pero me ha sorprendido asimismo su discreción y buen juicio.

—Todos los que la tratan dicen igual cosa. Por mi parte, la quiero lo que no tienes idea.

—Cómo me gustaría para Ricardo.

La señora desvió sus ojos de los de su marido, que la observaban, y se quedó silenciosa.

—No me negarás—prosiguió éste—que reúne cuantas condiciones se pueden exigir.

—¡Negarlo yo! ¿No conoces cuanto la estimo y distingo?

—Como no decías una palabra y ponías cara de disgusto...

—No por la niña, que le quedaría eternamente agradecida á Dios si se

la concediera á Ricardo, sino por lo que ha sucedido. De lo cual, al fin y al cabo tienes toda la culpa tú. Porque así son los hombres; no se dan cuenta de nada. ¿No veías ayer, por Dios, cómo estaba Ricardo de rendido?

—Tan lo veía, que fué por eso que me fuí al salon: como la silla inmediata á Enriqueta la ocupaba yo...

—Sí. ¿Y sería por eso también que saliste con aquello de las muchachas hipotecas? ¡Delante de Enriqueta, que sabes tiene que figurar constantemente y vivir en la suntuosidad, por las exigencias de la misma posición social de su familia!

—Pero, mujer: ¿cómo me iba á imaginar...

—Pero, hombre: ¿qué se había hecho tu perspicacia?

—Yo aludía á los casos que todos conocemos, no á ella que es una niña moderada en sus diversiones como en su arreglo.

—Pues te explicaste mal, entonces. Y es lástima. Porque ya la cosa no tiene remedio.

—Pero, ¿se puede saber lo sucedido?

—No estoy bien al cabo, porque Ricardo ha sacado el cuerpo á la mayor parte de mis preguntas. Pero parece

que Enriqueta, comenzando por comentar irónicamente las palabras tuyas respecto á las muchachas que brillan y se divierten, pasó, cambiando de tono, á apreciar en serio tu actitud; la cual dijo demostraba que eras «un rico tipo.»

—¿Yo?

—Tú, sí; y más aún; porque, ¿qué sino una ridiculez podía ser—dijo ella— el pretender que la mujer viva encerrada entre cuatro paredes?

—¡Si yo no he dicho tal!—interrumpió el Sr. O'Donnell.

—Ya lo sé; pero ella lo ha interpretado así. Ahora bien: ¿podía guardar silencio Ricardo? Claro que no. Procuró escusarte, pero ¡ni por esas! Enriqueta se había picado y no sólo no escuchaba razones sino que comenzó á hacerte víctima de ese fino titeo á que suele recurrir cuando le da por chocar, y que es tan temible en ella. Ricardo, cuyo carácter conoces tú bien, tenía que concluir por no aguantar. Y esta es la hora en que ni se ven ni se hablan.

El Sr. O'Donnell se levantó y dió algunos pasos por la pieza.

—Pero alguna compostura ha de tener la cosa—dijo de pronto.

—A menos que no la componga Dios! Los dos son cortados por la misma ti-

jera. Susceptibles y porfiados hasta el extremo.

—De manera que sería inútil empeñarse...

—Completamente inútil, á mi juicio.

—¿Sabes una cosa, mujer?—volvió á preguntar el Sr. O'Donnell al cabo de unos minutos de silencio.

—¿Qué?

—Que me he convencido. Soy el individuo más torpe que pisa el globo.

Ricardo llegó á la hora de comer, y, lejos de mostrarse preocupado, estuvo expansivo como pocas veces y hasta jovial.

Le hablaron de un compromiso que habían contraído con la familia de Perez Gonzalez de salir al día siguiente, por la tarde, á recorrer los alrededores.

—¿Nos acompañarás?—preguntóle su padre.

—No me va á ser posible. Estaré á esa hora á varias leguas de aquí. En una estancia que hemos convenido en visitar varios amigos.

—Pues señor, esté de Dios que Enriqueta no tenga compañeros proporcionados á su edad y condición. Otra vez me tendrá á mí: ¡pobre! Aunque á decir verdad y vanidad á un lado nada que se aburrió hoy con mi char-

la. Cómo estaba de interesante, hijo, tu amiga. Bien es cierto que nunca la he visto tan conversadora y tan alegre.

El Sr. O'Donnell miró al decir esto á Ricardo. Turbado debía de estar, puesto que se afanaba por cortar una rebanada de pan, sin ver la que le pusieran al principiar la cena, que estaba sin tocar á su derecha.

—¿Y á que no te figuras—prosiguió aquél—lo que me dijo de tí?

—Sí. Lo de costumbre. Que soy un excéntrico ó un bilioso... ya lo sé.

—Pues no. Nada de eso. «Su hijo, señor—me dijo—es así, algo tocado ¿sabe?...»

El Sr. O'Donnell se llevó el dedo índice á la sien derecha, al decir esto, movimiento que arrancó á Ricardo estas palabras:

—¿Ve Vd? ¡Si la conoceré yo!

El Sr. O'Donnell concluyó su frase:

—«Pero indudablemente tiene un noble corazón y es un amigo irreemplazable.»

El joven no esperaba sin duda esa conclusión, porque al oírla quedó como desconcertado y por espacio de algunos minutos no dijo una sola palabra.

El sol incomodaba todavía, cuando el break de la quinta de Perez arran-

có en la tarde siguiente de la puerta del hotel, conduciendo á las dos familias que en este capítulo figuran, exceptuando, como se habrá ya supuesto, á Ricardo. Querían los presentes a'ejarse una buena distancia de la población y anticipaban un tanto, por eso, la hora habitual de salir.

Pasadas las primeras impresiones del paisaje, que como sucede siempre en tales casos sirvieron de tema á la conversación durante la primera jornada, la atención fué solicitada por los asuntos generales; y como el señor O'Donnell formara con Enriqueta círculo aparte, en ese sencillo juego de bromas á que tan aficionados suelen mostrarse los viejos, aprovechó su esposa la ocasión para decir á la señora de Perez:

—Quedó Vd. el otro día en referirme un caso, que dijo Vd., pintaba al vivo lo desgraciada que ha sido Lucía en su casamiento. ¿Cómo fué eso?

—Pero ¿que no se lo conté?

—No.

—Cómo soy de distraída: habría asegurado que sí. Pues fué á los tres días de casada, me parece...

—Tan pronto...!

—Sí. En plena luna de miel.

Lo que á continuación refirió la señora, fué bien poco edificante.

Por primera vez desde su cambio de estado, Gimenez había salido á la calle á eso de las diez de la mañana, diciendo que volvería á almorzar. Dieron las once, las doce, la una y no llegaba; Lucía tuvo que almorzar sola, con el corazón oprimido por una invencible tristeza. Pasó también por la noche la hora de comer, y luego más tarde la de recogerse sin que volviera Gimenez, cuya conducta parecía ser calculada para que su esposa comprendiese de una vez, que no la esperaba la vida de cariñosa dedicación mutua que entrevén la mayor parte de las mujeres al casarse. A las tres de la mañana, estando ella levantada todavía, pues no se resolvía á acostarse, le pareció sentir el ruido de una llave que se introducía cuidadosamente en la cerradura de la puerta de calle. Con el corazón palpitante abrió el balcón, cerca del cual estaba y al que se había asomado en su afición no menos de veinte veces: dos personas entraban casi en brazos á Gimenez. Imagínese el efecto que aquel inesperado cuadro produciría en Lucía que, naturalmente, vió en la situación de su marido, desencajado, sin fuerzas, quizás moribundo, un vivo reproche por los malos juicios que se había estado haciendo de él, acaso

en el momento mismo que el pobre clamaba en vano por la presencia y los amorosos cuidados de la esposa querida. «Un médico, un médico», gritó desesperada corriendo hacia adentro, oprimiendo de paso cuanto timbre eléctrico encontró á mano y saliendo resueltamente al encuentro del grupo que avanzaba por el patio en la oscuridad, del cual dos roncás voces la dijeron á un tiempo: «no es nada, señora, cálmese por Dios!» ¡Qué había de calmarse ella! Quiso ver vivo á Gimenez por sus propios ojos y se acercó temblorosa de ansiedad; al mismo tiempo que dejando éste caer hacia un lado la cabeza, quedaba como colgado por la espalda y las corvas de los dos hombres que lo sostenían y se agitaba en angustiosas arcaídas. Lucía dió un grito de espanto creyendo aquello un anuncio de la muerte y corrió hacia la calle pidiendo desafortadamente socorro; pero uno de los acompañantes de su marido soltó la carga y la obstruyó 'el paso, diciéndola al mismo tiempo: «¡Por el honor do su esposa y el de Vd. misma, cálese!» Lejos de hacer caso Lucía, forcejeó para pasar, clamando desesperada como poco antes: «un médico, un médico»; y fastidiado entonces el interruptor, que era el doc-

tor Taboada, el mismo por quien lo había sabido la Sra. de Perez, se hizo á un lado con estas palabras: «Pase, señora; vaya cuenta á gritos que lo que tiene Gimenez no se cura con drogas; corra á publicar que está borracho.»

—¡Pobre Lucía! añadió la madre de Enriqueta, siguiendo su historia.— Se ha dicho que aquella revelación la hizo llorar como una criatura; pero yo la ví á los dos días y parecía la mujer más feliz. Sólo en un momento que hablando del noviazgo de Sara Montemar le conté cómo la sociedad se hacía lenguas de su buena suerte, pude entrever la llaga que escondía en su interior. — «¿Es trabajador el novio?» — me preguntó.—«Creo que no» — le respondí. — «¿Qué hace?»—«Si no me equivoco, se pasa los días en el Jockey.»—«¡Y no hay, Dios mío, una alma caritativa que la disuada!»—exclamó la pobre como movida por un resorte, y con un acento de sinceridad que me dejó helada.

La Sra. de Perez Gonzalez hizo aquí una pausa, como para dejar bien grabada la impresión de lo que acababa de decir, y continuó:

Gimenez, por otra parte, no es sólo un alcoholista de los que tarde ó nunca se corrigen, según se ha sabido

ahora. Es además, contra lo que había suponer su fastuosa vida, un fundido. El juego, que le había costado todo hasta hace poco, se da vuelta á lo mejor: justamente lo que le ha sucedido después de casado, con las aficciones que podemos imaginarnos para don Joaquín, á quien me consta le costaba el yerno varios préstamos antes de cumplido el mes del matrimonio, préstamos que sabe Dios la parte que han tenido en su fatal decisión.

Con esto dió la señora por terminado su relato y se sucedieron algunos minutos de silencio.

—Lo que va del dicho al hecho— dijo de pronto la madre de Ricardo.—Cuánto se ponderan las ideas modernas de indiferencia para con las cosas de Dios, y cuán deplorables consecuencias las que observamos.

—Tiene Vd. razón—contestó la señora de Perez Gonzalez.

—Lo digo porque es realmente singular que las lecciones tan severas que tenemos á la vista, provengan todas de personas para las cuales la religión, ó es algo completamente acomodaticio ó no significa nada. Recuerde Vd. á la Sra. de Rodriguez y á Lucía, creyentes pero á su manera y más que por convicción por rutina ;

á don Joaquín, á Alfredo, á Gimenez, á...

Iba á nombrar á Guillermo, pero se contuvo recordando que la escuchaba la que le había dado el ser; por lo que concluyó de esta suerte:

—Y á tantos otros.

El Sr. O'Donnell, que había escuchado las reflexiones últimas de las dos señoras, intervino en este momento, diciendo:

—Limitada á lo terreno la vida del hombre y colocadas sobre la ley del deber las de la conveniencia y el goce, la verdad es que no podía en buena lógica esperarse sino el aumento que vemos en la descomposición social.

—Sin embargo, es á esto que se ha llamado y se llama el triunfo del siglo—observó su esposa, complacida de ver á su marido en tal orden de ideas y deseosa, á lo que parecía, de hacerlo hablar más.

—Efectivamente—respondió éste.—Es la palabra que oímos á cada paso. También resonó no ha mucho, cuando la llegada de los padres de aquel desgraciado mozo Montenegro que murió en un desafío. En el hotel no faltó una persona que se expresara en aquella forma, con motivo de no recuerdo qué circunstancia; pero el padre, de

vuelta del asilo de alienados, donde había dejado á su desgraciada compañera, replicó con un acento que nunca olvidaré: «¿Triunfos del siglo? «¡Malditos ellos, y maldito también el «siglo! Un hijo entregué yo que era «mi orgullo y mi esperanza, para que «se le ilustrara y encaminara según «los tiempos:—y me han devuelto un «cadáver! ¡Bienaventurados los que «nacen humildes y permanecen toscos «y brutos, aquellos en quienes no re- «paran las coquetas y para los cuales «no hay honra ni desafíos!»

—Pobre señor—murmuró la señora de Perez Gonzalez.—Fué sin duda un terrible golpe el que recibió.

—No lo olvido—continuó el Sr. O'Donnell—y por eso considero su dicho, más que nada, como el estallido de un corazón despedazado por el dolor. Pero queda siempre la esencia de aquella imprecación, ó sea el desengaño que revela del progreso moderno. Ese desengaño lo tenemos también todos, cual más cual menos, en nuestras almas. Nos hemos imaginado que el siglo descubriría todos los misterios, y á su término nos deja, al igual que ayer, ante los enigmas de la creación y de la tumba; bien así como creimos también que la mayor ilustración y las mayores comodidades nos harían me-

nos ingrata la vida, y entre el esplendor de los palacios y las maravillas de la ciencia descubrimos al descontento mordiendo con más saña que nunca las entrañas de la humanidad. En cambio, en otro tiempo no había rieleles que borrarán las distancias, ni máquinas que difundieran con la celeridad del rayo el pensamiento, ni fuerzas prodigiosas productoras de luz contra los cuales nada pudieran las conjuraciones de las nubes: pero entre la paja y el adobe de las rústicas viviendas sonreía lo que constituye la principal fuerza de la vida: la paz del alma. Uno no tenía nada y vivía satisfecho; ahora lo tenemos todo, y vivimos desesperados.

La señora de Perez Gonzalez, que escuchaba al Sr. O'Donnell con viva atención, encontró lo que antecede tan en consonancia con su propio modo de ver, que no pudo resistir al deseo de hacer esta manifestación:

—Está Vd. hablando como un sabio.

—Nada he dicho, sin embargo—contestó aquél—que cada uno no lo tenga perfectamente sabido por el testimonio de sus propios ojos y de su propio corazón. Sólo que muchos permanecen sordos á estas voces, porque les cierra los oídos el orgullo. ¡Si no

se hubieran jactado en todos los tonos, del triunfo inmediato, seguro, indudable de la materia sobre el espíritu! Pero está demasiado vivo el recuerdo de sus olímpicos pronósticos y, adoradores fervientes de su propia sabiduría, aun ante la evidencia se resisten á creer en la realidad de una equivocación. ¡Ah! Yo sé, sí, de un triunfo grande que podría conseguir el siglo: un verdadero triunfo. Lo obtendría con sólo reconocer abierta y francamente, desoyendo una vez por todas al cúmulo de rutineros adoradores que agotan servilmente en su honor el vocabulario de las alabanzas; con sólo reconocer que lo que se ha creído esencia y compendio del progreso, es apenas una de las partes que lo constituyen; que no bastan las escuelas, los ferrocarriles, los teatros y las fábricas para asegurar el bienestar social; que sobre esto y sobre la misma ciencia con todos los enormes beneficios de sus admirables adelantos, está el corazón, el alma de la humanidad, la cual se amarga y apesta si se le quita el rocío santo de la divina Esperanza.

El Sr. O'Donnell que, como se ve, había remontado el pensamiento á las regiones de la alta filosofía, hubiera quizás seguido hablando, pues nada era

para él tan difícil como contenerse cuando las circunstancias soltaban á su lengua las amarras; pero tenía también alma de artista, y llamó su atención en aquel instante un hermosísimo cuadro que se contemplaba al frente.

La costa que recorrían, internándose en el mar, formaba una agudísima punta en cuya extremidad, á manera del castillo de proa de un inmenso navío, se alzaba imponente un grupo de enormes piedras, colocadas unas sobre otras por esa mano prodigiosa cuyas obras nunca concluimos de admirar: la mano de la naturaleza. El mar, muy agitado esa tarde, por todas partes abría rabioso sus abismos bajo la presión de montañas de agua que formaba sobre sus espaldas el viento; pero en ninguna con el desesperado furor que en el perímetro inmediato á estas piedras, donde lejos de perder las olas su fuerza y su tamaño á medida que se acercaban á la tierra, como en toda la extensión que descubría la vista, llegaban colosales despidiendo un sordo rumor, se detenían como cobrando alientos, se elevaban de nuevo hasta las nubes y con un chasquido particular, cual si cien látigos cayeran á la vez sobre una espalda ciclópea, quebrábanse en la gra-

nítica mole, se abrían en irizado abanico y deshacíanse en fina lluvia.

—¡Qué bonito!—exclamó Enriqueta, que no se cansaba de mirar este soberbio espectáculo desde el breack—Bajémonos. Esto hay que mirarlo de cerca.

Así lo hicieron, y muy luego subían por la rústica escalera que formaban las piedras del contorno, á la eminencia que les llamara la atención.

Mientras tanto, un joven que contemplaba desde arriba el mismo espectáculo echado sobre el suelo, se levantaba al ruido de las voces como al contacto de una corriente eléctrica. Concluía de sacudirse el polvo que se le había adherido á la ropa, cuando llegó á la cumbre Enriqueta, que como joven había podido adelantarse á sus acompañantes.

—¡Usted por acá!—exclamó viendo á Ricardo, pues no era otro el sorprendido, y retrocediendo instintivamente al mismo tiempo que sus mejillas tomaban el color de la grana.

—Sí, señorita—respondió el aludido acercándose y saludando.

—Ahí vienen todos: se han quedado más atrás de lo que creía—añadió la niña, procurando sin darse cuenta explicar su situación.

Y miró hacia abajo, pidiendo á to-

dos los santos que pusieran alas en los pesados cuerpos que la seguían. Pero qué: si de intento hubieran querido demorarse sus acompañantes, no lo habrían hecho mejor; cada piedra que tenían que subir daba lugar á una detención. Y entre tanto, los dos ahí sin saber qué hacer ni qué decir.

Ricardo atinó á preguntarle cómo le había ido en el paseo.

—Muy bien—contestó ella.—Me ha servido, entre otras cosas, para convencerme... Ricardo, es Vd. más generoso de lo que me había imaginado.

—Señorita....

—Se lo digo de corazón: le estoy muy agradecida por sus palabras.

Nuestro protagonista contrajo los hombros y los labios en un significativo movimiento: no sabia de lo que se trataba. Hubiera ahí mismo pedido una aclaración, pero las voces que se sentían confusas se aclararon en ese instante y aparecieron en el último recodo del camino las dos señoras seguidas del padre de Ricardo.

—Gracias á Dios; parecía que nunca íbamos á llegar—exclamó la señora de O'Donnell con frase entrecortada por la fatiga; á la vez que apercibiéndose de la presencia de su hijo se lo señalaba á su marido, quien mi-

trándolo y cruzándose de brazos dijo socarronamente:

—El señor de los compromisos.

—Llegué tarde á la cita, papá. No quedándome más recurso que andar solo, me vine acá.

—Sí, hombre, sí.

Ricardo saludó á la señora de Perez Gonzalez y viendo lo agitada que estaba, ofrecióse á traerle una piedra que había visto ahí cerca y podía utilizarse como asiento. Cuando volvió ya todos se habían acomodado, excepto Enriqueta, que á cierta distancia contemplaba el mar.

En tanto el Sr. O'Connell describía una espantosa noche que había pasado á bordo, sacudido el barco que le conducía por olas tan grandes y tan temibles como las que ahí cerca se rompían, Ricardo luchaba en su interior contra una fuerza misteriosa que pugnaba por acallar en su pecho las voces de su resentimiento y llevarlo al lado de Enriqueta. Si de sólo ceder se hubiera tratado, es posible que hubiera sido ahogado este impulso, sin trabajo; pero obraba también la curiosidad en que había quedado respecto á las enigmáticas palabras de su amiga. ¡Más generoso él de lo que ella se había imaginado! ¿Por qué? ¡Agradecida de todo corazón! ¡Oh!

Tenía que obrar en eso una equivocación. Caso de tener lugar ahí la gratitud, ese lugar estaba dentro del pecho de él; él que había sido tratado poco antes por la niña, á pesar del disgusto que mediaba entre los dos, en los levantados términos que le contara su padre. Ante semejante recuerdo, su corazón era demasiado noble para no ceder. Y se acercó.

Al principio no supo qué decir y se limitó á mirar en compañía de la niña el hermoso panorama que tenían por delante; pero al cabo de unos minutos acabó por resolverse á hablar.

—¿Sabe—dijo— que me han dejado intrigado sus palabras?

—No veo por qué.

—Por lo del agradecimiento. ¿Qué puedo haber hecho yo para merecerlo?

—Eso es; hágase ahora el que no sabe nada.

—Le aseguro que estoy completamente á oscuras.

—Le seré franca: yo también creía que Vd. tenía la razón; pero... no lo hubiera confesado. Por eso aprecio su proceder.

Nuestro protagonista guardó silencio: cada vez se le presentaba más indescifrable aquel enigma. ¿Habría hecho su padre alguna de las suyas refiriendo

como dichas por él, en el deseo de provocar una reconciliación, cosas que ni habían pasado por su mente? Era la única explicación; y explicación para él ingrata, por cuanto traía conmigo la sospecha fundada de que fuesen también mero detalle de aquel plan las palabras de Enriqueta que el mismo le refiriera la noche antes y con las cuales se había complacido tanto en sus horas de soledad. Empero ¡cosa extraña! á pesar de la posición poco airosa para su orgullo en que esta inducción le colocaba, ya que en vez de haber sido *buscado*, como creyó, era él quien *buscaba*, no se mostró Ricardo contrariado. La conversación precedente había dado lugar á que los atractivos de la niña ejercieran sobre él su fascinación ordinaria; y en aquel momento nuestro amigo había perdido la conciencia de su situación, deslumbrado por el mirar ardoroso de esos ojos incomparables que constituían el principal encanto de Enriqueta, no menos que por el acento extraordinariamente amigable y dulce aquella tarde de su voz.

Para mejor, ocurriósele en aquel instante á ella hacer alusión á lo preferible que era entre dos amigos que se estimaban el estar en armonía.

—Ya lo creo—exclamó él—y de mí

sé decirle que estoy verdaderamente ansioso de que terminen definitivamente nuestras diferencias.

—En su mano está: con moderar ese genio....

—Lo mismo podría yo decir á Vd.

—No, porque yo nunca he sido provocadora.

En el rostro de Ricardo pudo notarse un asomo de desagrado, que estuvo á punto de arrastrarlo á insistir en su afirmación; mas una sonrisa que apareció en seguida, fué señal de que había conseguido dominarse. Poco después añadía:

—El punto que ha tocado Vd. difícilmente lo esclareceremos nosotros. Lo más probable es que los dos hayamos sido culpables. Cuántas veces yo me he acercado á Vd. resuelto á todo para reconquistar su amistad, aun á humillarme si era menester, y su respuesta ha sido darme despreciativamente la espalda! Es que hay que convencerse: Vd. no puede con su genio, como tampoco yo con el mío. ¡Si nos pareciéramos también en los sentimientos! Yo nunca he podido dar á Vd. un disgusto sin sufrir. No lo habrá dejado conocer mi semblante ni acaso se lo ha llegado Vd. á imaginar; pero una vez solo, cuánta contrariedad y cuántos reproches! Enriqueta:

dígame que á Vd. le ha sucedido lo mismo; que no se ha alegrado su corazón al verme ofendido; que ha sentido Vd. satisfecho su amor propio después de cada desinteligencia, pero al mismo tiempo triste y desalentada el alma....

La niña instintivamente volvió los ojos hacia el lugar en donde estaba su madre; mas al hacerlo no pudo evitar que su mirada se encontrase con la de Ricardo y que alcanzara éste á ver pintada en ella una intensa emoción. El corazón de nuestro amigo se estremeció en una sensación indefinible de felicidad; una especie de vértigo apoderóse de su mente y conteniendo á su amigo con un ademán, añadió:

—Se da Vd. vuelta hacia allá, como buscando amparo! Enriqueta: hace ya mucho que nos conocemos. ¿No ha adivinado Vd. que si hay una persona sobre la tierra verdaderamente merecedora de su confianza, soy yo? Yo que por Vd. me siento capaz de todos los sacrificios; y que necesito de Vd. como del aire, porque es Vd para mí la ilusión, la fuerza, la luz, la vida...?

No dijo más y esperó la respuesta con el semblante transfigurado por la ansiedad. Enriqueta, encendidas las mejillas y bajos los ojos, comenzó á

trazar dibujos en el suelo con la contera de su sombrilla.

—¿Nada tiene Vd. que responderme?—insistió Ricardo.

Y como nuestra protagonista siguiera impasible en su actitud, añadió:

—Sin Vd. no sé lo que será de mí; mi alma se ha unido á la suya de tal manera, que mi pensamiento y mis potencias todas están consagradas á Vd. Poco es lo que valgo y la cuesta de la vida harto difícil de subir; pero con su cariño me siento capaz de grandes cosas; me siento gigante: y no dudo que llegaría á la cumbre. ¡Qué magia la que ha puesto Dios en su persona! He hecho cuanto ha estado en mis manos para olvidarla á Vd. y querer á otras, y todo ha sido inútil. Su imagen y nada más que su imagen ha velado mi sueño por las noches, y hoy como ayer es Vd. para mí sobre la tierra cuanto hay de dulce, de bello, de bueno, de puro y de grande. Enriqueta: dígame algo, cualquier cosa, respóndame.

—Vd. está equivocado—contestó al fin despacio y toda confundida Enriqueta.—Yo soy una mujer llena de defectos. Yo misma no me entiendo. Vd. puede variar. No merezco, estoy segura. Por otra parte, dice Vd. que me... ¡Oh! no es posible. Vd. no ha tenido

para mí sino.... Dios mío, yo no sé lo que digo.

Y pareció querer retirarse, pero el joven la estorbó resueltamente el paso, añadiendo :

— Es la primera vez que he hablado así á una mujer; no lo volveré á hacer mientras viva; no se irá Vd. sin que sepa si debo lamentar ó no mi debilidad.

— Por Dios; ¿ quiere Vd. que estalle? — respondió la niña, levantando de pronto la cabeza y mostrando sus ojos empañados por la humedad que precede al llanto.

— Algunas palabras por lo menos; yo en la duda no puedo seguir. Enriqueta: deme la fuerza que convierte en gigantes á los pigmeos; deme una esperanza ¿ Me autoriza Vd. á perseverar? No le pido más que eso. Contésteme.

La respuesta no se oyó, porque fué apenas modulada; pero dos blancas alas, las alas del ángel de los amores castos, batieron ágiles el aire, y se perdieron entre sus ondas, como símbolo de que toda noche tiene su rayo de luz y toda pura ilusión su alba corona.

DEL MISMO AUTOR

«¡P A T R I A!»



Novela con episodios de la guerra de la independencia; acerca de la cual ha recibido el autor apreciaciones alentadoras de la prensa del país y personas de alta significación.

Citas que lo demuestran :

« Un libro nuevo para quien lo produce importa, en superior esfera, lo que en su heredad al labrador, la cosecha de sus espigas de oro. Sea la de Vd. hablando metafóricamente, sazónada y abundante en la buena estación en que las esperanzas florecen, es el voto amigable de su afmo.— CARLOS GUIDO Y SPANO.»

« Al agradecer á Vd. tan delicado obsequio, cumplo con el grato deber de felicitarle por haber afrontado una obra de cuyo mérito y utilidad no puedo dudar, atento á los móviles que la han inspirado y las dotes de aventajado escritor

II

de que viene Vd. dando pruebas en otros ensayos más lijeros.—ULADISLAO, Arzobispo de Buenos Aires. »

« O. MAGNASCO—Agradece al distinguido escritor Isaac R. Pearson el testimonio de aprecio con que ha querido obsequiarle y al felicitarle por su nueva interesante producción y por los altos móviles que la han inspirado, se complace en saludarle ofreciéndose su atto. y S. S. »

« PATRIA es un libro que se lee con gusto y que no se larga de la mano hasta no haber devorado la última página y presenciado el fin de los personajes, perfectamente criollos, que en él se representan á la contemplación del lector. Escrito con el estilo suelto y castizo de los avezados al manejo de la pluma, tiene cuadros preciosos que demuestran en su autor un conocimiento perfecto del corazón humano con sus más nobles y elevadas pasiones. Pero lo que hace más recomendable el libro del joven Pearson es que es una obra profundamente moral que se puede poner en manos de la señorita más delicada y pudorosa » (LOS PRINCIPIOS, el diario de mayor circulación en Córdoba.)

« PATRIA.—Ha sido puesta en venta en las principales librerías esta interesante novela de que es autor el Sr. Isaac R. Pearson.»—(LA NACIÓN.)

« Ni antes ni ahora he caído en la tentación de formular opinión literaria sobre « Patria », Es

III

algo temerario para los que sólo entendemos un poquito *de divinis*, juzgar con acierto un libro en que campean idilios ternísimos que hacen recordar las páginas de Bernardino de Saint Pierre.—

RAMÓN ANGEL JARA. »

« Sin tiempo para poder examinar la obra en todos sus detalles, podemos asegurar que el libro tiene interés y debe figurar en todas las bibliotecas, desalojando á tantas novelas insulsas é inmorales, que jamás debieran penetrar en un hogar decente. (LA BUENA LECTURA.)

“ Patria ” se vende al precio de ps. 1.50 en las principales librerías.

EN PREPARACION

« PÁGINAS SUELTAS »

— —

Colección de escritos sobre diferentes materias, los siguientes entre otros :

« ¡ Libertad ! » — « Las letras en la República Argentina » — « Verdades » — « San Martín » — « Materialismo — Espiritualismo » — « En un Album » — « Resurrexit » — « Mi amigo el coronel » — « Sabiondos » — « Belgrano » — « Las tres estaciones » — « Exámenes » — « Novela » — « Nueve de Julio de 1816 » — « Confidencias » — « La madre de Luján » — « La Europa salvaje, por Saj » — « El por qué de las faltas » — « Hania, por D. Enrique Sienkiewicz » — « La Civilización y el cristianismo » — « Claros de luna, por Eugenio C. Noé » — « Rumbos literarios » — « Nuestros jóvenes. »
